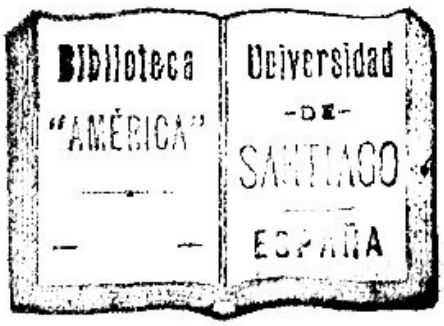
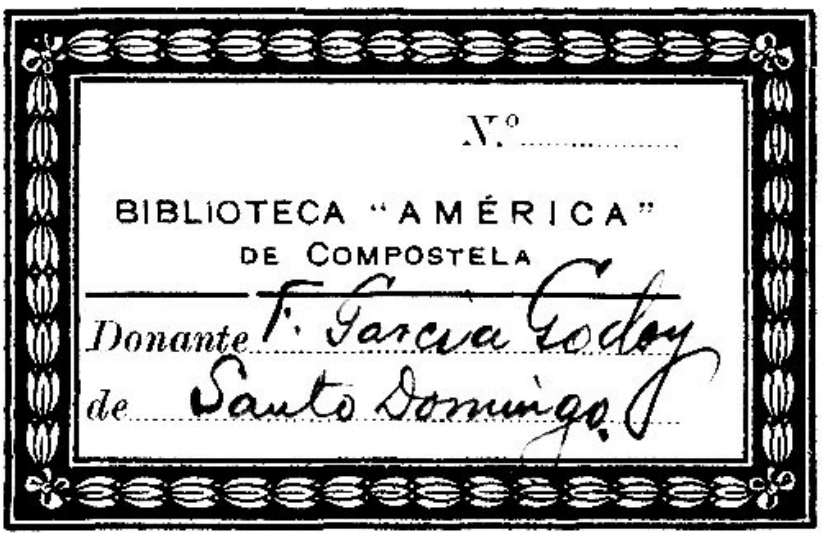
Para la Biblioteca A
rica de la Universidad de
Santiago de Compostela.
Homenaje,
El Autor.

Sto Domingo, 1913

PAGINAS EFIMERAS.





A - 1764

F. GARCIA GODOY.

PAGINAS EFIMERAS.

(MOVIMIENTO INTELECTUAL HISPANO-AMERICANO.)



SANTO DOMINGO.
IMP. "LA CUNA DE AMERICA."-VIUDA DE ROQUES Y CIA.
1912.

DEL MISMO AUTOR.

Recuerdos y Opiniones	Agotada
Impresiones	id.
Perfiles y Relieves	id.
Rufinito	id.
La Hora que pasa	id.
Alma Dominicana	id.
La Patria y el Héroe (folleto)	id.
Rufinito (2ª edición)	id.

EN PREPARACION:

Guanuma (Narración histórico-novelesca).
Vida del general Mella.

ANTE EL ARA.

I.

En cada hombre, estudiado atentamente, observado en todos sus actos intelectuales y afectivos, en sus ideas y voliciones, existe más ó menos rudimentaria, más ó menos bien definida y precisa, una especie de metafísica á que procura en todas ocasiones ajustar el ritmo permanente de su vida. Fuerzas que arrancan de pavorosas lejanías, de profundidades de un pasado remotísimo, contribuyen quizas grandemente á la realización de actos individuales de cierta repercusión

social, que, aparentemente, son repetición *idéntica* de manifestaciones de vida anteriores. Esa identidad que suponemos en ciertas cosas no es ni puede ser nunca absoluta. Es indudable que, en todo tiempo y circunstancias, sufrimos la acción más ó menos coherente y compleja de cierto determinismo que, á su vez, en muchos casos, nos convierte en causa determinante. Recibimos y devolvemos. Y al devolver lo que procedente de lejanías ancestrales ó sugerido por la realidad exterior nos impresiona con cierto vigor, lo hacemos siempre ó casi siempre, muy modificado por las peculiaridades de nuestros temperamentos, de nuestros privativos medios de ver y comprender la vida, ya que en ésta no hay ni puede haber dos cosas *exactamente* iguales. Sobre un fondo de más ó menos discutible unidad, lo vario, lo diverso, traza las líneas á veces incoherentes de sus representaciones multiformes. En ese sentido, todo hombre, aun el más basto, posee una filosofía ó cosa parecida

mediante la cual procura, hasta cierto punto, explicarse la vida á su manera y extraer de esa concepción por lo general rudimentaria una norma de conducta en que entran en diversas proporciones necesarios motivos fisiológicos y anímicos. Por tales circunstancias, juzgo torpe y vano empeño condenar inflexiblemente formas pronunciadas del desenvolvimiento individual y colectivo en nombre de ciertos principios impropiamente calificados de *eternos*. En un sentido radicalmente humano la palabra eternidad carece de verdadera significación, de contenido pragmático. En toda bien equilibrada actividad mental, nuestra visión de la realidad interna y externa, solo puede asir lo más saliente y visible de las cosas. Todo lo demás se esconde, se esconderá quizas eternamente en obscuridades abismales á que no pueden descender, buzos audaces de la vida, nuestras facultades de percepción y de conocimiento de suyo limitadas y contingentes. La ciencia, producto humano, está

forzosamente condicionada por las leyes que determinan en el hombre la necesaria relatividad de todo conocimiento. «El hombre es la medida de todas las cosas» ha afirmado Protágoras. Pero dentro de esa misma relatividad existen espacios vastísimos, de dilatados horizontes, en que tienen legítima y sólida consistencia todas las formas más ó menos durables que, en el correr de los siglos, demuestran con deslumbrante claridad la marcha ascendente del ser humano, su cada vez más patente inclinación á realizar en un proceso de sucesivas adaptaciones á la realidad circunstante las reformas y avances que sin modificar quizas lo esencial de las cosas imprimen aspectos de *auténtica novedad*, como lo sostiene el insigne Bergson, á muchas formas y maneras del perenne dinamismo que es condición característica de la vida en todas sus variadas manifestaciones...

Si por su complejidad muchas veces enmarañada y obscura se nos escapa el verdadero conocimiento de la causa que

se considera como generatriz de determinado fenómeno, se puede y se debe, á la manera pragmática, sin preocuparnos ni poco ni mucho de lo que realmente determinó el efecto en cuestión, el hecho constatado, estudiar con la necesaria atención sus resultados prácticos para deducir de ellos lo que reviste de positivo valor ese hecho, lo que en un alto sentido humano constituye su *verdad.* En esa serie de comprobaciones y verificaciones conscientes puede condensarse la norma filosófica, el método quizas más apropiado y fecundo para la validación de las ideas que surgen continuamente de la inteligencia humana aguijoneada siempre por el anhelo de buscar el origen y la finalidad de las cosas, por más que toda investigación teleológica no sea en el fondo sino algo de íntima urdimbre mental, especie de formalismo intelectual de persistente vitalidad, que quizas no se desprenderá nunca de ciertas obscuras regiones de nuestro cerebro. Desde las alturas de lo que la lógica espacial con-

sidera como la *verdad* míranse á veces las cosas como presentando un sólo aspecto, como si necesariamente estuviesen obligadas á permanecer en un cuadro de rigurosa unidad estática. Otro debe de ser nuestro procedimiento. La vida, tal como la sentimos, es varia, contingente, multiforme. Y cada hombre la contempla á su manera, lo que nos impone cierta fuerte dosis de tolerancia al juzgar las opiniones ajenas. La ciencia misma se desenvuelve en un proceso constante de modificaciones y rectificaciones. Sería absurdo creer que la verdad definitiva es privilegio exclusivo de tal doctrina ó de tal sectarismo. La tolerancia, por éso, debe constituir lo más saliente de la mentalidad contemporánea en la obra de juzgar formas de vida social más ó menos transitorias. Si son sinceras, deben ser siempre acreedoras á nuestro respeto todas las ideas, todas las creencias, todas las convicciones por más erróneas que nos parezcan. Sin ese hábito de tolerancia, sin cierta ecuanimidad de criterio

para la apreciación serena de las cosas, todo juicio, fuere de quien fuere, carecerá de eficacia, será, cuando más, expresión momentánea de turbios apasionamientos ó de nocivos sectarismos. En ningún caso se justifica el propósito de imponer nuestras ideas por más verdaderas que las creamos. Abramos el surco y arrojemos en él la simiente; esparzamos á todos los vientos del espíritu el polen de las ideas que estimamos como provechosas; y si nuestro trabajo es obra de sinceridad, de bien y de amor, seguramente despuntará para él, como para toda actuación tenaz y bien intencionada, la hora radiante de dar de sí frutos sanos y jugosos. La intelectualidad contemporánea, en sus más salientes representaciones, rechaza abiertamente cuantas formas de imposición dogmática tiendan á vaciar el pensamiento en un determinado molde de actividad intelectual por más que aparezcan esas formas bautizadas con el nombre de *verdades* filosóficas, científicas, religiosas... Muchos son

los aspectos de lo que llamamos verdad para pensar ni por un instante que está en nuestra mano encerrarlos en el espacio más ó menos amplio de una concreción definitiva...

Nuestro yo actua de continuo en la sucesión interminable de los hechos influido por ellos y á su vez influyendo, lo que origina una serie de acciones y reacciones que aportan modificaciones á veces muy radicales en nuestros modos y maneras de ver y apreciar la realidad introspectiva ú objetiva. Actores de una hora, nos falta siempre tiempo, en la cambiante escena de la vida, para revestir nuestra visión de las cosas de un carácter aproximadamente completo. Parcial, fragmentaria, de aspectos más ó menos pronunciados, tiene siempre que ser nuestra interpretación de lo que pasa dentro de nosotros y de lo que de fuera nos impresiona particularizándose en sensaciones más ó menos acentuadas. Con frecuencia el hilo de la verdad se rompe en nuestras manos cuando creemos te-

nerlo más fuertemente asido, de modo que durante algún tiempo aparecemos como extraviados, buscando en vano la salida del laberinto de dudas en que vagamos atenaceados por recónditas angustias. Quizas todo el proceso de investigación del pensamiento filosófico durante cuarenta siglos haya tenido por único resultado el cambio paulatino de posiciones, el dar nuevas orientaciones á los términos del tremendo problema de una concepción satisfactoria de la vida universal. En lo externo, en lo puramente formal, en los procedimientos del proceso filosófico, ha habido naturalmente variaciones de cierta importancia; pero bajo la corteza de las infructuosas tentativas de explicar el misterio en medio del cual nos agitamos, subsiste y subsistirá el mismo magno problema, la misma fundamental aspiración de *conocer* lo que envuelto en negruras insondables aparece bajo los nombres, quizas antagónicos en apariencia, de materialismo y espiritualismo. Pero la vida sigue su

curso majestuoso sin dársele un ardite de tales abstracciones. La verdad, *nuestra* verdad, tiene que ser precisamente relativa como nuestra ciencia. Y así y todo, subordinada necesariamente á esas condiciones de relatividad, basta y sobra esa ciencia, basta y sobra esa verdad, para mediante una acción constante dar sólidos cimientos á finalidades progresivas de bien y de belleza...

Lo que sí resulta á la postre nocivo es el quietismo enervante, el estacionamiento vegetativo en que yacen algunos de estos pueblos hispano-americanos. Parece á primera vista que una especie de abulia les impide demostrar en el campo de la acción fecundas iniciativas. Hay que formar en ellos la cultura espiritual que se requiere para ir metódicamente, por sucesivas y bien graduadas etapas, convirtiendo en hechos de positiva consistencia muchas nobles aspiraciones de mejoramiento que en la hora actual consideramos inasequibles ó poco menos. Frente al estacionamiento, á la quietud

monástica, á la rutina, á ciertas supervivencias del pasado que aun tienen demasiado imperio en nuestra vida social, enastemos muy alto, como símbolo de esos propósitos redentores, un ideal de luz, de amor y de paz vivificado de continuo en un proceso de acción progresiva y fecunda; ideal que ha de servirnos para realizar en la medida que las circunstancias lo hagan posible la magna aspiración de una confraternidad cada vez más estrecha entre estas naciones de origen ibérico moldeadas por muy salientes aspectos de la gran civilización latina. Esos ideales requieren una acción vigorosa é ininterrumpida para cristalizarse en hechos de positiva importancia. Exultemos, pues, con toda nuestra alma esos magníficos propósitos; presentémoslos por todas partes como un albo penacho de redención y de gloria. Una propaganda de ese género excluye naturalmente toda idea de violencia fiando solo su triunfo á la actividad metódica y tenaz de bien concertadas iniciativas in-

dividuales y colectivas. No es necesario romper lanzas ruidosamente con ciertas formas del pasado que aun tienen en la psicología de muchos de estos pueblos hondo arraigo. Por medios coercitivos no se extirpan ni deben extirparse preocupaciones y convencionalismos caros á la imaginación popular que cuentan una existencia de siglos. Se impone la evolución lenta ó rápida según las peculiaridades del medio en que se actúa. El pasado, en cierto aspecto, puede subsistir; pero es á condición de modificarse paulatinamente, en un orden científico, para que puedan florecer con lozanía formas nuevas y necesarias de existencia social. El cambio es condición esencial de toda positiva actuación biológica. La unidad estática, conceptual, que una gran parte del intelectualismo preconiza como expresión definitiva de la verdad suprema, no resulta, examinada en sus fundamentos lógicos, sino como una representación más ó menos bien remozada de viejos estados mentales determinados

por una artificial coherencia dialéctica. La vida se caracteriza por el movimiento. Vive con vida fecunda lo que bulle, lo que se agita, lo que lucha incesántemente. El quietismo, la monotonía, la pereza mental, son á veces en lo que toca á la economía social, manifestaciones sintomáticas de gérmenes morbosos desarrollándose en organismos debilitados por centurias de fanatismos y de ignorancias. Demos resueltamente la espalda, sin titubeos, á formas envejecidas de la vida colectiva que ya han hecho su camino, que ya han dado toda la savia que podía esperarse de ellas. Miremos hacia adelante sin temores ni preocupaciones. «Para las razas futuras —dice Hipólito Parigot en su bello libro sobre Renan— constituirán acaso una sorpresa los numerosos esfuerzos empleados en sondear el abismo de lo que fué, cuando lo que existe y lo que quiere ser solicitan cada día con mayor fuerza la energía de los hombres ».

II.

El movimiento de las ideas, de ideas de renovación tales como lo exige el dinamismo social, ha sido en Hispano-América de una lentitud desesperante, ha carecido casi siempre de verdadera potencia evolutiva, salvo, durante estos últimos treinta años en repúblicas como la Argentina y Chile principalmente donde la civilización moderna con todas sus formas y manifestaciones de adelanto cultural parece haber sentado definitivamente sus reales. No es posible negar

que muchas de estas jóvenes naciones vegetan todavía bajo la sombra letal de tradicionalismos y convencionalismos seculares que tienen el triste privilegio de cortar el vuelo á cuanto se endereza resueltamente á operar una satisfactoria transformación en muchas manifestaciones de su vida colectiva. Tres siglos largos de existencia colonial, vegetativa y nirvánica, han hecho que prospere en la psicología de estos pueblos una concepción deficientísima de vida social que los hace como incapaces de propender resueltamente á la asimilación de muy pronunciadas modalidades de la mentalidad contemporánea. Con todo eso, lentamente, van ya vislumbrándose señales más ó menos acentuadas de un cambio que, aunque no en el sentido radical que fuera necesario, demuestran inequívocamente que en varios de estos como atrofiados organismos nacionales se comienza á discernir con verdadero acierto cuales son los agentes terapéuticos capaces de producir un estado de organización social

que responda de manera satisfactoria á exigencias de adelanto muy características de la vida de actualidad. Aunque fragmentado en veinte repúblicas, salta á la vista que no obstante tal desmigajamiento explicado por la inmensa extensión del territorio y por otras circunstancias, constituimos desde Méjico hasta la extremidad patagónica un gran *todo* sólidamente cohesionado por indestructibles afinidades étnicas, históricas y sociales. Formamos un vasto organismo cuyas partes, salvo muy accidentales diferencias, aparecen como estrechamente vinculadas por factores físicos y espirituales de idéntica procedencia. Esa hermosa y salvadora concepción hispano-americanista palpita á cada paso en las producciones de los más notables escritores de este Continente, en José Enrique Rodó, en Manuel Ugarte, en Rufino Blanco Fombona, en Francisco García Calderón, en Pedro César Dominici, en Federico Henríquez y Carvajal y en varios otros que sostienen tesonera y cons-

cientemente el mismo magnífico propósito. En el terreno de las ideas, que es el en que precisamente germinan las grandes concepciones de regeneración y adelanto, todos los hispano-americanos que tenemos en la mano una pluma nos consideramos como ciudadanos de una gran Nación, poderosa, inmensa, tal quizas como el avance de la cultura mundial y una serie convergente de esfuerzos bien encaminados la hagan posible en un porvenir no muy remoto. . . Será quizas un sueño ese deslumbrante ideal; quizas, como al Segismundo de Calderón, la realidad aterradora despierte de improviso á algunos de estos pueblos—los situados en la zona de influencia directa del imperialismo yanki—para revelarles la tremenda verdad de su extinción como personalidad nacional; pero mil veces peor que éso sería rendirnos desde ahora á un negro pesimismo, á una resignación anticipada y cobarde, cuando lo que se impone es la lucha tesonera, la brega porfiada para impedirlo por todos los me-

dios humanamente posible, poniendo en esa pugna constante todos nuestros bríos, todas nuestras energías, todas las actividades que han sido siempre las que han conducido al hombre á enseñorearse de la cima en que fulgura intensamente la victoria.

En el curso de una centuria, factores transitorios de más ó menos fuerza han ido amoldando la rudimentaria mentalidad de la América colonial á formas pasajeras del desenvolvimiento intelectual de otros países, sin que esa especie de evolución hasta la hora actual escasamente congruente haya podido asumir caracteres de algo de relativa duración y de prolífica trascendencia. Hemos aceptado, sin discutirlas naturalmente, sólo por plegarnos á las exigencias de modas efímeras importadas de la vieja Lutecia, formas de actividad intelectual sólo comprendidas, y éso quizas deficientemente, por minorías de cierta cultura que forman notable contraste con la crasa ignorancia de la inmensa mayoría de los componen-

tes sociales. Y eso se explica fácilmente tratándose de sociedades en formación puede decirse. Siendo la herencia intelectual que recibimos de España insuficiente de todo punto para interpretar fructuosamente cuanto integra el alma moderna en sus más caracterizados aspectos de adelanto humano, y no teniendo ni pudiendo tener aun un arte propio, fuerza ha sido buscar en otra parte lo que nos faltaba, y por esa circunstancia el proceso intelectual de la América latina, en sus líneas generales, se caracteriza por un espíritu de imitación en cierta parte nocivo, pero eminentemente benéfico por haber servido, por servir para la asimilación más ó menos consciente de ciertas modalidades de nuestro tiempo de efectiva trascendencia colectiva y para ir paulatinamente adquiriendo el dominio de una técnica de todo punto indispensable para llevar á cabo verdaderas creaciones artísticas. De esa manera, desarrollándose en ese obligado marco de imitación, ha podido la activi-

dad mental de estos países desembarazarse de ciertas trabas de un retoricismo superficial y huero, y, respetando peculiaridades de estructura gramatical y aumentando considerablemente el léxico, dar á la hermosa lengua castellana cierta flexibilidad, cierto movimiento, ciertos modos de expresión, cosas que no son obra del capricho como cierta crítica superficial supone, sino de la necesidad, de imposiciones de la hora presente; ya que no es posible, con formas anticuadas ó poco menos de lenguaje, interpretar complejidades de la vida contemporánea y reflejar con la posible exactitud matices y refinamientos característicos de nuestro tiempo y las más de las veces de muy acentuada é íntima urdimbre psíquica.

El arte expresa intensa y bellamente lo que impresiona nuestra sensibilidad frente á la vida en todos sus múltiples y cambiantes aspectos. Estriba siempre en aprisionar la realidad, caprichosa y fugitiva, en peculiares formas de expresión

que impregnamos de efluvios más ó menos intensos de nuestro mundo espiritual. El arte tiene la propiedad insustituible de hacer nuestra vida más noble y más fecunda. Por su medio damos valor relativamente perdurable al mundo visible, y, en determinados casos, sugerimos ideas, que á veces resultan como adivinaciones, respecto de cosas que están fuera del dominio de nuestras facultades visivas y auditivas. Ya se que, dada la estructura limitada de nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad, sólo nos afectan las formas más pronunciadas de las cosas, sin que podamos, por la deficiencia de esos medios de conocimiento y de expresión, sorprender para encerrar en el marco de la realidad artística algo que está muy cerca de nosotros, que no podemos ver, que no podemos oir, pero que sabemos, porque lo *sentimos*, que vibra á nuestro alrededor como un vago y ténue batir de alas, como una onda musical que acaricia suavemente nuestro espíritu. En su sentido más puro y ele-

vado, el arte únicamente puede darnos la vaga sensación de lo que se oculta detrás de las apariencias materiales de las cosas. Individual por esencia, resulta universal por sus medios de exteriorización y por su efectiva finalidad estética. Hasta cierto punto y hasta cierto tiempo, en Hispano–América se ha hecho preferente uso de la discutida forma del «arte por el arte», lo que ha ocasionado un cúmulo de creaciones insustanciales, efímeras, sin enjundia ideológica, sin originalidad, sin verdadero sentido de las realidades del momento. En su principal aspecto la literatura de Hispano–América ha sido expresión de suntuosidades verbales, de artificiales emotividades, de juegos malabares de ideas postizas, sin aparecer casi nunca afectada por la repercusión de los graves problemas sociales que en tan alto grado preocupan el pensamiento moderno. Hemos considerado la literatura como mera exteriorización de lirismos y de filigranas de estilo, sin considerarla en el sentido alto

é íntegro que vincula, esto es, algo así como instrumento social que, sin desprenderse de su objetividad estética, posee verdadera eficacia, atesora positivo valor pragmático. El arte, en la hora presente, debe ser *social,* llevar en sí ciertas nobles y fecundas finalidades prácticas.

Independizándose lentamente de ese principio de convencional imitación que pareció ser su nota más distintiva durante cierto lapso, la producción literaria hispano-americana desencoje sus miembros, arroja sus muletas y echa á andar libremente sin miedo de tropiezos ni caídas. La necesidad de producir, de realizar obras que demuestren serenamente las orientaciones de su pensamiento frente á las graves cuestiones de todo género suscitadas por el dinamismo de la hora actual, forma ahora la más visible preocupación de los más conspícuos escritores de nuestra América. Considerada en su conjunto, obsérvanse en esa producción tendencias diversas, direcciones varias

en que se vislumbra con frecuencia la acertada penetración de muy modernas ideas filosóficas, científicas y artísticas. De todas esas tendencias, la más plausible, la más beneficiosa á mi ver, es la que se encamina á realizar un ideal de nacionalismo vivificado en el anhelo de vigorizar el sentimiento de vida independiente en estos pueblos mediante el cultivo sereno é intenso de cuanto constituye su urdimbre psicológica, sus costumbres típicas y sobre todo su vida histórica no por corta menos interesante y gloriosa. Dentro de ese nacionalismo literario caben sin molestarse muchas ideas aparentemente discrepantes. Para mí el nacionalismo no sólo comprende cuanto atañe á nuestros orígenes históricos, á nuestra existencia colonial, á nuestra vida independiente, á cuanto por este ó aquel concepto tiene su raiz en el terruño, sino que encierra también la aspiración de identificarnos con la civilización moderna, de asimilarnos provechosamente cuanto ella tiene de prolífico, sin per-

der ni un ápice de lo que nos da fisonomía propia en el concierto internacional. El arte, en sí, no es nacionalista; sus condiciones de universalidad lo ponen por encima de muchas formas convencionales de la vida social; pero sin localismos mezquinos que le darían una visión muy estrecha de las cosas, puede y debe, sin desnaturalizar sus fines estéticos, apacentar su actividad en asuntos nacionales propios para dar consistencia á sentimientos que en todas partes tienen idéntica ó parecida significación. En las peculiaridades de su naturaleza imponente y majestuosa, en lo típico de algunas de sus costumbres y en los heroismos y vicisitudes dramáticas de su historia, ofrece Hispano – América un mundo inmenso todavía inexplotado, muchos filones de producción literaria que pueden dar de sí una verdadera riqueza artística. Esa orientación nacionalista es de suma necesidad para dar cabal idea de lo que fuimos, de lo que somos, de lo que podemos ser . . . Los

estudios históricos son los que deben atraer con preferencia nuestra atención, pues tienen el privilegio de comunicar al espíritu los estremecimientos de una emoción patriótica intensa y avasalladora que repercute sana y fructuosamente en el alma colectiva. El patriotismo, en su fondo, no es ni puede ser una abstracción, un concepto puro, sino un sentimiento de verdadera fuerza social que pide á cada instante hechos que le impriman cierta virtualidad y cierto colorido plástico propio para hacerlo accesible á todos, y para que, en cierto instante, dé la medida de la irreductible disposición de un pueblo á sepultarse entre escombros antes que ser fácil presa de ignominiosa dominación extranjera . . .

Esa dirección nacionalista va acentuándose, tomando cuerpo en la producción literaria de varios de estos pueblos, y no es difícil augurar que, en breve, á medida que se tenga noción consciente de lo que ella significa, tendrá mayor número de cultivadores conspicuos. En

Venezuela ha florecido hermosamente el *criollismo* de Urbaneja-Achelpohl, y en la Argentina dos escritores notables, Roberto J. Payró y Lamartiniano Leguizamon cultivan un nacionalismo muy vigoroso é interesante. Y en el Uruguay, mi ilustre amigo José Enrique Rodó, influido por el estudio del teatro español del siglo 17—conforme ha declarado en un diario montevideano—propónese estudiar la conquista y colonización de América en sus figuras más representativas sintiéndose principalmente atraido por una de ellas: Hernando Arias de Saavedra. Aquí, en Santo Domingo, se han hecho también ensayos más ó menos felices de ese género. Todo ese movimiento nacionalista, aparte de su objetivo de robustecimiento de la personalidad autonómica de cada uno de estos pueblos, contribuirá grandemente, yo así lo espero, á un fructuoso acercamiento de ellos, aproximación necesaria para llegar á ese ideal de vigorosa y perdurable solidaridad hispano-americana que fulge como

la más hermosa visión del porvenir de las repúblicas de América en que se habla la lengua castellana . . . En este deficiente libro consagrado exclusivamente á una parte de la producción intelectual de esas repúblicas, palpita á cada instante un ideal de confraternidad hispano-americana cimentada en una efectiva unidad de ideas, de aspiraciones y de leyes, tal como fué, hace noventa años, el sueño glorioso, el magnificente anhelo de aquel taumaturgo de la victoria, de aquel titán creador de naciones que se llamó Bolívar, quien, por encima de las preocupaciones é ignorancias de su época, vislumbró con la profética intuición de su gigante espíritu, que sólo por medio de una unión cada vez más íntima podrían las flamantes repúblicas hispano-americanas asentar sobre bases sólidas su precaria independencia y practicar fructuosa y conscientemente las instituciones de la democracia moderna.

LETRAS.

Por Ruben Darío.

He recorrido con viva delectación este libro interesante, de fácil y amena lectura, muy valioso y apreciado obsequio del gran poeta y escritor que tan hondamente ha marcado su huella luminosa en el moderno florecimiento de las letras hispano-americanas. Sean cuales fueren los yerros más ó menos resaltantes que un sereno espíritu crítico desprendido de prejuicios de escuelas ó de cenáculos podría señalar en uno que otro aspecto de su obra literaria ya felizmente poco discutida, no es posible para ningún sincero

y consciente observador de toda su fecunda actuación intelectual poner en tela de duda que Ruben Darío ocupa merecidamente, ganado en buena lid, el puesto quizas de más alta resonancia en el curioso, vario y aun poco conocido movimiento de renovación de la anémica vida literaria hispano-americana. Nadie desconoce su obra de innovación ó remozamiento de formar métricas de acentuado prestigio secular en el fecundo sentido de capacitarlas cumplidamente para la expresión, serena y exquisitamente artística, de diversas y flamantes ideas de expansión estética. Había forzosamente que modificar ó transformar esa literatura enteca, empantanada en un falso é incongruente clasicismo y en exageraciones y extravagancias de sabor pronunciadamente romántico, curándola más ó menos radicalmente de la anquílosis tradicional y en cierto punto académico que la condenaba á permanente monotonía esterilizando todos los esfuerzos aun los más resonantes de inteligencias privile-

giadas é impidiendo que llegase hasta ella el aire vivificante de la vida contemporánea en sus más salientes y prolíficos aspectos. Se imponía de todo punto la necesidad apremiante de iniciar vigorosamente un proceso de renovación amplio y comprensivo, en sentido principalmente artístico, de arte libre, de arte humano, libertado casi enteramente de cierto retoricismo convencional, vácuo é incoloro. De urgencia era ya un modo ó modos de expresión artística capaces de traducir con potente fuerza personal acentuadas modalidades de nuestro tiempo, estremecimientos y orientaciones de la mentalidad contemporánea, ideales en continuo propósito de adopción que marcan curiosos rumbos siguiendo el movimiento social, y cosas que en cierto sentido trascendente caracterizan, precisan é intensifican algo de actualidad, no de mera *literatura*, sino de verdadero valor humano privativo de la vida que en nosotros y en torno nuestro se desenvuel-

ve conforme al ritmo de un obscuro y misterioso dinamismo.

En ese empeño de imprescindible renovación de una literatura enmohecida y cada día más menesterosa de vivificante savia, empeño plausible desde cualquier punto de vista que se le mire, ha sido Ruben Darío el genuino y más caracterizado paladín, y ello sin darse en ningún momento tonos de maestro indiscutible, dogmático, lo que sin duda le hubiera disminuido gran parte del mérito leal y tesoneramente granjeado. Esas novísimas orientaciones ya no sólo en la América de origen hispano sino en la misma España, siempre impregnada de cierto espíritu muy visible de tradicionalismo, han determinado, en la juventud principalmente propensa de continuo á todo linaje de arrestos, más ó menos potentes corrientes de ideas encaminadas á remover en forma apropiada modos de sentimiento y de expresión en vías de fosilizarse y á dar mayor amplitud, flexibilidad y matices al idioma es-

tancado en un concepto estérilmente restrictivo. En ese movimiento adviértense verdaderos propósitos de sinceridad, deseos de alcanzar y aprisionar en las áureas mallas del ritmo y en una prosa pictural y sugerente exquisitas visiones de belleza, y todo eso, en la mayoría de los consagrados á tal labor, culminando en un casi completo desligamiento de toda proyección espiritual bastarda, de todo lucro mezquino, puesta sola la mirada en un ideal soberano y excelso de arte bello, de casi exclusiva finalidad estética. Para el genial autor de *Cantos de vida y de esperanza,* ese ideal constituye el supremo goce y su verdadero *desideratum* como artista únicamente consagrado al culto de lo bello, de la eterna belleza, esparcida con profusión en la realidad que nos envuelve y penetra, pero sólo bien observada, bien aprehendida, bien sentida por muy contados espíritus de selección. Quizas en estos últimos tiempos el encrespado oleaje de resaltantes realidades mundiales tocando con algu-

na fuerza en su espíritu lo ha desviado en algo, en contadas ocasiones, de la apacible y radiante senda primitiva, de su arraigada creencia de arte exclusivo, desinteresado en el más noble sentido del vocablo, insinuándole que el poeta, el escritor, son y deben ser de su tiempo, que quien por gracia de lo alto posee una lira ó maneja una pluma no puede ni debe permanecer aislado, sibarita solitario, en la olímpica torre marfileña de un radical subjetivismo, comprendiendo la vida como condensación unilateral que se compendia y resume en la visión artística, que se concreta al disfrute constante y exclusivo de lo bello, sino como lo que es la vida íntegramente, como debe verse y sentirse, en toda su vasta urdimbre, proteiforme, sin linderos que la circunscriban, desenvolviéndose en perspectivas infinitas . . . Así comprendida, el poeta, el genuino poeta como él, el escritor de ideas y no de gárrula palabrería, no deben permanecer aislados de la realidad hirviente y tumultuosa, á mo-

do de sacerdotes apolíneos encerrados en marmóreo templo, sino bajar de continuo á la candente arena en que chocan estrepitosamente los árduos problemas que tan hondamente preocupan la mentalidad contemporánea, embrazar el fuerte escudo y lidiar con firme decisión por el triunfo de las cosas que entrañan objetivos ingentes y salvadores; poner todas sus energías espirituales en el magnificente empeño de cristalizar ideales que se encaminen resueltamente á operar graduales y necesarias transformaciones en la vida colectiva cada vez más orientada en un sentido de amplios y efectivos adelantos culturales . . .

Cerca de treinta años, como quien nada dice, han pasado desde que leí unos versos deRuben Darío, de los primeros partos de su numen sin duda, unas preciosas redondillas al Arte publicadas en la *Revista científica* de Santo Domingo, y las cuales, ni por su fondo y sus peculiaridades de formas permitían vislumbrar al audaz innovador, al remozador de vie-

jos moldes rítmicos, que tiempo después iba á revolucionar la métrica castellana con el empleo de formas desconocidas ó poco menos plenas de extrañas cadencias y sonoridades. Después de éso he seguido con creciente interés, con no cansada atención, toda su vasta y rica labor —no toda de oro puro naturalmente— pero que en su porción más numerosa, en su parte netamente artística, vincula relevantes cualidades de brillantez y de relativa perdurabilidad como poquísimas producciones de estas últimas décadas. Desde *Azul*, el primoroso librito que mereció un juicio muy notable del autor insigne de *Pepita Jimenez*, me es familiar cuanto ha producido este maravilloso artista de la frase, este mago de la rima, sin que en ningún momento hayan menoscabado sus altos quilates intelectuales ciertos rumbos falsos, ciertos extravíos de imaginación, ciertas artificiosidades que, aquí y allá, en medio de incontables bellezas de pensamiento y de expresión pueden advertirse en algunas

partes, las ménos salientes y celebradas, de su riquísimo acervo poético. Todo innovador, queriéndolo ó no, incurre, por regla casi general, en tales pasajeros y poco importantes deslices. Aun poseyendo, en alto grado, como acaece á muchos, el verdadero sentido de la medida, de las proporciones, de la trabazón armoniosa de las partes, de la visión sin deformidades de las cosas, cualidades peculiares de todo genuino artista, son rarísimos, como diamantes de á libra, los que en su trayectoría de innovadores, de reformadores, en cualquier aspecto de la vida, saben abstenerse prudentemente de traspasar ciertas fronteras detrás de las cuales sólo impera con absoluto dominio, lo exageradamente hiperbólico, lo extravagante, los alucinamientos imaginativos, lo que en cualquier forma rompe la línea serena y bien precisada de las cosas, lo que siempre suena â hueco por más que aparezca revestido de exterioridades deslumbrantes, de apariencias mirríficas y exquisitas. En determinados

casos —Ruben Darío no se encuentra comprendido en ellos— la evidente carencia de un bien equilibrado y depurado criterio estético hace fracasar irremisiblemente, no obstante cualquier resonante éxito momentáneo, el propósito innovador que no tenga firme asidero en modos ó aspectos de la realidad íntima ú objetiva forzosamente circunscrita á demarcaciones más ó menos precisas determinadas por nuestro organismo sensorial al aprehender la faz positiva del mundo fenoménico con que vivimos estrechamente compenetrados . . .

En Ruben Darío he admirado siempre el dominio de cierta técnica peculiarísima, su originalidad en continua tendencia de evolución, su potencia imaginativa, su riqueza verbal, su sentido exquisito de los matices, su permanente inclinación á ciertos refinamientos de expresión en su mayor parte adecuados y felices, y cierto simbolismo, raras veces obscuro é incongruente, de contornos de vaga y sugestiva imprecisión en que

tiende á encerrar aspectos efímeros de la vida que en ciertos momentos de inspiración (de *inspiración* aunque esta palabra carezca ya de positivo sentido para algunos escritores superficiales) tienen para él como valor sustantivo por más que los vea por lo general casi inmediatamente esfumarse en un nuevo aspecto de esas mismas cosas siempre en proceso de constante renovación. No es posible analizar en los estrechos límites de estas líneas cuanto integra la compleja psicología del eximio autor de *Prosas profanas,* cosa que juzgo indispensable para ahondar en los más curiosos y relevantes aspectos de su obra literaria, la más curiosa é interesante quizas del movimiento intelectual de estas repúblicas. La personalidad del ilustre poeta nicaragüense ó argentino, (se dijo que últimamente se había hecho argentino, aunque no lo sé á ciencia cierta) ha sido ya bien estudiada por la crítica seria y circunspecta (conozco excelentes estudios de José Enrique Rodó, Andrés Gonzalez Blanco, Pedro

Henríquez Ureña, etc.) que ha sabido poner de relieve todas las peculiaridades de su fecunda actividad mental que forman el conjunto de su individualidad poderosa, típica, la más representativa del más fecundo movimiento de renovación que puede señalarse en el florecimiento de las letras en Hispano-América.

La última obra de Ruben Darío, motivo de este somero estudio, intitulada *Letras*, se compone de fáciles y agradables artículos de crítica espontánea, *vivida*, sincera, de escasa profundidad, plena de *nuances*, suave y luminoso rozamiento de un alma de selección con otras almas escojidas, en que se sienten las palpitaciones de un espíritu exquisitamente artístico, noble y amplio, exento casi siempre de prejuicios y de convencionalismos ofuscadores. En prosa grácil, alada, luminosa, refleja su pensamiento ó su emoción atento sobre todo á aprisionar en ella sugestivas visiones de las cosas bellas esparcidas con profusión en las creaciones de los ingenios que han motivado

sus rápidos y serenos juicios. De estos estudios de escasa cohesión, de cierto impresionismo casi enteramente superficial, se desprende á cada paso un fulgor de arte puro, personal, libérrimo, y un perfume de serena y radiante belleza no enturbiada por el hálito de utilitarismos mezquinos, de escepticismos disolventes, de perturbadares y negros pesimismos... Quizas algo del concepto crítico de Ruben Darío se aproxime á lo que sugiere esta frase que copia de Andrés Ruyters, quien refiriéndose al poeta y escritor inglés Arthur Symons (objeto de un bello estudio de Ruben en este libro) dice que «posee en el más alto grado ese don de animación que hace de la crítica, no una fría policía literaria, sino una viva y ardiente interpretación»... En todos estos estudios saturados de un amplio y generoso espíritu de benevolencia se siente á cada instante el soplo de un sentir cosmopolita, poco *literario* en lo esencial, aunque casi siempre de tonos profundamente humanos. Parece como la obra

de un artista nacido y educado en un medio de refinada, compleja y avanzadísima civilización. La nota hispano-americanista resuena pocas veces en estas páginas. Algo de eso muy vago brota, sin embargo, á modo de tenuísimo aroma, en los bellos conceptos que consagra al malogrado escritor José Nogales. Algo como una fugacísima evocación de la tierruca se desprende de un párrafo de ese artículo en que rememora ligeramente algo de su infancia en la ciudad de León, en Nicaragua. El artículo *Letras dominicanas* resulta incompleto, demasiado rápido, insuficientemente documentado. Alma refinadamente artística, de cambiantes y hermosos reflejos, en que un arraigado concepto de sano y vibrante optimismo como que impide el crecimiento de gérmenes morbosos de pesimismo, de ese pesimismo elegiaco que forma la más resaltante modalidad de muchos poetas modernos; alma sin honda emotividad en que no estalla jamás la pasión con sus terribles desbordamien-

tos, ni la llamarada de ideas de transformación social ilumina sus jardines interiores, Ruben Darío es ante todo y por encima de todo artista, artista genial y soberano. Peregrino de la eterna Belleza, su única diosa, donde quiera que posa la planta recoge con íntima fruición cuanto aparece para él como estructurado para evocar sensaciones artísticas; paladín exclusivo de lo armonioso, raro, perfecto, menospreciando ó viendo con desdeñosa indiferencia lo demás, pasa por la vida sin fijarse, ofuscado por los resplandores de su hermoso ideal, que también hay en el mundo otras grandes excelsitudes, Verdad, Justicia, Patria, que reclaman á toda hora el entusiasta concurso de todas nuestras más altas y prolíficas energías espirituales.

PUESTAS DE SOL.

POR LUIS G. URBINA.

Hace ya varios días que—con el propósito de decir algo sobre él—tengo en mi mesa de estudio este precioso tomo de ritmos que de México, la ciudad legendaria y gloriosa, me envía uno de los más eximios cultivadores de la lírica hispano – americana. Con verdadera fruición he leido todos los versos que contiene este interesante volumen. Y no es de ahora que, como de Gutiérrez Nájera, de Díaz Mirón, de Amado Nervo, me sé de memoria muchas vibrantes y hermosas estrofas de Urbina. El autor de *In-*

génuas es uno de mis poetas predilectos, de esos cuyos versos me complazco en recitar, muchas veces á solas, con íntima voluptuosidad estética, cuando, fatigado el espíritu por su ascención á esas altas é iluminadas cumbres de la mentalidad contemporánea que se llaman Nietzche, W. James, Bergson, Benedetto Croce..., experimenta el deseo de hacer un alto, de reposar un momento, de detenerse á la sombra refrescante del encantado y bienhechor oasis de la excelsa poesía... En Urbina, detrás del copioso follaje de imágenes de fascinadora belleza, detrás de la bien dispuesta ornamentación pictórica, detrás de los hilos de luz que forman la urdimbre de sus versos, palpita un alma, una verdadera alma de poeta, alma sanamente romántica con vistas á cierto modernismo amplio y sugerente, mesurado y discreto, exento por entero de las trivialidades y toques efectivos que para muchos miopes de espíritu vinculan como el *summun* de la perfección literaria. Urbina recorre sin visible es-

fuerzo toda la gama de su rica sensibilidad, sin caer, como tantos otros, en posturas estudiadas, en un efectismo de pirotecnia, en una artificiosidad rebuscada; todo lo que, en el fondo, bien examinado, no sirve sino para encubrir la carencia de potente proyección psíquica, de íntimos estados emocionales, de lo que es, de lo que constituye la poesía: la intensa vibración rítmica de un alma, producida por acentuadas reacciones de su sensibilidad ante determinados aspectos de la realidad circunstante ó por muy hondos anhelos é inquietudes de su mundo introspectivo. . . Lo demás, lo que la generalidad, inconsciente ú ofuscada, considera, denomina poesía, no es, en realidad, sino convencionalismo de expresión más ó menos aparatoso y raro, mero ejercicio retórico sin enjundia que casi nunca abre en el espíritu el surco de una impresión estética acentuada y durable.

Aunque con mayor dominio de la forma, con técnica más propia y capaz, en *Puestas de sol* aparece, sin ninguna dife-

rencia característica de fondo, el mismo poeta nostálgico y armonioso de *Ingénuas*. Esos dos bellos tomos de versos, etapas interesantes de un personal desenvolvimiento poético, no acusan ningún esencial cambio de orientación en la personalidad poética de Urbina. Del uno como del otro libro fluye cierta vena de limpia agua romántica que se desliza suave y dulcemente, esparciendo gratos y misteriosos rumores por donde quiera que pasa. . . He dicho varias veces que no acepto, sino muy relativamente, esos distingos de escuelas, esas clasificaciones arbitrarias, casi siempre convencionales, de que se echa mano á cada paso para precisar la filiación literaria de un poeta ó de un prosador, pues, en muchos casos, las modalidades más íntimas de emoción y aun de pensamiento, como ciertas sustancias incoercibles, se escapan á toda tentativa de aprisionamiento, y de ahí, por la notoria impotencia del crítico para realizar una obra de completa y rigurosa clasificación, tantos errores, tantas equi-

vocadas apreciaciones sobre intelectualidades de muy personal y pronunciada estratificación psíquica. En las estrofas de Urbina, por muchos conceptos impecables, resalta, por lo general, esa estrecha compenetración de lo íntimamente subjetivo con la *manera*, con el modo refinadamente artístico de expresarlo que constituye, en todos los casos, la más alta perfección á que puede aspirarse en la obra literaria. Sus versos brotan de lo más íntimo, de lo más recóndito, de allá de muy adentro, rebosantes de armonía, de color, de perfume. . . Su poesía carece indudablemente (en *Arengas líricas* hay, sin embargo, algo de ésto) de cierta objetividad ó trascendencia social; traduce poco las dolorosas dudas é inquietudes del alma moderna, desorientada y confusa, frente á pavorosos problemas; no tiene ese don de adivinación, de *profecía* que Shelley adjudica al poeta; pero es en bastante grado efusiva, sugerente, individualista sin encerrarse en un exclusivismo personal estrecho, como rica y

bella floración de un alma henchida de nobles anhelos que acepta con filosófica resignación muchas cosas tristes de la vida; como obra depurada y selecta de una personalidad eminentemente sincera que sólo pretende dar salida, reflejar artísticamente, lo que cae bajo su radio visual y lo que inquieta y atormenta su espíritu.

La cualidad más notable, á mi pensar, en la obra poética de Urbina, lo que me parece le imprime cierto relieve característico, es su unidad, precisa y definida en bastantes aspectos, como bien se ve cuando se sigue con atención toda la luminosa trayectoría de su personalidad de poeta. Es la unidad, no tan común como se piensa, de un alma que se contempla así misma, y se aisla, en cierto sentido, en medio del embravecido oleaje de la vida, sin sufrir el contagio de repugnantes fealdades sociales, sin desviarse ni un ápice de su solitario camino, libre de nocivos contactos, para poder *vivir*, á modo de sacerdote apolíneo, en una serena y perpétua oblación á la eterna Belleza.

Esa «unidad magnífica de un libro, de un diamante y de una vida» de que habla el grande y olvidado Díaz Mirón, se me antoja ver, salvo en uno que otro detalle, resplandeciendo con no amortiguado brilla en todo la obra poética de Urbina. Difiere en eso de otros muy justamente celebrados poetas hispano-americanos de personalidad varia, proteiforme, de fases muy distintas, Leopoldo Lugones, pongo por caso. Y cito al gran poeta argentino porque para mí, en la hora presente, él representa, personifica (quizas mejor que el mismo Rubén Darío por varios conceptos) los aciertos y excelencias y los defectos y extravíos de una parte, la más interesante, curiosa y discutida, del movimiento literario de Hispano-América. Hace ya tiempo que críticos sesudos han echado de ver la falta de unidad que hay en la personalidad poética de Lugones, aunque conozco quien crea que eso vincula una excelencia mejor que un verdadero defecto. Al través de la riqueza ideológica, de la

fuerza imaginativa, de la potencia verbal, del pensamiento multiforme, de la cambiante sensibilidad del autor eximio de *Los crepúsculos del Jardín*, se me figura ver bastante de lo que es para muchos lo contrario de lo que distingue al genuino poeta, la *diseminación* gradual de una personalidad que se dilue, se esfuma casi, al pretender, saliéndose á cada instante de su íntima estructura subjetiva, *personalizar* aspectos y cosas complejas y aun contradictorias de la Vida que sólo por un potentísimo artificio imaginativo aprehende, asimila y exterioriza... En la última y muy discutida obra de Lugones, *Lunario sentimental*, cuajada de innegables bellezas de ideas y de expresión, exhíbese con frecuencia, no es posible negarlo, un sello de mal disimulado artificio, de rebuscamiento fraseológico, que, en parte, roba á sus versos esa nota de espontaneidad y relieve emotivo que vinculará siempre lo insustituible y lo característico de toda poesía realmente sentida.

Toda el alma de Urbina, espontánea, poco compleja, sin complicaciones cerebrales, sin muy acentuados arranques pasionales, puede condensarse en estos expresivos versos suyos:

> Amé, sufrí, gocé, sentí el divino
> soplo de la ilusión y la locura;
> tuve una antorcha, la apagó el destino,
> y me senté á llorar mi desventura
> á la sombra de un arbol del camino...

Este primoroso volumen de versos resulta un verdadero florilejio. Una serena visión de belleza ilumina todas sus páginas. El léxico es selecto, suficientemente abundante, sin lujo de palabras novedosas; y la forma rítmica, sin apartarse demasiado de las combinaciones más usuales, no deja, con todo, aquí y allá, de demostrar plausibles empeños de no encerrarse por completo en un rutinarismo de metrificación y de rima que no pocos consideran como de valor *clásico* sagrado é intangible . . . Urbina maneja gallardamente el soneto, la forma poética

más usada en este libro. ¡Qué bellos son los sonetos de *El poema del Lago!* En ellos el poder descriptivo, bellamente pictórico, sin tonalidades chillonas, sin recargados arabescos, tiene toda la intensa voluptuosidad del color y de la línea cuando un artista, un verdadero artista, los combina y armoniza en un conjunto de resaltante belleza. La melancolía, suave y dulce, en ocasiones de cierto diapasón acentuadamente doliente, que se anida en su alma, se esparce sobre la *realidad* circunstante, realidad que, en cierto modo, él *crea*, comunica vida intensa, y que, no es, bien examinada, sino como una dilatación de su personalidad, de su yo íntimo, aspirando á compenetrarse con el divino misterio de la gran Naturaleza:

Es trágico el profundo silencio de las cosas
lo inanimado sufre dolencias pavorosas;
ignotos infortunios que no tienen consuelo
porque la vida es toda crueldad, y es inconsciente,
porque es la hora á todo dolor indiferente,
y es impasible y muda la soledad del cielo!

En *El Buey!* cuánta precisión en el dibujo y vigor en el colorido, cuánta fidelidad descriptiva que evoca no se que lejana reminiscencia virgiliana!:

El animal camina con majestad estoica,
y ante la fuerza plástica de su figura heroica
despiértase un recuerdo clásicamente ambiguo;
que, á las evocaciones, es el buey melancólico
en la hoja de *papirus* exámetro bucólico
y en el frontón del templo bajorrelieve antiguo.

Románticamente delicado, tejido con áureos hilos de ensueños, es este exquisito madrigal:

Era un cautivo beso enamorado
de una mano de nieve que tenía
la apariencia de un lirio desmayado
y el palpitar de un ave en la agonía.
Y sucedió que un día
aquella mano suave
de palidez de cirio,
de languidez de lirio,
de palpitar de ave,
se acercó tanto á la prisión del beso,
que ya no pudo más el pobre preso
y se escapó, más, en voluble giro,
huyó la mano hasta el confin lejano,
y el beso, que volaba tras la mano,
rompiendo el aire se volvió suspiro.

En *Nocturno sensual* esplende una vigorosa plasticidad de visión, una intensa fuerza evocatriz, en que un recuerdo doloroso y macabro, se precisa admirablemente. Así termina:

¿Qué tienes? me dijiste, mirándome lasciva.
¿Yo? Nada... Y nos besamos...
Y así, en la noche incierta,
lloré sobre la carne caliente de la viva,
con la obsesión helada del cuerpo de la muerta.

Su íntimo subjetivismo como que se transforma, cuando, en ciertos instantes, se sale, en parte, de su mundo interior para ponerse en estrecho contacto con la realidad social. Nótase éso en *Arengas líricas*, donde la sugestión de ciertos nobles y fecundos aspectos de la existencia colectiva, lo hace prorrumpir en vibrantes notas de fé, de amor y de esperanza. Así en la poesía *Los sembradores*, dirigiéndose á los maestros de escuela, de la escuela luminosa y excelsa, templo de la vida en que, en la hora actual, se incuba el porvenir de libertad, de derecho y de

justicia á que aspira nuestro mundo hispano-americano:

Aquel que entre nosotros desmaye ó desaliente;
aquel á quien no importa que la rosa reviente,
ni pugne siempre porque la nueva vida vibre
feliz, radiante, pura, dominadora, libre;
aquel de entre nosotros que no sienta el anhelo
de abrir botones de almas, de preparar el vuelo
de espíritus que apenas se asoman al obscuro
abismo de la vida, curiosos de futuro;
aquel que no posea la fé, la fé bendita,
la fé que entona y salva, la fé que resucita,
no siembre con nosotros, su esfuerzo será vano;
que la semilla santa no ocupe más su mano;
nunca á los sembradores del porvenir les falta
la fé que santifica, la fé sublime y alta...

Y luego en *La patria futura*:

La Escuela es templo que alza su pórtico divino
á todos los que buscan verdad, bien y belleza;
aquí no se conjura la substancial tristeza
de la vida—ese atávico y angustioso tormento—
más aquí hay siempre para las tempestades, faros;
para el poeta, musas; para el guerrero, aliento;
amor para las almas, y para el pensamiento
horizontes azules, luminosos y claros...

En este tiempo de audaces falsificaciones literarias, en que de contínuo se ex-

hibe una *originalidad* incoherente, producto efímero de una visible falta de verdadero criterio estético ó de un propósito de infantil vanidad, el poeta de *Ingénuas* y de *Puestas de sol* por lo elevado de su pensamiento, por la noble sinceridad de su emoción, por su forma rítmica, precisa, clara, sin afectación, en ocasiones marmórea, merece ser y es indudablemente una de las más brillantes y simpáticas figuras del movimiento literario hispano-americano.

EL PORVENIR DE LA AMERICA LATINA.

Por Manuel Ugarte.

Apoyada en un asta de que cuelga la bandera de las estrellas y de las fajas rojas y blancas un águila extiende su cabeza hasta tocar con el pico el itsmo de Panamá . . . Los países comprendidos en la tercera zona—según la clasificación de Ugarte—México, las seis repúblicas centrales y las Antillas, la zona más expuesta por su proximidad al coloso, aparecen como fáciles presas de aquella soberbia ave de rapiña. Tal es el cuadro representado, con vivo colorido, en la cubierta de este libro de verdadero inte-

rés para todo hispano-americano que quiera darse aproximada cuenta de la formidable amenaza que se cierne sobre estos pueblos de procedencia ibérica. En esta obra, no obstante cierto optimismo ecuánime, reposado, razonable, vislúmbranse á cada paso las inquietudes, angustias y zozobras de un espíritu de selección, que, sintiendo hondamente las incertidumbres de lo que vendrá, examina, por lo general atinadamente, los puntos de verdadera consistencia en que puede apoyarse la colectividad hispano-americana para rechazar de manera victoriosa cualquier intento, venga de quien viniere, enderezado á despojarla de sus atributos de vida autonómica, de la excelsa herencia moral que constituye el más alto patrimonio de nuestra raza, poniendo también de bulto con la necesaria claridad los puntos débiles de nuestra existencia social que urge reformar y fortalecer para conservar, en toda su indispensable integridad, esa íntima fuerza espiritual que cohesiona el sentimiento

de nacionalidad en Hispano-América. Los que vivimos en la zona situada en la vecindad del gigante, la más fácil para él de agredir y avasallar por su debilidad orgánica y la influencia económica que en ella tiene, podemos encontrar abundantísima materia de reflexión en el sugestivo libro de Ugarte. Porque no hay que andarse por las ramas. El peligro es grande en realidad, si de nuestra parte, avizorando con la serenidad la situación con todas sus circunstancias atinentes, no ponemos en juego, hábil y oportunamente, los medios de evitarlo en la forma que lo permitan los recursos de diverso linaje de que podemos disponer para la conservación, respetada é íntegra, sin mutilaciones humillantes de soberanía, de la patria, de la herencia espiritual acumulada por los siglos que ese concepto de patria vincula, de lo que, en una palabra, presta á cada una de estas veinte repúblicas personalidad propia y hasta cierto punto inconfundible. En estas páginas vibra á veces intensamente

como una dolorosa interrogación al destino. En ellas se demarca con firmes trazos, sin dubitaciones, sin cobardías de pensamiento, la línea infranqueable de separación que hay entre las dos Américas, la radical antinomia que, determinada por factores étnicos de estructura íntima y por accidentes exteriores, existe entre las dos grandes razas que ejercen el señorío de este Continente. Que la unión íntima de ambos resulta imposible, cosa es que salta á la vista de quienes se propongan ahondar en este punto de capital importancia. Aleccionados por los hechos vamos ya reconociéndolo nosotros, y los mismos norte-americanos también, pues hay entre ellos numerosísimos que, en discursos y en la prensa, no se recatan para decantar en todos los tonos una superioridad étnica harto discutible y un elevado grado de cultura que dista bastante, en muchos aspectos, de poseer los quilates que el olímpico orgullo del imperialismo yanki le concede.

En toda revolución destácanse siem-

pre, aun muchas veces veladas por apariencias engañosas capaces de desorientar á no pocos observadores vulgares, dos factores esenciales que convergen á cierto punto más ó menos visible, explicando suficientemente la naturaleza del cambio que implica todo movimiento revolucionario de relativa importancia. El primero, el más importante de esos factores, es el ideal, el que sintetiza una dirección espiritual, y el otro, el representativo de aspiraciones de mejoramiento económico á veces vagamente precisadas. El factor ideal traduce siempre con la necesaria amplitud estados de alma personales ó colectivos, orientaciones de espíritu bien caracterizadas, y productos, por regla general, de un corto grupo de personalidades conspicuas de positivo valer intelectual, al paso que lo que llamamos factor económico, disimulado bajo formas casi siempre muy pronunciadas de un interés general supuesto ó real que fascina hondamente en muchos casos la imaginación popular siempre pro-

pensa á tales deslumbramientos, encubre, ha encubierto en no pocas ocasiones, ideas mezquinas de lucro personal ó apetitos desordenados de grupos más ó menos numerosos y coherentes. Creo firmemente que en la génesis de la epopeya emancipadora de América, predominó, con formas diversas muy características, el primer factor, el ideal, la impulsión emanada de ideas ó de sentimientos exclusivamente encaminados á la realización de finalidades de suprema alteza moral. En su primera etapa de desenvolvimiento, salvo quizas en el Río de la Plata, donde ciertas circunstancias como que daban la primacía al factor económico, la revolución hispano-americana, en su parte principal, fué la obra consciente de una *elite*, flor de brillante cultura que por raro concurso de circunstancias creció en el raquítico jardín colonial, nutrida en varios que la componían con ideas de la Enciclopedia, con algunas de las afirmaciones lanzadas por la gran Revolución francesa desde la cúspide encendida de sus

Asambleas, y fortificada en sus propósitos de redención por el edificante espectáculo de las trece antiguas colonias inglesas constituidas en una república que por el estrecho maridaje de la libertad con el orden cumplía provechosamente determinados objetivos de vida nacional. En ese nucleo luminoso de hombres conspicuos, en las almas que lo formaban, fulguraba á toda hora un ideal de libertad y de justicia, de cierto colorido romántico, al que se asociaban reminiscencias clásicas, visiones deslumbrantes de los mejores tiempos de la antigüedad greco-romana. Los intereses de otro orden, las aspiraciones á un mejoramiento colectivo económico de por sí muy naturales, tenían para esos hombres, encariñados con su magno ideal de libertad política, un puesto de segundo orden ó cosa semejante. En esas almas entusiastas y generosas donde aun no había caido la helada del escepticismo, sólo había sitio para ideas de renovación vinculadas en una transformación de carác-

ter político principalmente que barriese las preocupaciones y rutinarismos seculares que impedían el ejercicio de los derechos de la personalidad humana indispensables para una fructuosa existencia individual y colectiva.

Y por esa misma pureza y elevación de ideas, teniendo ante ellos un inmenso rebaño de gente inconsciente apacentada en un tradicionalismo de hondo arraigo mental que determinaba, en algunas porciones de ese rebaño, una hostilidad franca y decidida hacia la magna empresa redentora, esos hombres muy superiores á sus medios respectivos, cuando el ideal separatista no había cristalizado definitivamente y aun parecía comprometido, vieron, despreciando accidentes locales, intereses de campanario, con mirada capaz de abarcar y enseñorearse del conjunto, cual era el modo mejor de proporcionar á ese mismo conjunto, á ese todo, bases de positiva consistencia material y moral, para de esa manera, por medio de la aproximación de todas sus partes,

ir realizando una unidad fundamental en que formas de vida regional cupiesen sin estorbarse, á fin de impedir el fraccionamiento, lo que sucedió casi inmediatamente, dando lugar á que en cada uno de los países libertados, como en terreno bien abonado, floreciese un centralismo asfixiante de que iba á brotar copiosamente el espíritu de banderías, el anonadamiento de los principios, el partidarismo sin orientaciones fecundas, el caudillaje estulto y desapoderado, bufo y sangriento, que tan negras páginas tiene en la historia de América. Todas esas circunstancias, en resumidas cuentas, han impedido la total incorporación de algunos de estos países al movimiento luminoso de progreso indefinido que constituye la civilización moderna. Olvidando ó desconociendo que la vida es movimiento incesante, transformación continua, *creación* permanente, los prácticos de la hora, no pocos de regular cultura entre ellos, soñaron con establecer instituciones de carácter estacionario, de fi-

jeza y solidez capaces de desafiar la marcha incontrastable de las cosas, para sobre esas instituciones que juzgaban perfectas ó poco menos levantar el edificio de una oligarquía que pensaron era á todas luces necesaria para consolidar la independencia de las nuevas repúblicas y mantener celosamente sus prerrogativas pardidaristas. Llamaron paz pública —y para mantenerla apelaron á toda clase de medios coercitivos, aun los más terribles y salvajes — á una paz impuesta, sin horizontes de mejoramiento que, en la mayoría de los casos, sólo era la explotación á mansalva del pueblo, de la inmensa mayoría, en beneficio exclusivo de unos pocos, de una oligarquía que, desde las alturas, hacía de continuo restallar la fusta de su cólera, sobre las contadas cabezas que esbozaban una protesta contra situaciones adversas á la realización de salvadores fines sociales.

Los hombres superiores que al iniciarse el proceso de la emancipación de la América de civilización latina pusieron

toda su inteligencia y toda su energía al servicio de tan colosal empeño, comprendieron con admirable clarividencia donde radicaba el mal, la debilidad orgánica que iba á impedir la evolución progresiva de estos países, y por eso, desde el principio —sobran los datos para demostrarlo cumplidamente — idearon aproximarlos, unirlos lo más estrechamente posible, formando con todos los flamantes Estados, siquiera fuese aproximadamente, una gran Confederación íntimamente cohesionada por una salvadora comunidad de aspiraciones, ideales é intereses. La mejor prueba de que esa era y es la única vía de salvación, lo demuestran los intentos sucesivos, durante la guerra de independencia y después de ella, de celebrar Congresos en que trazar las lineas luminosas de una unión sólida y permanente. Y cosa singular y hasta la fecha poco vulgarizada. Los Estados Unidos no figuraban entre las naciones invitadas por Bolivar para el Congreso que se proponía cele-

brar en Panamá. Si lo fueron después, debióse exclusivamente á la ingerencia de Santander, Vicepresidente de Colombia. En un trabajo muy circunstanciado sobre aquel Congreso (Confraternidad americana) dice su autor el distinguido escritor J. L. Andara lo siguiente que no tiene desperdicio: « Según el historiador argentino Mitre, el Libertador manifestó á los Comisionados argentinos, en Potosí, en Octubre de 1825, que él había sido de opinión de no invitar á los Estados Unidos al Congreso panameño, lo que se había verificado por iniciativa exclusiva del Vicepresidente Santander á quien manifestara que dada la participación era más conveniente eludir la reunión de los Plenipotenciarios americanos en el Istmo, lo que felizmente estaba salvado por cuanto dichos Estados no concurrirían ». Vese, pues —Andara se fija en ello— como Bolivar, cuando aun no podía presumirse el actual inmenso progreso del coloso del Norte, por no se qué especie de adivinación genial,

miraba quizas, al traves de las brumas del porvenir, erguirse en todas sus presentes formidables proporciones el gigante que algunas décadas más tarde iba á proyectar su sombra letal sobre toda la América de procedencia española.

En la primera parte de este interesante libro, *La Raza*, con acertado criterio y vigorosas pinceladas, pone Ugarte de manifiesto cuanto integra la estructura étnica de las colectividades que forman la América latina. Si en muchas partes, en los países correspondientes á la segunda y tercera zona de que habla Ugarte, se conserva, sin alteraciones sustanciales, lo que, en cierto modo, podríamos llamar tipo étnico colonial, producto en que, conforme á circunstancias regionales, aparecen mezclados, en proporciones más ó menos densas de población caracteres fisiológicos y psíquicos del español, el indio y el negro, en la zona del extremo meridional, en la considerada *indemne* por su alejamiento del coloso y por otras circunstancias resaltantes, ese tipo

colonial ha empezado un visible proceso de evolución, á modificarse á ojos vistas, sin perder por eso, hasta ahora por lo menos, ciertos rasgos distintivos, debido á su mezcla con elementos casi en su totalidad de origen latino, italiano principalmente, que por su número cada vez mayor, va creando modalidades psíquicas que pueden anular con su flamante estructura étnica formas de vida autóctona de todo punto indispensables para mantener contra viento y marea un radical y consciente nacionalismo, que es lo único, exclusivamente lo único, que puede preservar estos Estados de reciente formación, de escasa historia, de deficiente coherencia, de la pérdida de su individualidad, de lo que les presta fisonomía propia, de lo que reviste á un país, grande ó chico, de distintiva personalidad, dándole un puesto más ó menos visible en el concierto internacional y en la historia. Dos son, á mi ver, los problemas trascendentales á que tiene que consagrar el latino-americano preferen-

tísima atención, si no quiere contemplar el doloroso espectáculo de la extinción de la vida nacional de estos pueblos y su rebajamiento á la denigrante categoría de colectividades sociales sujetas á un humillante protectorado ó á un ignominioso yugo cxtranjero. En el Sur, en la zona *indemne*, el problema de evitar que corrientes de inmigración cada vez más pujantes rompan á la larga cierto equilibrio étnico, absorbiendo lentamente al elemento nativo, á la población criolla, destruyendo por tal absorción el sello que imprime á los países radicados en esa zona característica expresión, lo que les da personalidad necesaria para sostener con dignidad un rango nacional de relativa importancia, pero alcanzado á costa de incontables heroismos y abnegaciones. Todos los síntomas parecen indicar, sin embargo, que ese peligro, que se juzgó de suma gravedad y casi inevitable, pierde de día en día muchos de sus primitivos aterradores aspectos por las acertadas medidas adoptadas en

los países de referencia para impedir, por cuantos medios sean eficaces para el caso, todo lo que, en cualquier sentido, tienda á menoscabar ó á destruir el sentimiento nacional. Observador de los quilates de G. Clemenceau, el ilustre estadista francés, en un reciente é interesante trabajo (Notes de voyage en Argentine et au Brésil) se expresa en términos de calurosa admiración respecto del patriotismo argentino. En un pasaje de su curioso estudio dice con su habitual humorismo lo que sigue: « Non contents d'etre argentins des pieds á la téte, ces diables de gens, si on les laissait faire, nous *argentiniseraient* dans un tour de main» . . . Y más adelante, entre otras cosas, dice lo que á la letra copio: «En Buenos Aires, como en las provincias, he tenido mil ejemplos de ese patriotismo, todos semejantes. A un niño, hijo de emigrantes, le preguntamos si hablaba español ó italiano, y nos contestó orgullosamente: en casa todos hablamos argentino. Debo decir que en las escuelas

primarias, donde he recibido tales respuestas, la enseñanza por excelencia es la que se refiere al patriotismo como lo atestiguan los cuadros é inscripciones que hay en las paredes»... Claro está, pues, que por ese lado el peligro está evitado ó en vías de evitarse . . .

El otro problema, el del imperialismo norte-americano, ofrece caracteres de mayor y de más inmediata gravedad. Y no es posible evitarlo con vanos eufemismos. Hay que considerarlo, como lo hace Ugarte, con viril entereza, sin sentimentalismos líricos, sin hacer resonar la trompa épica, con la serenidad de quien trata, por todos los medios conducentes, de darse cuenta de lo que alcanza á divisar, en el obscuro horizonte, en esta hora de angustias y perplejidades para los espíritus cultos de nuestra raza que no quieren verla escarnecida ó pisoteada por los audaces argonautas modernos. Cada vez es más honda la división entre las dos Américas: la anglo-sajona y la latina. No se requiere ser muy zahorí

para advertirlo. El imperialismo yanki se torna de día en día más agresivo, disimulando ya muy poco sus móviles verdaderos. De su espíritu humanitario, de su benéfica curatela de pueblos, ya sabemos fijamente á que atenernos. Los últimos acontecimientos de Nicaragua nos dan la medida exacta de ello. Y el ejército yanki que, en los actuales momentos, con pretextos más ó menos especiosos se concentra en las fronteras de México, revela hasta la evidencia cual es la protección que el yankismo entiende dispensar á los pueblos hispano-americanos. De pasar éso entre naciones europeas, de reunir una de ella un poderoso ejército en las fronteras de otra, seguramente habría tal cosa determinado, casi inmediatamente, una guerra. Pero se trata de México que no está en condiciones de luchar con probabilidades de éxito contra sus poderosos y absorbentes vecinos del Norte. Si hasta ayer, puede decirse, había quienes se forjaran la ilusión de que del Norte podría venirnos

no se qué sarta de beneficios, ya no hay ciertamente quien respecto de ese punto pueda llamarse á engaño. En estos momentos, se necesita ser muy cándido para no comprenderlo, el imperialismo yanki continua, sin mayores obstáculos, su desenvolvimiento metódico y potente, echando á un lado, por entorpecedores, los últimos escrúpulos. Nada hay que esperar tampoco, como creen muchos que sólo se fijan en exterioridades resaltantes, de cambios más ó menos radicales en la política interior de los Estados Unidos. Dominen republicanos ó demócratas, aun con atenuaciones más ó menos llamativas en la forma, en el fondo el resultado será siempre el mismo. Los Estados Unidos están lanzados en una vía que les sirve de permanente incentivo para su expansión comercial, para, venciendo por cualquier medio la competencia europea, colocar ventajosamente su producción, cada vez mayor, en zonas de consumo muy próximas y relativamente ricas como las nuestras por

sus productos agrícolas. Si de tarde en tarde, voces aisladas de tribunos y de periodistas, resuenan indignadas recordando los viejos ideales de virtud y honradez republicanas que en un tiempo fueron el distintivo de aquella robusta democracia, tales elocuentes admoniciones se pierden lamentablemente en el vacío . . . El pueblo yanki, en su inmensa mayoría, aférrase cada vez más á una política expansionista que halaga su orgullo y satisface sus mayores apetitos.

Nuestra situación, bien entendida, frente al yankismo potente y cada vez más desligado de escrúpulos, no tiene, hoy por hoy, nada de ventajosa. Como se observa á flor de mirada, como lo puntualizó discretamente Ugarte, mientras los Estados Unidos presentan una masa compacta, reciamente estructurada, espiritualmente unificada en todas sus lineas generales, moviéndose en un ambiente propicio por completo á tales dilataciones, nuestras veinte repúblicas, escasamente pobladas, esparcidas en un inmen-

so territorio, distanciadas moralmente, algunas de ellas, más que si estuvieran separadas por miles de millas marítimas y por peculiaridades de sangre y de idioma diferentes; riñendo á cada paso por pedazos de tierra cuando, por lo general, les sobra territorio; conmovidas, en su mayoría, por frecuentes y desastrosas algaradas revolucionarias, carecen, en gran manera, de la consistencia, de la robustez espiritual indispensable para, sin vencer mayores obstáculos, formar un bloque moral que sirva de invencible valladar á cuanto dibuje la tendencia á privarlas de su independencia tan cara y gloriosamente conquistada. Lo que se impone, no obstante tales obstáculos, es trabajar con habilidad y tenacidad en la posible constitución de ese bloque de resistencia. No una sino muchas picas hay que poner en Flandes para realizar cumplidamente tan magno empeño. Pero hay que trabajar ardorosamente en ese sentido, si no queremos perecer prematuramente sin honra y sin gloria. Para

arribar á esa suprema unidad de espíritu, á la cristalización de la conciencia colectiva hispano-americana, al todo orgánico, capaz de avizorar sin temores, consciente de su propia solidez, el amenazante avance yanki, urge ante todo preparar los elementos capaces de determinar, lo más pronto posible, el común y satisfactorio estado de alma que debe ser la base granítica de la gran Confederación hispano-americana que soñó Bolivar, que vislumbraron otros grandes de América, y que muchos bien intencionados indican como el único remedio en esta hora de pavorosas incertidumbres para el alma latina en este Continente. Hasta ahora sólo estamos, puede decirse, en los comienzos de esa evolución salvadora. Y pésele á los prácticos del montón, hay que reconocer, Ugarte lo indica de paso, que, hasta el día, más han hecho por dar vida al magnífico ideal de la confraternidad americana los poetas con sus vibrantes ritmos y los prosadores con sus cláusulas fulgurantes, que nuestros más

empingorotados estadistas . . . Bien es cierto que en algunos de estos pueblos todavía colea cierto *pambeocismo* dirigente, que hace gala de despreciar cuanto se relaciona con altos ideales que llama despectivamente *sueños* ó *visiones*, teniendo solamente en cuenta los efímeros intereses del momento, lo que está al alcance de su mano. Si ese ideal de unidad hispano-americano comienza á tomar consistencia, débese, en primer término, á las relaciones literarias que una *elite* intelectual procura hacer cada día más íntimas y frecuentes entre los pueblos americanos de habla española.

Razón que le sobra tiene Ugarte al afirmar que en el estado presente de la política mundial nada tenemos que temer de parte de Eueopa. Las naciones latinas de Europa son nuestras mejores aliadas. Para nuestro desenvolvimiento económico necesitamos capitales, y á nadie puede escaparse la consideración de que sería muchísimo más conveniente para nosotros que esos capitales indis-

pensables para el desarrollo de nuestra vida agrícola é industrial fuesen de distintas procedencias nacionales, á fin de mantener un prudente equilibrio de fuerzas económicas, ya que, á la larga, resultaría en extremo peligroso que el capital importado perteneciese á una nación exclusivamente, que por ese hecho se creyera autorizada á intervenciones ó á controles siempre enojosos y humillantes. Pero hay que ir dando la espalda á ciertos lirismos. En el estado presente de la civilización, lo económico como que va dejando en segundo término todos los demás aspectos de la vida social. Hay que crear, que producir riqueza si queremos cumplir satisfactoriamente determinadas finalidades de libertad y de justicia. Los lazos de vigoroso anudamiento son, actualmente, los que provienen del libre juego de fuerzas económicas en acción permanente. Y para que la Confederación hispano-americana sea una realidad principiemos por hacer que entre todas las repúblicas que han de for-

marla sean más estrechas y frecuentes las relaciones de todo género, multiplicando los agentes de orden económico, ferrocarriles, telégrafos, etc., que tienden á ese fin, y trabajemos paralelamente por el desarrollo de riqueza que de tal concatenación de intereses ha de producirse, por introducir metódicamente en cada uno de esos países, atendiendo á sus peculiaridades sociales, las reformas que en el orden político han de culminar en una saludable reacción contra el caciquismo, el caudillaje, el personalismo «sin personalidades», que como planta monstruosa ha absorbido y aun absorbe el principal jugo vital de buen número de estas asendereadas repúblicas. Así tal vez podríamos llegar á lo que indica elocuentemente mi ilustre amigo Ugarte en la última página de su bello y bien inspirado libro: «Una gran liga de la juventud hispano-americana que haga un llamamiento á las universidades, al ejército, á las industrias, al arte, á los partidos avanzados, al periodismo, á todo lo que

vive, y que apoyada en la identidad de origen, en las simpatías de la Europa latina, y en la conciencia de una diferenciación fundamental, pese sobre los gobiernos, intervenga en los conflictos, corrija los errores, difunda la cultura y agite por encima de las fronteras el estandarte de la Confederación moral que tiene que obtener los sufragios de todas las inteligencias y de todas las voluntades que hoy se ahogan en el ambiente desmoralizador de las patrias impotentes y fraccionadas».

DISCURSO DEL CINEMATICISMO.

Por F. E. Moscoso Puello.

F. E. Moscoso Puello es indudablemente un joven de muy clara inteligencia, dotado de relevantes condiciones de investigador científico, que, alejado por completo de la acentuada frivolidad imperante en nuestro medio social, estudia con noble y tenaz ahinco, en el libro y en el laboratorio, diversos y trascendentes aspectos del mundo de la realidad fenoménica en que actua necesariamente nuestro intelecto, para arribar á conclusiones de cierto orden que tienen en su apoyo multitud de datos bien escogidos

y acertadamente agrupados. Su tesis para optar á la licenciatura de Medicina (Nueva función del sistema linfático, etc.) demuestra plenamente la excelencia del método que emplea y la claridad y extensión de sus investigaciones; cosas que me complazco en reconocer, por más que mi incompetencia en tales asuntos no me permita juzgar su trabajo en sus más salientes y circunstanciados pormenores técnicos. Su anterior importantísima producción, *Discurso del cinematicismo*, es una concepción de innegable valor filosófico en que aspira á encerrar en un concepto global, como en síntesis definitiva, la vasta complejidad de fenómenos que impresiona nuestro mecanismo sensorial, algo que, en cierto sentido, puede parecerse á lo que llama Kant «la totalización de la experiencia», y que por lo menos prueba la proyección luminosa de un espíritu de singular cultura que conoce y analiza con verdadera amplitud de criterio las más curiosas y complicadas modalidades del pensamiento filosófico.

Toda transformación entraña necesariamente una idea de cambio, de relación, de sucesión, de inversión de partes, ya que todo fenómeno bien observado—aunque no sea posible aprenhenderlo en sus extremos sino en su medio— tiene evidentemente su génesis en otro precedente, y como en el estado actual de nuestros conocimientos la última *realidad* que alcanzamos es el movimiento, de ahí la natural consecuencia de buscar en él, como el aspecto mejor caracterizado del mundo fenoménico, base sólida para un postulado de verdadera consistencia científica que á manera de síntesis vasta y comprensiva satisfaga nuestra necesidad de *conocer*, aunque, como es posible, ese concepto científico encierre *hiatus* que en verdad ó en apariencia no pueden colmarse fácilmente. Cabe aquí preguntar con Boutroux: «En cuanto al movimiento, ¿la idea que de él tenemos no puede ser debida á una elaboración del tiempo y del espacio operada por el espíritu mismo? Existe un número considerable de

formas que no podemos reducir al movimiento y que ni siquiera parece que puedan residir en un sujeto móvil. La inherencia de la extensión móvil al ser, en tanto que propiedad esencial y universal, es una hipótesis, á despecho del papel que esta idea pueda desempeñar en la ciencia» (E. Boutroux, Las Leyes naturales). El gran filósofo se refiere al funcionalismo intelectual, á cierta sustancial unidad de espíritu, que puede ser carezca de la irreductible consistencia homogénea que él le supone y sea en realidad producto complejo de un equilibrio más ó menos estable de formas *móviles*, de actividades que tienden incesantemente á una unificación de aparente solidez, pero en cuyo fondo se encuentre siempre el dinamismo característico de todo fenómeno vital observado serenamente sin prevenciones dogmáticas . . .

Para explicar más ó menos satisfactoriamente las cosas, nuestro procedimiento consiste en una especie de proceso de ascención que se caracteriza por el paso

de un hecho bien preciso á otro más amplio y comprensivo hasta llegar á un aspecto de la realidad sensible en que parece detenerse inflexiblemente toda investigación. En la subordinación metódica de un hecho á otros para formular una ley, estriba el ideal de toda bien encaminada experimentación científica. Salirse de ahí es caer en lo absoluto, y lo absoluto escapa y escapará siempre á todo proceso serial de percepciones. El movimiento, como *realidad* que señala el último límite en el mundo de los fenómenos, representa una idea que, más ó menos obscura y bien percibida, se advierte en toda la secular trayectoria recorrida por el pensamiento investigador, y de ella está saturada casi toda la filósofía contemporánea, constituyendo, como dice Harzen hablando de Dios, «una incógnita que asume todo lo que no es conocido todavía ». El concepto cinematicista que sustenta Moscoso Puello tiene indudablemente la inmensa ventaja de abarcar la totalidad ó la casi tota-

lidad de lo fenoménico, lo que no ocurre con otras interpretaciones en que se trata inútilmente de llegar á una concepción definitiva de la vida universal. Pero de ahí no se desprende que, en el estado actual de anarquía filosófica en que ideas fundamentales ó tenidas por muchos como de esa categoría sufren como nunca la acción demoledora de una crítica muy bien documentada y profunda, originando confusiones y contradicciones de toda especie, se pueda fabricar sobre un aspecto de la realidad, sin duda el más resaltante y positivamente científico de la vida en toda su vasta integridad, una síntesis satisfactoria y decisiva que abarque el infinito conjunto, el encadenamiento de hechos cuyos nexos y relaciones constituyen el único y fructuoso campo de investigación de toda ciencia bien entendida. Para Moscoso Puello, su concepción cinematicista—y así puede aceptarse—«es una forma global de expresar el estado actual de nuestros conocimientos positivos relativamente á los diversos

órdenes fenomenales y por consiguiente del Universo mismo ». Como todos los observadores que parten del concepto dinámico de la realidad circunstante como fiel expresión de un racional positivismo científico característico de la hora presente, el inteligente observador dominicano, y desde su particular punto de vista hace muy bien, no se pierde en inútiles tanteos para esclarecer el formidable problema de la legitimidad del conocimiento, que desde el *criticismo* hasta la fecha no ha dado ningún paso en el camino de su solución que merezca mencionarse, y sin preocuparse del noúmeno ó de la *cosa en sí* «acepta la realidad del mundo objetivo en su heterogeneidad aparente ó positiva, derivando únicamente de la experiencia todo conocimiento ». No hay ni puede haber verdadera ciencia positiva en el límite infranqueable de lo fenomenal sin previa aceptación de la realidad tal como afecta nuestro sensorio y cristaliza en nuestro espíritu, única manera que el hombre, el *animal metafísico*

de Schopenhauer, tiene de *conocer*, y sólo modo de ensanchar la esfera de lo que se sabe sobre la naturaleza que nos rodea y sobre el mismo sujeto que percibe y piensa.

Pretender salirse de ese dominio positivo para mediante el ascenso por una escala de generalización tocar con la verdad *definitiva*, es cosa propia de metafísicas que en la hora actual carecen por completo de positivo contenido ideológico, siendo sólo, en la inmensa mayoría de los casos, vano juego de palabras propio para antiguos escarceos escolásticos. Nuestro sensorio parece integrar lo múltiple, lo complejo, por más que la realidad exterior, en su fundamentalidad esencial, sea quizas, á pesar de sus múltiples aspectos, susceptible de reducirse á un supremo concepto de unidad, aunque ese concepto, aun en el mismo monismo de Haekel, sólo represente una explicación que no satisface del todo. Cualquier concepción sintética que pretenda dar cabal y científica idea del uni-

verso en su totalidad, podrá y deberá acogerse á título de explicación transitoria, provisional, relativa, como expresión de un determinado momento, aunque aparezca con todas las formas y señales de una realidad experimental. Aun en las mismas ciencias de laboratorio, la certidumbre, en determinados casos, no podrá ser absoluta, pues, «si la contingencia de las leyes naturales sólo produce débiles variaciones en masas inmensas y en considerables períodos de tiempo, ¿cómo los elementos de estas variaciones pueden aparecer al experimentador que sólo opera durante algunos momentos sobre algunas parcelas de materia? (Boutroux, obra citada). Algunas ideas fundamentales, en su evolución, presentan aspectos ó fases diversas conforme á las opiniones predominantes en un instante dado; pero, en su trayectoria, al tocar cierto punto, se descomponen para formar otras á qué, equivocadamente también, se atribuye un valor definitivo ó cosa semejante. Fuera del campo ex-

perimental pululan las concepciones de índole especulativa y en su mayoría de escaso valor científico sobre determinadas formas de la vida universal, siendo casi siempre expresiones de un subjetivismo de raiz muy personal que mejor que de pensamiento filosófico les da carácter de fantasía filosófica. No obstante éso bueno es sembrar el campo de la investigación filosófica de hipótesis más ó menos aceptables. Alguna de ellas, imponiéndose á las demás, revestirá, durante un período de tiempo más ó menos prolongado, categoría de verdad, provisional sin duda, pero con la suficiente eficacia para alumbrar con cierta intensidad la ruta de nuestro misterioso destino . . . Para mí, el criticismo kantiano ha fijado definitivamente la linea en que tiene que detenerse el conocimiento humano. Si el gran filósofo de Koenisberg, sin quererlo ciertamente—toda su obra va contra el escepticismo—ha dado lugar á corrientes de ese género por cierta reacción natural de ideas antitéticas,

no es menos cierto que su deslinde de los campos en que puede actuar nuestro entendimiento no sólo ha destruido ó poco menos la posibilidad de una *ciencia* metafísica, sino que ha dado base sólida á la ciencia basada en el principio de relatividad al afirmar que toda investigación que aspire á ser provechosa tiene que conformarse, que ceñirse á la realidad fenoménica palpitante siempre en formas de creador y eterno dinamismo, ya que jamás podremos llegar á lo que constituye ó se supone que constituye la esencia de las cosas. . .

PROFESORES DE IDEALISMO.

POR FRANCISCO GARCIA CALDERON.

Este libro bello, ameno, de veras interesante, contiene muy rico jugo intelectual. Su autor, el notable escritor peruano Francisco García Calderón, pertenece al contadísimo número de intelectuales jóvenes de América dotados de la suficiente cultura para abordar, con criterio propio, el estudio de los más árduos problemas de la mentalidad contemporánea. En las letras hispano-americanas evidénciase con frecuencia un verdadero derroche de prosas efectistas y de puerilidades rimadas, productos, en mu-

chísimos casos, de imitaciones exóticas; pero pocas veces se advierte en nuestro movimiento intelectual algo bien preciso y caracterizado que demuestre la tendencia á cultivar asiduamente estudios de índole elevada y de positivo valor ideológico. En un modernismo vago, sutil, cambiante, pleno de refinamientos artificiales de sensibilidad y de matices y filigranas de expresión, se consume toda ó casi toda nuestra desbordante actividad intelectual. García Calderón es una de las pocas resaltantes excepciones que pueden citarse con legítimo y caluroso encomio. En este volumen están magistralmente tratados, sin asomos de pedantería, sin pretensiones de alta sapiencia, con muy apreciables condiciones de claridad y galanura de expresión, asuntos filosóficos, sociales, artísticos y literarios de indiscutible y permanente importancia. Su distinguido autor conoce hasta en sus más leves y curiosos detalles la marcha evolutiva del movimiento filosófico moderno. Con inteligencia ágil y

lúcida, como si de viejo estuviera acostumbrado á tan altas especulaciones, recorre con paso firme el enmarañado bosque de la filosofía, precisando, como al paso, sin ahondar mucho, con cierta encantadora superficialidad, el lugar y el espíritu de cada escuela, y percibiendo claramente las conexiones, los pnntos de enlace, la encrucijada ideal en que se encuentran y se confunden determinados sistemas. García Calderón ha publicado ya otros libros. El anterior, *Hombres é ideas de nuestro tiempo*, con prólogo muy expresivo del insigne E. Boutroux, es el más importante por los asuntos á que se contrae y por la serenidad y firmeza de los juicios. El distinguido escritor peruano representó no ha mucho lucidamente á su patria en el Congreso internacional de filosofía de Heildeerberg, y las crónicas contenidas en esta obra referentes á la alta é interesantísima labor de esa conspicua reunión de notabilidades del mundo intelectual en que chocaron las ideas despidiendo vivos res-

plandores, dan brillante muestra de sus sobresalientes aptitudes para orientarse sin vacilaciones aun por las vías menos trilladas del pensamiento filosófico.

La inteligencia de García Calderón, amplia, serena, independiente, abierta á todos los vientos del espíritu, desprovista por completo de ataduras escolásticas ó de dogmatismos sectaristas, se pasea, á guisa de viajero que sólo pretende reflejar simple y sinceramente sus impresiones, por el vasto campo de la filosofía moderna, revelando á cada paso que nada se le escapa de cuanto ha dado de sí el pensamiento filosófico de estos últimos tiempos en su tenaz empeño de hacer luz definitiva sobre los obscuros y tormentosos problemas que se irguen de continuo en las profundidades de nuestro espíritu. El autor de *Profesores de idealismo* da á cada instante muestras de conocer á fondo el movimiento de perdurable renovación que á mi juicio entraña el *criticismo*, la doctrina que más luminosas orientaciones ha señalado á la investigación fi-

losófica; nada se le escapa del *devenir* hegeliano, del panlogismo de Hegel, la más vasta y asombrosa construcción metafísica de los tiempos modernos; y conoce, hasta en sus más circunstanciados pormenores, el positivismo de Comte, el evolucionismo spenceriano, el positivismo independiente, la teoría de las *ideas-fuerzas* de Fouillé, el *elau vital* de Bergson, la crítica demoledora de Boutroux, el pragmatismo de Pierce y de W. James . . . Con muy admirable lucidez, sin alardes de pretenciosa profundidad, sin recargada y ostentosa erudición, sencillamente, como quien sólo quiere ser claro y ameno, traza en estas páginas de verdadera consistencia á pesar de su aparente superficialidad y ligereza los rasgos principales de los más altos intelectuales contemporáneos, y realiza toda esa interesantísima labor sin enmarañamiento de frase ni obscuridades de pensamiento en un estilo sereno, elocuente, discretamente matizado, sin rebuscamientos de

expresión y sin trivialidades de idea ó de concepto.

Hay en este libro estudios muy bellos y sugerentes. *Pro Taine* es un hermoso y vibrante artículo en que hace destacar magistralmente, en plena luz, la figura, austera y melancólica, del pensador genial que vivió permanentemente en la elevada región de las ideas generales y que sólo contempló en la existencia algo así como la noble concreción de un supremo ideal de verdad y de bien. Su eticismo, saturado intensamente de los *Pensamientos* de Marco Aurelio, determinó en su vida de sabio estoico una constante proyección espiritual de alta nobleza. Como filósofo, no es aventurado afirmar que carece de positiva originalidad. Su criterio se abreva en el positivismo, sobre todo, como ya se ha demostrado, en algunos pronunciados aspectos del positivismo de ciertos filósofos ingleses de alto renombre, y lo que se juzga de su exclusiva creación, la crítica científica, en que la raza, el medio y circuns-

tancias del momento determinan y explican la obra intelectual, aunque ya envejecida en no pequeña parte, tiene antecedentes, y no muy lejanos por cierto. Sainte Beuve, dice el escritor francés E. Ledrain, conocía y practicaba esa crítica. No comparto en absoluto la rotunda afirmación de Ledrain, pero no es posible negar que en el autor eximio de *Causeries de Lundi,* hay en determinados momentos, más ó menos conscientemente aplicado, algo y aun á veces mucho de lo que integra el concepto crítico de Taine. Siempre hubo en este pensador genial un fondo de dogmatismo. No me ha sorprendido por eso la crítica destructora de Aulard. Cuando por primera vez leí con vivísimo interés la obra monumental de Taine, *Les origines de la France contemporaine,* parecíame notar, en su rigidez de criterio, en cierta visible inclinación de su espíritu, como un propósito principal de condenar, como si en el fondo de su ánimo hubiera el empeño de achicar el valor inmenso de la gran Revo-

lución francesa y el mérito naturalmente relativo de los que en primera línea actuaron en aquel decisivo y tormentoso período de la historia humana. Pero con todo, no obstante Aulard, de la labor histórica de Taine quedan, quedarán en pié muchas cosas. Hay en su magnífica obra sobre la gran Revolución juicios que se me antojan definitivos. No hay entre sus admiradores, que son legión, quien desconozca la nobleza de su vida y la irreductible independencia de su carácter. Basta mencionar la dolorosa ruptura de su grande y vieja amistad con la princesa Matilde á causa de algo contenido en su magnífico estudio acerca de Napoleón en la misma gran obra citada que la ilustre dama consideró ofensivo para su familia . . .

En *Una visita á William James*, el psicólogo insigne muerto hace poco con hondo duelo de la intelectualidad universal, fluye copiosa y bellamente un sentimiento de justificada y profunda admiración por uno de los más grandes re-

movedores de almas de estos últimos tiempos. García Calderón escuchó complacido la palabra serena, austera, efusiva del gran filósofo norte-americano, en Harvard, «la vieja y célebre universidad americana pletórica de tradiciones». ¡Qué grato debe ser, conversar así, durante ratos, en amable intimidad, sobre cosas de alta vibración espiritual, con una de esas almas escogidas, de selección, que aparecen, de trecho en trecho, en el árido camino de la vida, arrojando vivos resplandores sobre las densas sombras que envuelven nuestro misterioso camino! El insigne profesor de Harvard fué un psicólogo de gran valor que supo sondear con mirada perspicaz los más recónditos repliegues del espíritu siguiendo siempre la linea de un empirismo sereno y trascendente, acaso en ocasiones de exagerada proyección mística, pero que, contrario al destino de todo dogmatismo empírico, ni cayó en glaciales escepticismos ni finalizó en un materialismo grosero y desesperante. Sobre toda la obra

filosófica de W. James flota como una suave iluminación de noble y prolífico idealismo. En los magistrales capítulos de su libro célebre *Fases del sentimiento religioso* late á cada instante un sentimiento de potente sinceridad, un ideal de radiante amor humano, un ansia de verdad consoladora, al quererse explicar la dolorosa y perenne inquietud de todo espíritu de cierta cultura frente al inexcrutable arcano de nuestro origen y nuestro destino, esa inquietud que ha constituido, que constituye, que constituirá siempre la obsesión de las almas que se ciernen sobre las contingencias y limitaciones de nuestra pasajera y mezquina existencia . . . Sintiendo el vacío de ciertas lucubraciones ontológicas, de estériles discusiones de una metafísica incolora y sin enjundia, procuró W. James señalar rumbos de finalidad práctica á las especulaciones filosóficas. Si no creó el pragmatismo (el génesis de esta doctrina está más allá del mismo Peirce) no puede por ningún concepto escatimársele

el mérito de haberlo propagado, defendido y aun metodizado. Bien visto, el pragmatismo no vincula ninguna bien caracterizada y racional sistematización filosófica; es pura y simplemente, considerado en su estructura general, un método *á posteriori* de comprobación y verificación que. naturalmente, tiene grandes lagunas y adolece de ciertos defectos aun siendo la dirección más genuina y noblemente prética que se descubre en toda la filosofía moderna. El pluralismo es la otra modalidad filosófica de James, doctrina desarrollada amplia y vigorosamente en su último libro *Philosophie de l' Experience.* Frente al monismo, al concepto de irreductible unidad de gran parte de la filosofía, William James sustenta el criterio contrario al afirmar «que un aspecto de dispersión ó de incompleta unificación es la sola forma bajo la cual la realidad se ha constituido hasta el presente. La experiencia humana no da sino partes» . . .

Como los dos estudios á que acabo de

hacer referencia son todos ó casi todos los contenidos en esta obra digna en todas sus partes de calurosos aplausos. Los capítulos consagrados al análisis de las corrientes filosóficas en la América latina abundan en datos bien seleccionados y en apreciaciones muy oportunas y discretas. Esos interesantes capítulos llevan al pié notas muy acertadas y jugosas de nuestro culto compatriota Pedro Henriquez Ureña. Agradezco muchísimo á García Calderón el envío de su bello é instructivo libro. Puedo afirmarle que su lectura me ha producido un verdadero goce intelectual, una voluptuosidad espiritual, un placer estético como solo me han proporcionado muy pocos y determinados libros.

LA HISTORIA EN EL PERU.

Tesis para el Doctorado en Letras
por Jose de la Riva Aguero.

Excede sin duda en mucho de las proporciones acostumbradas de una tesis este voluminoso libro de más de quinientas páginas nutridas desde la primera hasta la última de amena, interesante y sustanciosa lectura. El estilo es fácil, correcto, claro, expresivo, elocuente en ocasiones como cumple á este linaje de disquisiciones históricas. Su distinguido autor es biznieto de Riva Agüero, el muy discutido primer presidente de la República peruana, quien, por lo que se desprende de esta obra, sostuvo un ideal de nacio-

nalismo exagerado, de *peruanismo*, frente á la que califica de absorbente y tiránica hegemonía colombiana instaurada por Bolivar en aquel hermoso país y que duró poco más ó menos un lustro. El vencedor en Junin es objeto de severísimas críticas en los últimos capítulos de este libro en el que impera, por lo general, un juicio de serena imparcialidad privativo de quien inspirado en un alto y permanente propósito de verdad y de justicia se consagra al difícil y delicado ministerio de reconstruir las cosas del pasado en toda su integridad histórica procurando desentrañar su verdadero sentido para hacer visibles las conexiones más ó menos ocultas que forman la urdimbre de los hechos . . . Confieso que no han sido de mi agrado las acerbas censuras enristradas al héroe máximo de la independencia hispano - americana. Soy fervoroso admirador, sin desconocer sus magnos errores, del insigne paladín epopéyico que constituye para mí una de las más conspícuas representaciones de

poderoso y fecundo individualismo que puede presentar nuestra raza. Pasada la efervescencia de los pugilatos partidaristas de su época; extinguido el estruendoso clamoreo de sus enemigos; vueltas á su cauce las pasiones desbordadas que en su encono llegaron hasta poner en manos de gente irreflexiva y extraviada puñales asesinos; depurados y aun justificados algunos de los grandes errores en que incurrió el egregio creador de cinco repúblicas, la personalidad de Bolivar se agiganta á medida que transcurre el tiempo, que se lleva para sepultarlas bajo una capa de merecido olvido las impurezas, las debilidades, las violencias, cuanto naturalmente debía producir la cristalización de su magno ideal en la realidad circunstante en gran parte hostil á la obra ansiosamente perseguida por el gran vidente sudamericano. El choque tremendo de su radical empeño de emancipación con ciertos intereses poderosísimos en el medio en que actuaba debía por fuerza determinar consecuencias do-

lorosísimas que en el fondo de su alma él mismo deploraba. Explican á mi ver algunos de sus actos bastante censurados, aparte de las condiciones de su íntima psicología, su vida tormentosa y agitadísima, la fiebre permanente de la lucha, el desenvolvimiento de su idea en medio de circunstancias en gran parte adversas con las que había que lidiar á toda hora sopena de ver zozobrar su vasto anhelo de destruir el infecundo y torpe régimen colonial en el piélago embravecido de una reacción desapoderada y estulta . . .

Cuando Bolivar se aprestaba á llevar sus armas vencedoras al Perú de donde se le llamaba con porfiada insistencia para realizar definitivamente la obra emprendida por el gran San Martín y en ese momento incompleta y en camino de ruina, no faltaron quienes por inquina al héroe ó realmente amedrentados por la magnitud del empeño, se dieran á la fácil tarea de esparcir siniestras profecías. Hubo en Colombia quien auguró que al vencedor en Boyacá le esperaba en la

tierra de los Incas la misma suerte que al gran emperador francés en su desdichadísima expedición á Rusia. Todavía se mantenía vivo el recuerdo de los últimos desastres napoleónicos. El Perú, con visos de razón, estaba considerado como el baluarte inexpugnable de la causa española en América. Pero Bolivar llevaba en sí, como chispa desprendida de lo alto, la fe profunda en el ideal que lo impulsaba como gigantesco y resplandeciente meteoro desde las orillas del mar Caribe á las faldas abruptas del encendido Misti . . . Al llegar al Perú lo encontró desgarrado por las facciones. Ambiciones personalistas ó de grupos alzaban por todas partes su cabeza de Medusa. Los españoles bajo la experta dirección de Valdez y Canterac triunfaban en toda la linea. Bolivar, en el primer momento, tenía que consagrar todas sus energías á la necesaria obra de abatir las facciones que despedazaban la patria en germen. Era de absoluta necesidad organizar el ejército que iba á rubricar con la

espada victoriosa del inmaculado Sucre la independencia de la América continental en el llano incendiado de Ayacucho. Escritor tan extremadamente parcial como el realista Torrente afirma, refiriéndose á esa obra indispensable de organización militar que «parece imposible como en tan corto tiempo hubieran logrado los insurgentes poner en campaña una fuerza tan numerosa y bajo un pié tan respetable de arreglo y buena dirección»... Que en ese empeño de apaciguamiento de las facciones que se disputaban el poder obstaculizando y aun haciendo peligrar el magno propósito de emancipación al impedir que se diese unidad é impulsión á la marcha de la guerra, incurriera Bolivar en lamentables extremos, cosa es que quizas no puede ponerse en duda, pero cuya atenuación ó justificacion se encuentra en las mismas circunstancias que lo envolvían y en nuestra deleznable arcilla humana donde las excelencias son muchísimo menos numerosas que las imperfecciones.

Con todo eso, aun con esos mismos errores que se desvanecen en el conjunto de su obra inmortal, precisa reconocer que sin Bolivar, sin la oportuna intervención del ejército triunfador de Colombia, la independencia peruana se hubiera retardado algunos años. Por eso le cabe al Perú la gloria altísima é imperecedera de que en su histórico suelo Bolivar y Sucre hicieran pedazos la cadena colonial sellando definitivamente la libertad de todo un Continente . . .

Y fuera de estas objeciones productos de mi cálido entusiasmo por el héroe caraqueño, declaro con sincero regocijo que todo lo escrito en este sugestivo y bien pensado libro merece mi completa aprobación y mi más caluroso aplauso. La exposición clara y razonada en él contenida sobre el desenvolvimiento de las investigaciones históricas en el Perú debe satisfacer por entero al más exigente en estas materias, pues expresa con verdadera precisión y relativa amplitud las más importantes y características pecu-

liaridades de ese proceso de desarrollo histórico. Su examen analítico y comparativo de cada uno de los historiadores peruanos resulta bastante seguro, amplio y comprensivo, sin exageraciones incongruentes, sin alabanzas intempestivas, sin censuras destempladas en demasía, como obra de quien por educación, por estudio y temperamento persigue, con exclusión de cualesquiera fines mezquinos, lo que en estos asuntos considera como verdadero ó más próximo á ello y lo que á su juicio tiene permanente y positivo valor humano. Para mí la historia, en su más noble y fecunda acepción, estriba en la visión artística y sintética del conjunto, en la reconstrucción, armoniosa, serena, palpitante de animación de un suceso ó de una vida, de un período ó de una época, de un aspecto cualquiera del ideal humano progresivamente realizándose en el tiempo y en el espacio con cuanto le presta carácter determinante y definido, sin que para arribar á ese fin se exagere la búsqueda del

detalle nimio, de futilidades momentáneas, de insustanciales pequeñeces que en realidad nada contribuyen á la explicación satisfactoria que debe desprenderse de toda importante actuación histórica desapasionada y concienzudamente observada. Sin una visión resplandeciente é íntegra del conjunto, de verdadera fuerza sintética, no hay gran historiador posible. En esa evocación de un personaje ó de una época cuando es hecha en cierta forma expresiva y sintética, se refleja, como en límpio espejo, el desenvolvimiento de un aspecto histórico en su punto mayor de intensidad. Por eso la historia, desde un punto de vista más ó menos profundo y filosófico, no es ni puede ser narración seca y escueta de sucesos resonantes sazonados con la salsa inconsistente de vulgares comentarios combinados con mayor ó menor arte, sino la reproducción vibrante é intensa del conjunto de caracteres específicos del dinamismo social, de lo que en cierta manera resume y exterioriza la vida huma-

na en su expresión más cabal y compleja . . .

Por lo que se advierte en este de veras sugestivo libro el género histórico dista bastante de haber alcanzado un gran florecimiento en el Perú. Con perspicaz mirada crítica expone lo que cada uno de los escritores que examina ha aportado como contingente más ó menos valioso al acervo de la historia nacional. Los *Comentarios Reales* de Garcilaso, fuente copiosa de la primitiva historia peruana, son estudiados por él con serenidad y acertado criterio, poniendo á la vista con recto espíritu de justicia los yerros, las exageraciones, la candorosa credulidad de aquel narrador que llevaba en sus venas sangre de conquistadores y de incas, lo mismo que lo que en él hay de resistente, de verdadera y definitiva concreción histórica. Prescott, aun siguiendo con preferencia á Sarmiento y á Ondegardo en su conocida *Historia de la conquista del Perú*, cita con mucha frecuencia á Garcilaso á quien consagra es-

ta nota que no deja de tener su importancia: «Garcilaso colma muchos vacíos que dejaron abiertos sus compañeros de trabajos. Es dudoso que, en todos los casos, estas explicaciones que suplen los vacíos puedan resistir al tiempo como el resto de la obra»... Riva Agüero se inclina á creer, basado en muy atendibles razones, que, como no falta quien sostenga, al período de behetría ó de confusión y anarquía á que siguió la genuina civilización incaica—que á la llegada de los conquistadores debía contar de cuatro á seis siglos de existencia—le había precedido un grande y poderoso imperio megalítico como parecen atestiguarlo el aspecto arquitectónico y las inscripciones de las vetustas ruinas de Tiahuanaco... En la parte consagrada á los historiadores eclesiásticos, Calancha, Melendez y otros, se palpa la nociva influencia del ideal teocrático encastillado fuertemente en los conventos y que durante más ó menos tres centurias moldeó á su antojo la vida hasta cierto punto casi

monástica de la sociedad peruana. Abundan los pormenores realmente interesantes sobre diversos aspectos de la existencia conventual. No tiene desperdicio lo que cuenta respecto de la visita de fray Salvador de Ribera, obispo de Quito, á un convento de monjas. Parece una página arrancada al *Decameron* de Bocacio . . . Y al tocar á los tiempos modernos patentiza con verdadero conocimiento de causa y con juicio depurado y sereno lo que en el general Mendiburu y en Paz Soldau es digno de censura ó de consciente encomio. Son los dos que con mayor éxito han cultivado el género en el Perú moderno, por más que á ambos les falte muchísimo para considerarlos como verdaderos historiadores. En el Perú lo mismo que entre nosotros, aunque hay muy apreciables ensayos de esa clase, todavía está por escribirse la historia á la moderna, libertada de ciertas ataduras tradicionales y con un amplio y comprensivo sentido crítico.

Lo que más me ha gustado de este ins-

tructivo y ameno libro es el magnífico *Epílogo* en que al resumir su concepto de la evolución histórica en el Perú expresa atinadísimas reflexiones acerca de la imperiosa necesidad de cultivar asiduamente este ramo de la actividad mental si es que en realidad tenemos en mira altas finalidades de positiva grandeza nacional. Sus ideas sobre este punto que juzgo de capital interés para estos pueblos de Hispano-América tienen bastante afinidad con las que expuse en el prólogo de *Rufinito* sobre la innegable conveniencia de ir formando una literatura de carácter nacional que encauce las actividades de nuestro pensamiento—derrochadas en la actualidad en puerilidades rítmicas, ó en prosas insustanciales casi siempre productos de imitaciones irreflexivas—por los rumbos salvadores de los estudios históricos para por esa luminosa y descampada vía robustecer el espíritu de nacionalidad integrado principalmente por el vivo recuerdo de cosas extintas que han impreso hondamente su huella

en el alma individual y colectiva. Los factores que en épocas pretéritas sirvieron para la gradual cohesión de ese espíritu continúan actuando dentro de nosotros con formas más ó menos diversas de expresión, pero conservando toda su prístina y característica potencia. Lo que fué, considerado en sus más nobles aspectos, levanta á cada instante ecos prolongados en lo más hondo de nuestro ser. Lo que en la actualidad reviste de relativa vitalidad y consistencia nuestro concepto de patria, procede íntegramente de fuerzas conscientes y subconscientes que tienen su punto de arranque y de crecimiento en ese pasado más ó menos envuelto en nubes de olvido. Somos eslabones de una cadena que se prolonga indefinidamente. Debemos propender á enlazar vigorosamente en el tiempo lo que fué con lo que es para por medio de su acertada fusión elaborar fructuosamente lo que será. Por más robusta é independiente que se suponga una individualidad no es ni puede ser moralmente pro-

ducto aislado, planta solitaria que crece espontáneamente sin conexiones con la realidad espiritual que la circunda y penetra. Para vivir, necesita nutrirse en mayor ó menor grado de los mismos elementos que dan fuerza á las otras. Nuestro ambiente, en lo moral, está formado de cosas extintas, de actuaciones más ó menos completamente definidas, de todos los misteriosos efluvios desprendidos de un mundo muerto en la apariencia, pero que por virtud de cierto eficiente é incoercible dinamismo prosigue su evolución, cada vez más acentuada, en el fondo de nuestras almas. De ahí la importancia capitalísima que reviste la historia para la adecuada vigorización del alma de un pueblo impidiendo que se extravíe lamentablemente por caminos sombríos de deshonra y de perdición. Trabajemos ahincadamente para que el alma nacional se eleve á resplandecientes alturas de verdad y de justicia cultivando vivamente, con amor y simpatía, lo que constituye su proceso de actuación histórica,

su historia más ó menos fecunda y brillante en que como ser colectivo seguimos viviendo aun después de derrumbarse ó de transformarse en el tiempo lo que un día constituyó el poder y la grandeza de un pueblo.

CONFERENCIAS DEL ATENEO DE LA JUVENTUD.

Contiene este interesante y sugestivo libro—que acabo de recibir de México—las seis Conferencias pronunciadas por los distinguidos intelectuales Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henriquez Ureña, Carlos Gonzalez Peña, José Escofet y José Vasconcelos en ocasión del primer centenario de la independencia mexicana y con el bien intencionado y laudable propósito de «estudiar la personalidad y la obra de pensadores y literatos hispano-americanos», cosa que estimo en alto grado necesaria para que,

conociéndonos mejor, pueda algún día ser una realidad consoladora el ideal de una estrecha unión de estos pueblos de habla española, tal como la pregonan actualmente muchos de los más connotados escritores de nuestra América. Siquiera sea someramente voy á expresar mi humilde opinión acerca de estas Conferencias, las que, por las figuras de alto relieve filosófico ó literario á que se contraen, por la claridad y belleza del lenguaje y por el caudal de apreciaciones críticas en ellas contenido, bien merecían más detenido y completo estudio que el que les dedico, pues sus autores dan muestra elocuente de las páginas de esta obra de conocer concienzudamente, como en realidad deben conocerse estas cosas, los puntos de alto alcance filosófico, literario y científico que se dilucidan en estos muy apreciables trabajos.

—

Versa la primera Conferencia, serena y discretamente pensada, sobre *La filoso-*

fía moral de Don Eugenio M. Hostos, el insigne pensador antillano. Su autor, el culto escritor mexicano Antonio Caso, es ya ventajosamente conocido del público intelectual dominicano por otros excelentes estudios de índole filosófica, en que se ha podido observar un criterio amplio, bien equilibrado, poco propenso á divagaciones, y la plena posesión del arsenal de conocimientos y de datos de todo punto indispensable para orientarse con relativa facilidad por el dédalo de estos complejos y abstrusos asuntos. Caso acierta, casi por completo á mi ver, al precisar algunos aspectos, los más importantes quizas, de la personalidad intelectual de Hostos, que es sin ninguna clase de duda una de las más altas y representativas figuras del pensamiento moderno en Hispano-América. Tal vez ó sin tal vez, sea la *Moral social* el libro en que Hostos puso las más altas vibraciones de su generoso espíritu. En esas páginas está la savia más pura de su poderosa inteligencia y lo más característi-

co de su sensibilidad exquisita. Más que un filósofo genuino, de escuela; más que un sociólogo mismo, á pesar de serlo tan notable, Hostos es un moralista en toda la prolífica extensión del concepto. En lo que atañe á su concreción ética principalmente, en lo que presta verdadero relieve á su personalidad moral, han impreso su sello, no hay que profundizar mucho para atisbarlo, con mayor ó menor fuerza, aspectos característicos del ideal socrático, elementos procedentes del estoicismo de Epícteto y de Marco Aurelio, la proyección perennemente luminosa del imperativo categórico de Kant... Su idealismo ético es de abolengo intelectual y en escasa parte de procedencia étnica como parece creerlo Caso. Pertenece, de pleno derecho, á la categoría de pensadores austeros, en la que entran espíritus conspícuos sin procedencia de raza, un Sócrates, un Spinosa, un Kant, creadores de mundos morales, que, frente á las mutaciones del alma social, á la multiplicidad y cambio de las ideas, á las

transformaciones de la vida, levantan el sólido edificio de una irreductible convicción, y en él colocan, á manera de insustituible divinidad, un ideal de suprema perfección que miran sereno, resplandeciente, existiendo siempre á despecho de lo transitorio y mudable de las cosas, *sub specie aeternitatis.*

No obstante sus nexos evidentes con el positivismo de Comte en su primera parte y el de Spencer en ciertos puntos principales, y á pesar de su criterio de certidumbre *científica*, que le hace convertir la ciencia en base exclusiva de todo razonamiento positivo, de todo empeño racional de verdad, los cimientos de la construcción filosófica de Hostos son casi enteramente idealistas. Su idealismo sobrio y circunspecto, de tonos francamente optimistas, tiende de continuo á ennoblecer y dignificar la vida. Su concepción ética, muy subjetiva en lo esencial, de aparente cohesión *científica*, Caso lo ha visto bien, reposa en la unión de nuestro yo con la Naturaleza, de nues-

tro ser físico y espiritual con la existencia del Universo, en la estricta correspondencia de nuestro mundo mental con el mundo de las realidades sensibles, en un concepto de razón y de deber vinculado en la *eterna* armonía de las cosas, armonía aparente en cierto íntimo sentido, ya que debajo de esas apariencias de realidad sólidamente cohesionada, vibra con ritmo misterioso lo vario, lo contingente, el ser en perpétua evolución creadora . . . Tal vez sean frágiles las bases que da Hostos á su concepción ética, pero no sé si la *libertad metafísica* que indica Caso como único asidero responda mejor como base de certidumbre *definitiva* . . . En Hostos, moralista ante todo, cualquier concepto, el concepto estético quizas en primer término, la noción de Belleza sustantiva del Arte, irradiación divina de nuestro ser afectivo, debe subordinarse al supremo concepto de finalidad moral . . . Error sin duda, pero propio de todo genuino moralista. Para él parece el Arte carecer de propio con-

tenido, de realidad sustantiva, autonómica . . . Por eso, por esa modalidad de su espíritu, échase de ver cierto vacío en algunas de sus críticas, en el magnífico juicio de Hamlet por ejemplo. Todo por el Bien y para el Bien: he ahí su divisa. Caiga quien caiga, hay que sacar á flote el Bien, razón y justificación suprema de la vida . . . Caso, con serena mirada crítica, ha visto con exactitud cuanto integra la concepción moral, majestuosa é imponente como un templo marmóreo, del gran pensador, y ha sabido rendirle el homenaje de admiración y simpatía que se merece el antillano genial y austero, una de las más altas cumbres de la mentalidad de la raza española, que, en todo tiempo, como quería el gran filósofo estoico, supo armonizar estrechamente su pensamiento con su vida casta, luminosa, edificante, que puede presentarse como acabado modelo de personal y verdadera grandeza ética . . .

—

El poeta Alfonso Reyes, en la segunda Conferencia, estudia con efusiva simpatía la obra poética de Manuel José Othon, el inspirado autor de *Los poemas rústicos.* Conozco poquísimo, casi nada puede decirse, de la celebrada producción rítmica de este notabilísimo poeta mexicano. Leí, hace algunos meses, con verdadera delectación, los hermosos sonetos de *Noche rústica de Walpurgis,* vasta sinfonía donde, á cada instante, se siente la intensa vibración de un alma saturada de divino amor por la Naturaleza, donde esplende de continuo, con cierto vago colorido clásico, sin complicados arabescos, armoniosa y bella, una visión amplia y sugerente, de lo que, en determinados momentos, produce en ciertos espíritus la contemplación de las múltiples bellezas de la campiña solitaria, apacible, poblada de misteriosos rumores . . . Hay en Othon cierto género de panteismo, *místico,* que, aun bebiendo de continuo en el raudal inagotable de las cosas mirí ficas del mundo natural, aun ten-

diendo, en ocasiones, á compenetrarse con ellas, conserva siempre el rescoldo de ciertas creencias religiosas, flores místicas que aun no ha destruido el cierzo de dolorosos escepticismos. Hay muchas bellezas en estos sonetos. De uno de ellos, de *Intempesta Nox* copio los dos tercetos, que dan, aunque lejana, cierta idea de su espíritu y de su *manera:*

Noche profunda, noche de la selva,
de quimeras poblada y de rumores,
sumérgenos en tí, que nos envuelva
el rey de tus fantásticos imperios
en la clámide azul de sus vapores
y en el sagrado horror de sus misterios.

En esta sentida y hermosa Conferencia, en la que Alfonso Reyes ha puesto algo de su alma, me ha parecido contemplar, tal como seguramente debió ser, el noble y melancólico poeta que vivió esparciendo en ritmos vibrantes y bellos las más puras palpitaciones de su corazón noble y generoso.

—

En la tercera Conferencia, nuestro ilustrado compatriota Pedro Henriquez Ureña, con criterio sagaz y penetrante, estudia el conjunto de ideas y de orientaciones espirituales que caracteriza la obra intelectual, evangelizadora y trascendente, del ilustre José Enrique Rodó. Este estudio, perspicaz y hondo, es en un todo digno del pensador uruguayo. La característica principal, á mi ver, de la clara inteligencia de Pedro Henríquez Ureña consiste en su facilidad para descubrir y precisar los puntos de enlace de las ideas filosóficas, las analogías que las aproximan y las diferencias que más ó menos realmente las separan. Hay siempre entre los sistemas, concepciones más ó menos bien definidas de espíritus atentos y reflexivos que quieren ahondar en el misterio que nos envuelve, cierto encadenamiento ideológico, cierta concatenación conceptual, en muchas ocasiones poco perceptible, y el toque estriba en poder percibir bajo apariencias muchas veces engañosas, el hilo finísimo y

casi invisible que corre al traves de esos sistemas estableciendo entre ellos nexos y conexiones de mayor ó menor importancia filosófica . . . El pensamiento fundamental de Rodó (Motivos de Proteo) puede condensarse en estas palabras: «Renovarse, transformarse, *rehacerse*, he ahí toda la filosofía de la acción y de la vida» . . . «Nuestro yo, dice Guyau (La Educación y la Herencia) con gran profundidad, no es más que una aproximación, una especie de sugestión permanente; no existe, se *hace*, y no estará jamás terminado». La vida, *rehaciéndose*, siguiendo una onda de eterna impulsión, *crea, crea* sin cesar. No hay, no debe haber en el desarrollo de la vida universal ningún círculo, ningún espacio cerrado en que moverse; la vida, en un proceso sin término de creación, tiene ante sí un océano sin orillas, horizontes infinitos . . . En Bergson, frente al concepto intelectualista de estabilidad, de unidad estática predominante en casi toda la filosofía, el *devenir reel*, según su

frase, determina una creación incesante. Para Bergson «lo que aparece como *nuevo* en las cosas es de una novedad auténtica». Pedro Henriquez Ureña ha visto, y creo que ha visto bien, las conexiones que existen entre el bergsonismo y el dinamismo psicológico de Rodó. La originalidad del autor de *Ariel* consiste principalmente para él en haber convertido en norma de acción para la vida la doctrina cosmológica de la filosofía bergsoniana dándole trascendencia individual y social con la enseñanza de la necesidad de cultivar perenne é intensamente nuestro yo . . .

Existe en Rodó cierta unción evangelizadora, como de apóstol, el *misticismo laico* de que hablé en mi estudio sobre *Motivos de Proteo.* Misticismo entendido, ya lo creo, en un sentido intensamente humano. El gran escritor uruguayo, ¿cómo no? ha sumergido su espíritu, con amorosa delectación, en el fresco y apacible remanso de la mística española, «aquella generosa escuela, dice Menen-

dez y Pelayo, que llevó la elocuencia castellana al grado más alto que puede llegar lengua alguna» (Historia de las ideas estéticas en España, tomo 2º). Más que en el cencepto, más que en la frase misma, en cierto perfume suavísimo que á menudo brota del pensamiento de Rodó, creese aspirar algo de las flores del jardín místico que constituye quizás lo más sinceramente sentido de toda la literatura española . . . Bien merece vivos elogios esta Conferencia en que nuestro muy culto compatriota ha rendido, bella y hondamente, homenaje de justificada admiración al más alto de los actuales pensadores de Hispano-América.

—

Hermosa, muy hermosa la Conferencia, cuarta de la serie, en que Carlos Gonzalez Peña, con sereno juicio, en estilo vibrante y bello, traza los principales rasgos del *Pensador mexicano*, Don José Joaquín Fernandez Lizardi, intelec-

tual espontáneo, incorrecto y fecundo que en libros y periódicos tuvo el raro mérito para la época en que vivió de retratar con vigorosas pinceladas la sociedad mexicana de su tiempo con todas sus más resaltantes peculiaridades, justamente en los momentos decisivos y trágicos en que va á operarse la más completa y radical transformación que señala su gloriosa y agitada historia. Confieso con dolor—el dolor del intelectual hispano-americano que por falta de datos minuciosos no puede darse exacta cuenta del desarrollo cultural en este Continente—que no conozco nada de la figura de veras atractiva á que consagra Gonzalez Peña estas sugestivas páginas. La vida intelectual de Hispano América en lo que atañe á la época colonial yace como cubierta por un sudario de indiferencia ó de olvido. Y aun en estos mismos instantes, la escasez de medios de comunicación rápidos y seguros contribuye en primer término á que la expansión intelectual de cada una de estas re-

públicas tenga por lo común un valor enteramente local, traspasando pocas veces el límite demarcado por sus respectivas fronteras . . . Son en extremo curiosos los pormenores que nos suministra el conferencista acerca del periodista, novelador y poeta que estudia, porque todo éso, en cierto grado, lo fué Fernandez Lizardi, quien—y ésto lo hace doblemente simpático para mí—como elocuentemente lo dice Gonzalez Peña «supo anteponer al de la belleza y al de los hombres, un amor, un grande, un inmenso, un infinito amor: el amor santo de la Patria!»

—

Sobre un pedestal de admiración circunspecta y razonada, coloca José Escofet, en la quinta Conferencia, la figura por demás interesante y atractiva de la *décima musa*, la inspiradísima sor Juana Ines de la Cruz. El estudio de Escofet, sobrio, preciso, con puntos de vista críticos muy apreciables, resulta, en ciertos

pasajes, una verdadera evocación de aquella mujer de alma ardiente y apasionada. Eso fué ciertamente. En ella, sobre los deliquios místicos, sobre la poetisa misma, está la mujer que parece haber sentido una pasión amorosa que quizas no fué compartida; que durante veinte años de clausura, en la celda cenventual, solitaria y triste, como que vivió ahogando algo que tuvo su raiz en los primeros deslumbrantes años de su existencia mundana . . . A pesar del carácter de algunas de sus poesías en que parece aletear el ensueño místico, su vena poética, enturbiada á veces por el mal gusto reinante, parece fluir copiosamente de algo que en ella no es vano artificio retórico, que brota de lo más íntimo de su ser hecho para amar con amor terreno, y que, por circunstancias desconocidas, tuvo que convertirse, bien á su pesar, al cubrir su cuerpo con los hábitos monjiles, en expansiones de devoción más ó menos sinceras . . . Por ciertos aspectos, fué sin duda superior á su épo-

ca. Su ansia de saber era grande. El estudio la seducía. En el convento parecían mirar con malos ojos su anhelo de conocimientos. Se cohibían ó poco menos sus aficiones á instruirse como lo da á entender cuando afirma que «alguna prelada muy santa y muy cándida creyó que el estudio era cosa de inquisición»... Sobre el lugar de su nacimiento han corrido versiones diversas en obras de relativa importancia publicadas en la misma España. Pedro Alcántara García en su deficiente *Historia de la literatura española* la considera como peruana, y aunque Ticknor, en su Historia (tomo 3º, pág. 232) al mencionarla simplemente dice que es de México, en las adiciones y notas de Gayangos y de Vedía que lleva esa misma Historia se afirma que nació en Guipuzcoa . . . Me ha gustado mucho esta interesante Conferencia en que aparece con todo su verdadero relieve escultural la inspirada poetisa mexicana.

—

En la sexta y última Conferencia, *Don Gabino Barreda* y *las ideas modernas*, juzga José Vasconcelos, con criterio bien equilibrado, con información bien depurada, la parte que corresponde á Barreda en el progreso intelectual de México de estos últimos tiempos y las diversas orientaciones del pensamiento moderno. Refiriéndose á Barreda dice Vasconcelos: «él implantó entre nosotros los fundamentos de un pensar distinto del que había prevalecido en los siglos de dominación española y de catolicismo». En conjunto, en sus líneas principales, en lo que he podido apreciar de la obra de Barreda en México, se me figura advertir, en algunos de sus aspectos, un pronunciado parecido con la realizada entre nosotros por el ilustre antillano Eugenio M. Hostos. Ambos, cada cual á su modo, por virtud de métodos superiores de enseñanza desprovistos de gérmenes escolásticos, dan luminosa y racional dirección á energías mentales sacándolas del estacionamiento intelectual en que yacían

mezclados confusamente los elementos deficientísimos de cultura científica y de ética social—ya reemplazados ventajosamente en otras partes—que constituían la herencia espiritual de más de tres centurias de coloniaje. . . Ambos, en lo posible, inspirados en un parecido ideal de ciencia coherente y definida, renuevan y fecundizan la atmósfera de tradicionalismo rutinario de ambos pueblos esparciendo á manos llenas los efluvios de doctrinas modernas vinculadas en un propósito consciente de positivo mejoramiento social.

El positivismo comtista y el evolucionismo spenceriano, como constata Vasconcelos con acierto, cada día van como alejándose más del concepto cosmológico y biológico que empieza á formarse por virtud de las más recientes investigaciones científicas. Datos suministrados por las ciencias de laboratorio van como destruyendo algunos postulados de procedencia netamente positivista. Es sorprendente, verdaderamente sorprendente, lo

que empieza á descubrirse en ciertos aspectos del mundo fenoménico. Le Bon acaba de insinuar la posible formación de una química *nueva*. Analogías insospechadas comienzan á advertirse entre ciertos elementos naturales. Nuestras ideas sobre la materia están sufriendo una radical transformación. Lo esencial, según Poincaré, es ver con atención «lo que hay *debajo* de las cosas». El radio y sus portentosas propiedades constituyen un buen ejemplo de ello. Con insuperable fuerza de expresión lo afirma Le Bon: la materia se *desmaterializa*. El calor solar, dice, es materia disociada. La hipótesis cosmológica presenta nuevos y muy curiosos aspectos. Y la ciencia, expresión lógica del conocimiento mental, sin abandonar sus métodos de observación y de experiencia, se hace más relativa, contingente, progresiva en determinado sentido . . .

Y en el mundo del espíritu acaece lo mismo. Nuevas corrientes de ideas van señalando orientaciones inesperadas ó po-

co menos. Cada vez parece más difícil, en este caos de ideas diversas ó radicalmente contradictorias, fabricar con nuestra evidente limitación mental una concepción completa y satisfactoria del Universo. Hay que huir, como de la peste, de todo dogmatismo cerrado que, aun representando un descanso, un punto de parada para un espíritu cansado por la impotencia del esfuerzo, en el fondo vincula un límite, pone como una muralla al dinamismo mental incesante y fecundo, porque como dice muy bien Vasconcelos, «fácilmente se refugia uno en una concepción que juzga definitiva y trata de imponerla á los demás» . . . Lo más alto, quizás, de la filosofía moderna, lo representa el *bergsonismo* entendido sin radicalismos intempestivos que podrían revestirlo de apariencias ó realidades dogmáticas. El paso de lo intelectual, de lo puramente conceptual, á la percepción directa, á la intuición inmediata, á lo íntimamente personal, al yo *profundo*, establece en el *devenir real* una perpetua

creación que se dilata en horizontes sin término . . . La filosofía de Bergson entraña una inmensa trascendencia para finalidades de vida individual y colectiva, y contiene elementos capaces de seducir y avasallar las más altas inteligencias. Pero para aceptarla ampliamente, en toda su integridad, hay que descender, según frase del mismo Bergson, «al fondo moviente, activo y vivo de la realidad», y para eso hay que romper de golpe con muchas formas mentales de hondísimo arraigo en nuestro organismo intelectual, con muchos siglos de lógica *espacial.* Bergson reclama de nosotros, dice Gastón Rageot (citado por W. James en su Philosophie de l'Experience) una especie de catástrofe interior, y todo el mundo no es capaz de tal revolución lógica. Pero aquellos que han tenido la flexibilidad necesaria para realizar este cambio completo no pueden ya volver á su antigua actitud mental: permanecen bergsonianos».

Paréceme que Vasconcelos juzga algo

superficialmente el pragmatismo *norte-americano,* de W. James sin duda, á quien ni una vez menciona en su bien pensada Conferencia. Ciertas prácticas pueriles y aun extravagantes adjudicadas al pragmatismo no responden ciertamente al fondo de seriedad que debe avalorar toda doctrina ó método filosófico. Pero los extravíos á que se refiere el inteligente ateneista son exterioridades más ó menos pasajeras, rugosidades de la corteza que en nada perjudican á lo que hay debajo de ella: la rica savia que mantiene la vida en todas las partes del árbol frondoso del pragmatismo que representa una de las más notables concepciones del pensamiento filosófico. En la literatura empieza á dar frutos más ó menos sazonados. La última novela de Leon Daudet, *La Mesentente,* está influida directamente por el ideal pragmático. Y no hay que darle vueltas. El bergsonismo, á que parece inclinarse Vasconcelos, desemboca, lo mismo que el concepto pragmático, en el vasto oceano del empirismo.

Pero á la manera de Bergson no hace, según frase del mismo James, sino probar la inmortalidad del método» . . . . En la conclusión de su interesante estudio, Vasconcelos, después de sentar el pie durante más ó menos tiempo en algunos campos del pensamiento filosófico moderno, buscando terreno sólido, proclama y exulta lo que á su juicio, y al mío, en cierto sentido, «constituye la integridad de ese mismo pensamiento, lo que de él ha podido subsistir al traves de los siglos» . . . Y al cerrar su Conferencia, en el último párrafo, hace una entusiasta apología de la acción, del esfuerzo constante, de todo lo que, frente al misterio, á lo eternamente inasequible, debe dar á la vida finalidades cada vez más acentuadas de supremo desinterés, de soberano altruismo . . .

CANTABA EL RUISEÑOR.

POR FABIO FIALLO.

En la estancia solitaria, apenas alumbrada por una lámpara de alabastro, una mujer joven, bella, de señoril presencia, deja vagar al descuido, como quien sueña, sus manos blancas, lirios en movimiento, sobre el marfileño teclado. Por la abierta ventana entra la claridad lunar como una blanda caricia de los cielos. . . De las flores del patio viene un aroma suave que embalsama el recinto donde aquella mujer hermosa y soñadora arranca al piano cadencias en armonía con los anhelos é inquietudes de su alma. Notas

impregnadas de no sé que vaga tristeza, que tienen no sé que de algo lejano que evoca dulces recuerdos de cosas extintas, brotan continuamente bajo la presión de sus dedos ágiles y finos . . . Notas que, en ocasiones, imitan el ténue susurro de pintoresco arroyuelo que culebrea por la campiña amena besando los arbustos en flor, y en otras semejan como imprecisa expresión de sollozos comprimidos que quieren escaparse de un pecho enamorado en que hierven las dudas y los celos... Así, cuando leo con íntimo deleite los versos sencillos, diáfanos, expresivos, dulcemente armoniosos de Fabio Fiallo, viene siempre á mi imaginación algo idéntico ó parecido á ese cuadro finamente romántico, pues encuentro, sin poder precisar mi pensamiento, no se que ocultas conexiones entre él, entre ese ambiente de ensueño, poblado de armonías que se desgranan llevando en sus ondas rítmicas arrullos y ternezas de un corazón apasionado, y la poesía ensoñadora, melancólica, sugestiva, plena de dolientes

remembranzas en que Fabio Fiallo ha dejado correr una parte, la más noble de su savia espiritual, casi siempre en forma de súplica ó de queja á una mujer amada con expresión musical suavemente arrulladora:

> Temeroso de herir vuestro alto orgullo
> así fué en sus comienzos mi pasión,
> ruego que no alcanzaba á ser murmullo
> ó dulcísimo arrullo
> que se trocaba en férvida oración.

Visiones miríficas de un corazón sitibundo de amores, como quien tan sólo vive para el *eterno femenino*, para la perpétua adoración á la mujer, las composiciones contenidas en este primoroso libro —verdadera joya de arte por su aspecto material y por el jugo mental en él encerrado— reflejan un romanticismo de superficial emotividad en que el amor constituye la trama perenne y obligatoria, y son, en todos los casos, condensación más ó menos intensa, pero parcial, fragmentaria, de un espíritu selecto que

en el lenguaje rítmico sólo traduce con intensidad y fuerza cuanto se relaciona con lo que constituye su culto más ferviente y constante. La proyección radiante del numen de Fiallo, en ningún caso, alcanza á iluminar con las fulgural ciones de sus ritmos otros aspectos de espíritu en que llamea vivamente la aspiración á muchas cosas de alta nobleza anímica que marcan las más fecundas y caracterizadas orientaciones de la vida social. En su yo, la eterna belleza, una y múltiple á la vez, sólo atesora irradiaciones sensibles, exteriorizaciones capaces de impresionarlo vigorosamente, cuando toma cuerpo en tipos de mujer, en mujeres amadas, en dolientes historias de pasión en que laten las incertidumbres, las angustias, las dudas, los celos, los estremecimientos amorosos de un alma en que—en realidad ese amor por su cambiante naturaleza nunca llega á la raiz más honda de su ser—sólo tiene ó parece tener cabida la imagen de la bien amada, especie de divinidad terrena que, duran-

te más ó menos tiempo, imperará en él con absoluto dominio . . .

Analizar estos versos, someterlos á un prolijo examen para descubrir sus máculas ó poner de bulto lo que en ellos es ó semeja infracción á ciertas leyes del ritmo ó á lo que una poética convencional estima irregular é incorrecto, sería algo así como profanarlos . . . La poesía de Fabio Fiallo, aristocrática y refinadamente delicada, parece hecha para sentida tan sólo por espíritus exquisitos, de cultura necesaria para ver, desde ciertas alturas, muchas cosas prosaicas y repulsivas que afean y que deslustran la vida; espíritus de cierto temple en que los groseros intereses y apetitos cotidianos no han podido ahuyentar muchas excelsitudes morales, muchos refinamientos psíquicos, muchas inefables delicadezas de sentimiento . . . Para mucha gente, para el gran número—y eso se advierte á la primera ojeada—lo íntimo, lo refinadamente personal, lo que en algunas almas es como la expresión de un estado

anímico de peculiar nobleza, flor de amor y de generosidad que perpetuamente esparce á su alrededor su benéfico perfume, carece de positivo influjo, no tiene significación ni trascendencia, es mero pasatiempo sin alcance en lo que ese mismo burguesismo califica enfáticamente de vida práctica. Cuando se posee un alma intensamente saturada de amor, de belleza, de idealismos generosos, que no mira en la vida la continua satisfacción de vulgares goces y de groseros apetitos, que no se siente seducida por lo que disfrazado con formas de mundana y convencional cortesía trasparenta algo de achicamiento de la dignidad personal; quienes tienen un alma así estructurada se exponen de continuo, ya que no á naufragar en un piélago de desdeñosa indiferencia, á recibir el dardo envenenado de las envidias, de las vanidades impotentes, de todo lo que por su peculiar naturaleza no puede remontarse á ciertas fulgurantes cúspides espirituales...

En medio del tráfago social, cercados

por apremiantes realidades de la vida diaria, resulta gratísimo para un corto número de almas oir, una que otra vez, como el apacible rumor de dulce música lejana, de una música que nos impresiona agradablemente al traernos en sus notas algo que sin poder definirlo ni precisarlo anhelábamos ansiosamente . . . Envidiable privilegio del poeta es sugestionarnos y encantarnos de esa manera, en hora propicia, calmando nuestras ansiedades y produciéndonos inefables esparcimientos. En la poesía de Fabio Fiallo, plena de misterioso encanto, incompleta en realidad porque sólo refleja partes, fragmentos de su espíritu, no hay jamás signos de afectación ó de cierta *pose* convencional de última hora. En ella se siente poquísimo el artificio retórico, la pueril vanidad de llamar en todo momento la atención mediante procedimientos juglarescos ó innovaciones que no responden á necesidades realmente experimentadas. En él no se ve la tendencia á apurar sutilezas mentales para

encarnar aspectos de la vida en simbolizaciones abstrusas en que se llevan á su quinta esencia de expresión ideas y sentimientos envejecidos ó gastados. En sus rimas palpita lo mejor de su alma, lo que no es en ella obra de préstamo ó asimilación, sino enteramente propio, peculiarísimo de su organismo afectivo, de lo que reside en las más íntimas profundidades de su ser. Aun en su mismo parentesco espiritual, innegable en cierto sentido, con el excelso poeta de *Rolla* y el cantor nostálgico de las *Rimas*, adviértese siempre que tal parentesco, solo tiene, en su expresión rítmica, superficiales matices de semejanza, y no es, bien tamizado, sino pura afinidad de sentimientos, acercamiento de espíritus convergentes; pero nunca la tendencia definida y precisa que vincula para el observador consciente como un propósito más ó menos visible y caracterizado de imitación en que se desprenden partículas del propio ser siguiendo orientaciones espirituales extrañas . . . Fabio Fiallo, en todo

momento, es siempre *él*, siempre el *mismo*, con su peculiar subjetividad romántica, con sus exquisitas delicadezas de sentimiento, con todo lo que en su poesía diáfana, suave, aristocrática, mejor que en ninguna otra expresión de su actividad mental, dá relevante idea de la nobleza y generosidad privativas de su alma.

CIUDAD ROMANTICA

Por Tulio M. Gestero.

Abrí el libro y casi inmediatamente experimenté una impresión como de deslumbramiento. En estas hermosas páginas, evocación intensamente luminosa, vive con toda su sugerente y épica poesía de antaño, con todo su magnífico explendor medioeval, con sus peculiaridades típicas, excelsitudes y morbosidades de hogaño, altiva, con la serena majestad de las cosas durables, la urbe insigne, chica por la extensión de su emplazamiento urbano y por su escasa densidad de población, pero de ingente nombradía por

su secular actuación histórica, una de las más curiosas é interesantes que registran las crónicas de ciudades americanas . . . Desde sus algo desordenados comienzos en la vida literaria, comienzos llenos de titubeos por motivos sobrado naturales, carentes de cierta unidad en la mayoría de sus aspectos, y no obstante evoluciones posteriores más ó menos definidas y precisas, Tulio M. Cestero ha conservado intacto, lo que para mí constituye la característica dominante é imperativa de su estilo, la *faculté maitresse* de su personalidad literaria, esto es, su potencia de visión, su constante tendencia á revestir de intenso colorido cuanto abarca su radio visual, aun á riesgo de exagerar la realidad externa prestándole brillos demasiado acentuados y de evidenciar con frecuencia su escaso dominio del claro-obscuro, lo que le veda, en ocasiones, realizar una creación pictural en que aparezcan armonizados con artística imprecisión gradaciones luminosas y efectos más ó menos acentuados de sombra. Esa

falta de medida, de ponderación, en su percepción del color circunstante, que le hace, en general, ver las cosas como de continuo sumergidas en un piélago de luz intensa que produce en el lector frecuentes y á la larga fatigosos deslumbramientos, es quizás, á mi ver, el defecto más visible—acaso para muchos no lo sea—en que ha incurrido el autor de este bello é interesante libro. Y digo defecto, porque esa irrefrenable tendencia al color crudo, exagerado, de ofuscantes brillos metálicos; ésa que me atrevo á llamar *exaltación dionisiaca* de su vista, por carecer de necesarios contrastes, de oportunas atenuaciones, termina al fin—no obstante la magia de su estilo en que se destaca en preferente lugar el constante propósito de decir lo que ve y lo que siente de una manera original, *nueva* en cierto sentido—en una especie de monotonía, en infundir la necesidad de cierto reposo visual, de cierto descanso de la retina, cosas que en cierto grado contribuyen á disminuir el interés de la sober-

bia descripción de edificios de luenga y romántica existencia y de aspectos y cosas en veces demasiado realistas de la histórica urbe capitaleña.

En un temperamento como el de Cestero tan bien estructurado para sentir el calor, tan avasallado por la luz, y en un libro de esta índole, se tiende siempre, naturalmente, al predominio de lo descriptivo sobre lo psicológico, á colocar en primer plano lo que se ve, lo que es objeto de observación directa, sobre el concepto íntimo, la concreción mental que eso mismo visto y observado hace germinar en las células cerebrales del espectador consciente. No se infiera de esta apreciación, ni remotamente, que en ciertos interesantísimos pasajes de *Ciudad Romántica* no lata con verdadero vigor de observación perspicaz é íntima la nota de bien acentuada psicología al referirse, pongo por caso, á ciertas peculiaridades de nuestro organismo social como al penetrar con seguro criterio en la íntima urdimbre de almas de cierta curiosa y

aun no bien estudiada estratificación psíquica. Tal al trazar en breves y precisos rasgos la personalidad desorientadora en ciertos aspectos del dictador dominicano que vivió continuamente, como algunos personajes del teatro griego en un ambiente de tragedia, y que produjo honda conmoción en todos los ámbitos del país al caer, en una serena tarde estival, fulminado por certeros disparos. Para quien ahonde con mirada exenta de prejuicios y de odios en la incoherencia de nuestro medio social profusamente saturado de morbosidades de diversa índole, no será difícil comprender que esa figura dictatorial, amamantada perennemente en un añejo concepto de fuerza y de violencia, no es ni puede ser, claro está, producto aislado, solitario, como caido del cielo, sino un fenómeno de rudimentaria sociología, fuertemente estructurado y cohesionado por el medio ambiente, de que es natural concreción, y en el cual fenómeno, determinándolo, entran factores de varia especie como tra-

dicionalismos hondamente arraigados, preocupaciones populares, resaltantes convencionalismos, formas y maneras estrechas y rutinarias de comprender la realidad que nos circunda; todo, en fin, lo que aun representa en muchos sentidos el ritmo peculiarísimo de vida de la sociedad dominicana casi por entero desprovista de gérmenes de eficiente y redentor dinamismo. Y tan es así que el fenómeno social que toma forma corpórea en el dictador, valeroso y trágico, caido en Moca, puede repetirse, se repetirá inevitablemente, si no varían en forma más ó menos radical esos procedimientos, medios y resortes irregulares que figuran en primera línea como de indiscutible eficacia gubernativa en todo el curso de nuestra actuación histórica, ya como colonia, yo como organismo nacional dueño de sus destinos. Ese proceso de salvadora desviación de los lóbregos caminos que ha seguido constantemente nuestra política, requiere, para cumplirse satisfactoriamente, desenvol-

verse en el seno amplio y generoso de una paz dignificadora y estable, propicia en un todo á la expansión de trascendentes iniciativas y al ejercicio gradual y respetado de todos los derechos inherentes á la personalidad humana. Y para ello no hay que esperar, como se afirma por ahí, á que estemos *suficientemente preparados*, pues para tales cosas la óptima preparación estriba en la práctica inmediata y constante de esos mismos derechos individuales, aunque en los primeros tiempos sea en forma irregular é incompleta. La mejor escuela para aprender á ejercer esos derechos no radica ciertamente en tales ó cuales enseñanzas teóricas sino en bajar á la candente arena para practicarlos, como indica Lastarria, cuando se pueda y *como* se pueda . . .

Radica indudablemente la médula de este atractivo volumen en su parte descriptiva, la más sugestiva y completa, enderezada de modo principal á poner ante nuestra vista los edificios ó restos de edificios de la época colonial que aun

permanecen en pié contribuyendo en gran manera á imprimir fisonomía especialísima, propia para sugestionar y cautivar artísticas imaginaciones, á la ciudad que se yergue altiva besada por las ondas plácidas ó rugientes del azul Caribe, que en tiempos pretéritos dió notaciones de alta resonancia y de donde partieron como los fieros halcones de que habla el poeta de *Los Trofeos* muchos de los aventureros de férrea armadura que con sus fulgurantes proezas legendarias fijaron los límites del inmenso imperio colonial hispano casi en los últimos confines del hemisferio austral. Poesía hermosa, solemne, de intenso relieve medioeval, surge, como proyección luminosa de un mundo cubierto por el negro sudario del olvido, de esos ruinosos paredones en que los siglos han puesto su pátina densa cuando se les contempla, con alma de artista, á la caida lenta y melancolica de las tardes apacibles que se esfuman en las imprecisas vaguedades de grises agonías crepusculares; ó cuando

sobre la ciudad dormida extiende la noche augusta su clámide de sombras; ó en las horas en que los lampos lunares, á modo de suaves caricias sidéreas, bañan suavemente los arcos festoneados de plantas trepadoras, los huecos de las puertas que parecen las entradas sombrías de amplias construcciones funerarias, los patios abandonados en que crece la yerba con selvática independencia, y en que se cree escuchar algo parecido á una sollozante elegía escapada de los que un día pusieron vida y animación en aquellas ruinas, de los recios guerreros de larga tizona, de los sórdidos y presuntuosos golillas, de los frailes que por esas ruinas pasaron silenciosos y pensativos bajo su amplia cogulla, y que en más de una ocasión, algunos de ellos, en aquella hora tremenda y trágica de la Conquista, alzaron viril y elocuente protesta en defensa de una raza torpemente exterminada, la pobre raza quisqueyana, reclamando con voz que aun vibra en la conciencia humana el derecho de esos aboríge-

nes á vivir sin estorbo en la idílica paz de sus campiñas, en la tierra en que fueron libres y felices sus abuelos! ¡Qué serena, qué intensa poesía, noblemente romántica, á modo de fresco y copioso surtidor, brota de muchas de estas páginas exquisitas y sentidas, donde un artista verdadero puso las gemas deslumbrantes de su estilo eminentemente pictórico con la plausible idea de conservar en esas bellas descripciones llamativos aspectos de un mundo que se extingue, de la vieja poesía colonial que agoniza, de cosas que van lenta ó precipitadamente transformándose, revistiendo nuevas apariencias, distintos contornos, obedeciendo al necesario y cambiante dinamismo de la vida!

Constreñido principalmente por su temperamento colorista y por su ansia de realidad artística, traza Cestero cuadritos de cierto realismo crudo, sensual, que han dado márgen á críticas y aun á censuras un tanto destempladas. Demuestra eso, á mi ver, con cierta eviden-

cia, que entre cierto aspecto de la mentalidad de Tulio M. Cestero y nuestro medio social—no obstante describir tan bella y acertadamente algunas de sus principales peculiaridades— no existe completa conexión espiritual, conexión determinada por idénticas formas colectivas de ver, pensar y sentir, y por tal circunstancia debida á sus largas y frecuentes residencias en países de intensa vida artística y á la asídua lectura de autores favoritos extranjeros, origínase su olvido de que lo que en algunos de esos países es cosa corriente de que nadie hace ascos, como la pintura de pronunciados realismos sensuales, entre nosotros tales cosas, infundadamente, aparecen como creaciones sicalípticas, pornográficas, de evidente inmoralidad, fustigadas duramente por muchos con sinceridad de convicción que les honra; pero que otros censuran con probada hipocresía, con ridículo jesuitismo, desde puntos de vista de una moral flexible, acomodaticia cuyas excelencias decan-

tan á cada instante aunque guardándose bien de practicarla ellos mismos fielmente, tal como la predican . . . Y no hay que enredar la madeja invocando la libertad artística, el derecho de pintar la vida tal como es, tal como vibra en la realidad, tal como aparece ante nosotros sin eufemismos y aderezos retóricos que la falsean ó desnaturalizan, porque aquí aun no estamos ni estaremos en mucho tiempo habituados á no escandalizarnos más ó menos tartufescamente ante lo que un concepto de moral de innegable repercusión colectiva condena severamente revistiéndolo de las proporciones de abominable pecado. Acepto sin ambajes una bien entendida y amplia libertad en el terreno de la creación artística siempre que esa libertad corra por el cauce de un sereno, sincero y desinteresado propósito de poner ante nosotros, como lo hace Cestero, un fragmento de la vida real y palpitante; pero censuro cuanto en ese mismo terreno propende torpemente á despertar sensaciones eróticas, apetitos

estragados, irremediables impotencias. . . Ya ése no es libertad artística bien entendida ni cosa que remotamente se le parezca . . .

Tiempo hace que vengo preconizando en periódicos y en libros la conveniencia de ir colocando los primeros jalones de una literatura lo más nacional posible inspirada en los diversos aspectos y peculiaridades de nuestra naturaleza imponente y majestuosa, en lo típico de algunas de nuestras costumbres urbanas y campesinas que caminan precipitadamente á su extinción, y sobre todo en los asuntos de intensa fuerza dramática de que es tan pródiga nuestra incoherente y sangrienta existencia histórica, que constituye para mí la base fundamental de un consciente empeño de vigorización del espíritu nacional libertándolo de las excrecencias peligrosas de disolventes escepticismos y haciéndolo capaz de mantener en perenne tensión un estado de alma en un todo refractario á las humillantes ingerencias y mal disimulados

avances del imperialismo norte-americano en nuestra vida como organismo independiente. Fuerza es, pues, crear una literatura de ideas, una literatura de acción, de bien concertadas energías, una literatura que traduzca con relativa amplitud orientaciones luminosas de la vida moderna para poner de relieve en tal actuación literaria lo mucho de interesante, de vigoroso colorido que puede espigarse en el campo aun casi inexplorado de nuestra rica y dramática historia. En esta hay sustancia suficiente para nutrir empeños literarios de diversa índole, no intentados aun, salvo una que otra ligera excepción, porque nuestra actividad mental, por lo común, marcha extraviada, á tientas, sin ideal definido, casi siempre por estrechas sendas de franca imitación, lo que no da margen sino á producciones artísticas de valor muy relativo y de vida inconsistente y efímera. Poseemos ya en cierto grado—algunos de nuestros intelectuales han dado muestras valiosas de poseerla—la técni-

ca necesaria para la elaboración fructuosa de obras de cierto mérito artístico. Nada deja de sí esa prosa quintesenciada, pueril, verbosa, empedrada de neologismos, casi siempre sin ideas, ni esa poesía pletórica de ciertas exquisiteces de forma, de refinamientos de expresión, pero sin alma, que cautiva un momento sin marcar casi nunca en nuestros corazones la huella luminosa y perdurable de su paso. En esas modalidades de nuestra actividad mental no brilla, atrayente y fecundo, el reflejo de nada duradero y trascendente, susceptible de determinar estados anímicos resueltamente encaminados á la realización de altas finalidades de belleza y de justicia, tales como las reclaman estos pueblos hispano-americanos menesterosos siempre de nobles y prolíficos ideales. A cada momento, probando nuestra sorprendente facilidad para tales empeños mentales, vemos surgir partos literarios que atesoran ciertas cualidades de forma, pero sin ideas, sin expresar verdaderas emociones; obras de

un seudo subjetivismo, frágil, superficialísimo, que, por espíritu de irrefrenable imitación, en ocasiones por declarada pobreza mental, tiende á seguir dócilmente corrientes exóticas de muy discutible mérito literario, orientaciones señaladas por escritores y poetas consagrados por la moda ó por circunstancias pasajeras del momento como el auge efímero de escuelas ó de cenáculos que casi nunca ilumina la proyección de ideales prolíficos positivamente humanos.

Ciudad Ramántica encaja perfectamente en el marco, amplio y resplandeciente, que encuadra esa tendencia nacionalista, solvadora y fecunda, que encarezco con fé de verdadero convencido. Tulio M. Cestero, como va sucediendo con otros ingenios nuestros, ha comprendido que en nuestra vida social, desordenada, huérfana de indispensables iniciativas, resulta planta exótica, de muy débil perfume, esa literatura trasplantada, erótica, enteca, refinada, inconsistente, pálida flor de *boulevard* que constituye la con-

creción más ó menos real de una vida enteramente artificial, de horizontes limitadísimos, sin vistas á aspectos cada vez más amplios y definidos del movimiento social. Urge crear en vez de esas producciones frágiles, sin objetivos luminosos y precisos, cosas sólidas, fuertes, de positivo valor humano, en perfecta consonancia con las ideas de mejoramiento colectivo que á modo de resplandecientes meteoros cruzan la atmósfera de la civilización moderna. Hay que contemplar de frente, sin vergonzosas cobardías, sin temores casi siempre imaginarios, la realidad que se alza ante nosotros, para, si es inconveniente y nociva, tratar de modificarla en lo posible mediante la actuación gradual y oportuna de ciertas *ideas-fuerzas* de positiva influencia en la evolución social cada vez más vasta y compleja. Ojalá el distinguido escritor Tulio M. Cestero, nuestro culto y simpático compatriota, persista en la tendencia que en su producción literaria señala *Ciudad Romántica* culti-

vando con interés y amor cuanto se oriente en el sentido de realizar y prestigiar este amado terruño cada vez más necesitado del esfuerzo inteligente y viril de sus hijos para conducirlo por vías radiantes de efectivo progreso sin el más leve menoscabo de su personalidad nacional, que es lo que constituye ó debe constituir nuestro timbre más alto de justificado orgullo . . .

POSTURAS DIFICILES.

Por Luis C. Lopez.

En la primera página de este volumen de versos me encuentro con esta cita de Schopenhaeur: «Nadie puede mandar al poeta que sea noble, elevado, moral, que sea ó que deje de ser ésto ó lo otro, porque es el espejo de la humanidad y presenta á ésta la imagen clara y fiel de lo que siente». . . En este libro—más aun que en otro anterior de Luis C. Lopez, *De mi villorrio*,—se cumple fielmente esta observación del gran filósofo del pesimismo. Luis C. Lopez es un poeta de extraña é incoherente flexibilidad mental,

que esboza de continuo un gesto raro, macábrico, de resuelta inconformidad con el orden social imperante, ó una mueca funambulesca que en ocasiones provoca la risa, una risa que deja casi siempre una impresión un si es no es amarga y desconcertante. . . Para los encastillados en ciertos prejuicios y preocupaciones tradicionales, siempre será este poeta un neurasténico, que sólo encuentra verdadera complacencia en la exhibición vistosa y coloreada de muchas resaltantes fealdades y miserias humanas. Algunos le tildan de pornográfico ó cosa parecida. A mi ver no es moral ni inmoral, tomando estos vocablos en cierto sentido. Es pura y simplemente *amoral.* En estas estrofas su visión de la vida no se cristaliza nunca bien depurada de ciertos aspectos de la realidad inexorablemente condenados desde el punto de vista de muchos convencionalismos é hipocresías sociales. Su gesto es de vibrante sinceridad, de ruda franqueza, de un naturalismo irrefrenable, extravagante á me-

nudo, propio de un espíritu radicalmente independiente que desde su mundo interior ve las cosas de muy distinta manera que la mayoría de sus semejantes uncida perennemente al yugo de añejos y muy arraigados dogmatismos imperantes en la vida colectiva. . . Su musa inquieta y socarrona, sin pudores convencionales, y su acentuado desprecio del *qué dirán*, lo empujan con frecuencia á ciertos atrevimientos de idea y de expresión que lo distancian considerablemente de los numerosos forjadores de rimas para quienes es algo como pecado mortal salirse de los límites precisos señalados por lo convencional y rutinario. . .

En su organismo afectivo la neurosis parece haber marcado con fuerza su huella de desequilibrios y de delirio. No hay que buscarle nexos ni afinidades con nadie en la poesía hispano-americana. Es un rebelde impenitente de indiscutible originalidad, que no rehuye ciertas escabrosidades ni teme descender á detalles prosaicos y aun groseros ó considerados

generalmente como tales. No será jamás popular en nuestros medios intelectuales. Su musa vive al aire libre, sin ciertas castidades tradicionales, solazándose tan pronto aspirando el ambiente perfumado de la campiña henchida de inmensa paz, como recibiendo el vaho de la taberna en que va pronto á resonar con estrépito la juerga desenfrenada. . . Recorre con aparente indiferencia ó con malsana curiosidad los sitios en que hierve la miseria fisiológica, no espantándose de ciertos aspectos repulsivos ó nauseabundos de las cosas. Algunas audacias de su imaginación, de carácter pronunciadamente sensual, podrían formar *pendant*, guardando la debida distancia, claro está, con algunas de la moderna poesía francesa, como en estas obras de Paul Verlaine, pongo por caso (*Paralelamente, Canciones para ella*). A ratos su humorismo tiene un aspecto que atrae y sugestiona por la nobleza del sentimiento como en estos versos:

Le fusilaron esta
madrugada,
como si fuera un criminal...
¿Y la social
protesta?
Ninguno dijo nada.
Y aun vibra todavía
dentro de mí ¡qué amarga
tontería!
la descarga de la fusilería...

Describe, casi siempre, con atractiva sencillez y apropiado colorido:

Divide el cromo una encina
venerable. Un vespertino
silencio de campesina
paz humilde. Hay un molino
rojo, una verde colina,
y en el fondo azul marino,
como en una cartulina
postal, se aleja el camino...
Después, por el otro lado,
el remiendo inesperado
de un alegre caserío,
la epilepsia de un torrente
y la escamosa serpiente
tornasolada del río...

En *Canción burguesa*, ya en *postura* muy diferente, vibra su incurable rebeldía y

su desprecio de ciertas cosas de urdimbre muy humana:

Procura, mientras muere la mies en la cizaña
flexible cual felino que avizora el ratón
medir el salto... Y luego... que gire la cucaña
de la vida! No hay fuerza contra la tradición!

Flota como la espuma, zurce tu telaraña
y sé tan multiforme como un líquido. Con
la improbable paciencia de un pescador de caña
subirás poco á poco de escalón á escalón.

Después, atiborrado de honores y dinero,
gasta gorro y pantuflos cabe la lumbre. Pero
para hacer estas cosas sujétate á la ley

de todas las divinas y humanas tonterías,
sin asomo de pena, sin torpes rebeldías,
finjiendo la indulgente pasividad del buey.

Su numen es protéico, complácese, sobre todo, en aprisionar efímeros aspectos de las cosas, instantes emocionales que dan á sus versos una apariencia de ligereza por más que casi siempre se encuentren en ellos rasgos pasajeros de cierto humorismo eminentemente personal. La nota cómica, impregnada de un matiz de vaga ironía, fluye con frecuencia de sus estrofas:

Persigo entre las ruinas de una calle
sin pensar en la teja
que puede caerme, el talle
flexible de una moza. Es muy compleja
la misión de vivir. Y hay mucha gente
que camina á mi lado
diz que prácticamente
viendo para el tejado. . .

Por tus ojos, hipnóticos ojos,
de nn lejano color amatista,
sentí los sonrojos
y las timideces de un seminarista.

Sonó la campana
y dió un resoplido
de bestia en celo la locomotora
en la virginidad de la mañana. . .

Y te has ido, te has ido
fugitiva visión de un cuarto de hora
sin dejarme quitar la sotana. . .

No me atrevo á citar algunas de sus poesías que revelan el aspecto más pronunciado de su *manera*, á veces eminentemente sensual, casi hiperestérica (*Visión inesperada*, por ejemplo) de ver y expresar ciertas cosas. . . En los versos de Luis C. López, claros y precisos, sin hojarascas de gastado lirismo, no hay cadencias de languidez enervante ni cierta

música dulzona que tanto halaga á muchos oídos. Es un poeta de fácil estro que, sin trabas de ningún género, refleja en sus versos la vida circunstante, la vida tal como la vemos desenvolverse dentro y fuera de nosotros, sin los afeites convencionales y sin las mogigaterías que con tanta frecuencia la enturbian y falsean.

HORAS DE ESTUDIO.

Por Pedro Henríquez Ureña.

I.

He vuelto á leer con renovado interés estas sinceras y expresivas páginas nutridas de sana y noble filosofía y de discretas y luminosas apreciaciones críticas. Son frutos hermosos y sazonados de un intelectual, todavía muy joven, que no ha malgastado lastimosamente su tiempo en producir prosas vácuas y puerilidades rimadas, como la mayoría de los escritores jóvenes de América, sino que, desde muy temprano, casi en la adolescencia, ha tendido constantemente á avizorar co-

sas de verdadera enjundia ideológica, penetrando con pié firme y seguro por la vasta selva para muchos inextricable de los más altos y fundamentales conocimientos humanos. No titubea, ni se pierde en vacías generalidades, ni en juicios insustanciales, cuando se trata de precisar con la posible certidumbre los nexos y conexiones que el observador atento, desprovisto de prejuicios y de modos de ver escolásticos, atisba de continuo en los factores de diversa índole que han determinado la evolución histórica del concepto filosófico. Todo hombre de regular cultura, todo espíritu que solicitado por el grandioso espectáculo de la vida universal, tal como se desenvuelve con misterioso ritmo, pretenda, subjetivamente, darse cuenta de lo que el mundo de las realidades sensibles representa y vincula, por el sólo hecho de querer explicárselo se pone en íntima comunión con esa vida universal y da á su pensamiento genuino y positivo alcance filosófico. No puede únicamente adjudicarse el nombre de fi-

lósofos á los grandes creadores de sistemas, á los constructores de vastos monumentos metafísicos, los Platon, los Leibinitz, los Hegel, los que han puesto lo mejor de su espíritu en la investigación sistemática del origen y de la finalidad de las cosas. En determinado sentido, todos, casi todos los que en actitud reverente ponemos nuestra alma en relación con lo infinito pidiéndole la revelación de sus formidables arcanos, somos también filósofos. ¿Por qué nó? Bien es verdad que la filosofía, es decir, la elevación de la inteligencia y de la sensibilidad á la comprensión serena y aproximada de la realidad exterior ó íntima en que refulge y se expande la vida, ya sea en la forma monística de irreductible unidad de Haeckel, ya en la forma radicalmente pluralista de W. James, no resulta ya, aunque quedando de ello resíduos más ó menos apreciables en Alemania, algo como esotérico, teúrgico, confuso, que es preciso envolver en cierta filosofía sibilina para revestirlo de importancia, sino

que, de día en día, va haciéndose en un discreto sentido más accesible, más comprensible, más capaz de poner sus especulaciones al alcance, no de todos porque ésto sería imposible, sino de un número, cada vez mayor, de almas selectas preocupadas de las cosas trascendentes de que se alimenta el pensamiento filosófico.

Como lo indica el autor de este libro en su acertada y bien documentada crítica de la conferencia del cultísimo intelectual mexicano Arturo Caso sobre el comtismo, es innegable que el positivismo de Augusto Comte, en casi todas sus línas fundamentales, ha envejecido rápidamente, no representando ya, salvo en uno que otro de sus aspectos, sino un valor meramente histórico. La construcción positiva de Comte, en sus formas fundamentales, en lo que da cohesión y fuerza á un sistema filosófico, aparece ante la crítica serena como sin unidad intrínseca verdadera, á menudo contradictoria, sin ambiente psicológico, sin ningún importante dato ó análisis hondo del problema

del conocimiento; aunque sí tiene bastante valor en lo que toca á la sistematización, á la superposición de las ciencias que arrancan de las matemáticas, ciencia por excelencia exacta por la precisión y fijeza con que se enlazan sus términos, ni tampoco puede regateársele cierto mérito, en algunos de sus aspectos, á su método que va de «lo concreto á lo concreto», y no tiene casi nunca su punto de partida en meras abstracciones conceptuales. Que en el mismo *Curso de filosofía positiva* se evidencian frecuentes contradicciones, y que entre esta monumental obra y el *Sistema de política positiva* las hay también y resaltantes, cosa es ya á que no vale la pena de hacer referencia. No obstante su genio, sus grandes facultades de observación y sistematización, Augusto Comte, á lo que pienso, sólo tendrá en la historia de la filosofía un valor bastante relativo. No es ni con mucho como se afirmaba hasta hace poco tiempo un renovador de altísima influencia filosófica, pero sería injusticia negar que algunos

de los gérmenes echados en el surco por él han florecido con cierta lozanía. Su personalidad filosófica no puede medirse con la de Kant, el insigne jefe del criticismo, quien no tuvo jamás en su existencia de absoluta consagración á la especulación filosófica (Vida de Kant, por K. Fischer) las debilidades y errores en que incurrió con frecuencia el genial pensador francés. Kant marca la línea de separación de dos mundos; la proyección luminosa de su espíritu, sea cual sea su intelectualismo hoy combatido hasta en sus últimos atrincheramientos, tiene extensas y perdurables ramificaciones en casi todo el pensamiento filosófico moderno. Filósofos de la talla de Kant entran pocos en libra. . .

Dos palabras dan la síntesis del positivismo: realidad v utilidad. Lo real, es decir, lo observable científicamente, lo que nos suministra el mundo fenoménico que Comte aceptaba ó parecía aceptar en toda su integridad exterior; y lo útil, esto es, la aplicación más ó menos benéfica,

en lo esencial, de esas adquisiciones científicas, positivamente exactas, al desarrollo social. Quizas la crisis de irremediable decadencia que sufre hoy el positivismo, tenga su génesis, en alguna parte por lo menos, en la muy bien precisada evolución del concepto de ciencia. En ese concepto se integraba como algo de irrecusable exactitud, de certidumbre absoluta, y era como la expresión insustituible é invariable de cosas muy reales y concretas. Se informaba en cierto criterio de verdad *estática*, de unidad intelectual. La ciencia lo explicaba ó podía explicarlo todo. Tengo para mí que la más radical representación de ese criterio está en Haeckel. Dubois-Reymond en su célebre discurso del *Ignorabimus*, sostenía que eran siete los enigmas del Universo, de los cuales cuatro jamás serían descifrados. Haeckel, en su radicalismo científico (*El Monismo, etc.*) opina que tales enigmas están descubiertos ó poco menos. . . En estos últimos años se piensa de manera algo distinta. Poin-

caré, en un libro notable (*La valeur de la science*) cree que solamente podemos aprehender *cierta* armonía entre las cosas, mera trama de relaciones, única *realidad* accesible á nuestro entendimiento. «La ciencia (Boutroux, *Science et Religion*) era hasta hace poco el conocimiento absoluto de la naturaleza de las cosas. Era, en resumen, la metafísica antigua, con su ambición de conocimiento perfecto, trasportada al mundo de la experiencia. La experiencia no puede alcanzar ni los primeros principios ni los fines últimos. No puede, ni podrá jamás aprisionar en el tiempo un primero ó un último fenómeno, que no es, sin duda, sino una ficción, aunque siempre será motivo de saber en qué medida las sucesiones que ella descubre bastan á explicar la aparición de los fenómenos. La ciencia no es sino un lenguaje, gracias al cual el espíritu se hace relativamente inteligible, es decir, reconocibles y manejables el mayor número posible de hechos. . . Es un conjunto de signos imaginados por el espí-

ritu para interpretar las cosas por medio de nociones preexistentes cuyo origen se le escapa». . . De expresión de verdad estática, permanente, absoluta, la ciencia resulta hoy forma experimental de verdad evolutiva, contingente, necesariamente relativa.

Augusto Comte, á mi entender, es ante todo y sobre todo, un reformador social, que quiere aplicar cierto concepto de unidad intelectual, de coherencia científica, al dinamismo colectivo, al desenvolvimiento de las sociedades, á primera vista tan desordenados y confusos. Mejor que de un filósofo de escuela, su gesto es el de un reformador que quiere modelar los factores sociales á su antojo, y por eso á medida que avanza por esa vía se hace más exclusivo y dogmático. Y estamos ya hartos de dogmatismos. Nadie se ufana de tener aprisionada en sus manos la verdad. Nuestro sensorio no puede aprehender más que resplandores quizas engañosos de esa verdad, de lo que por cierto hábito de categorías

ó formas conceptuales de pura lógica llamamos verdad. «Una filosofía (Philosophie de l'Experience por W. James) es la expresión del carácter de un hombre en lo que tiene de más íntimo, y toda definición del universo no es sino la reacción adoptada voluntariamente á ese respecto por una personalidad. Los sistemas se reducen en conjunto á un corto número de tipos ó modelos que bajo el verbalismo técnico con que los envuelve ingeniosamente la inteligencia humana son otras tantas maneras de sentir el movimiento total que impulsa la vida y de vislumbrar la dirección general» . . . . . Sobre las otras interesantísimas conferencias de Antonio Caso referentes al positivismo independiente, dice nuestro muy distinguido compatriota cosas muy puestas en razón que casi íntegramente comparto, sobre todo en lo que atañe al gran lógico Stuart–Mill, uno de mis autores predilectos. Spencer es un constructor genial con no sé qué vagas y lejanas reminiscencias de teólogo. Lo *incognosci-*

ble se explica en mucha parte por la herencia de idealismos religiosos que recibió de sus inmediatos ó casi inmediatos ascendientes. Supérfluo y aun contradictorio en el evolucionismo spenceriano, lo incognoscible es algo como la supervivencia de estados místicos impregnados de formas intelectualistas modernas...

En el sugestivo y bien pensado capítulo *Nietzche y el Pragmatismo* pone el autor de relieve, con seguro criterio, las notabilísimas coincidencias que se advierten entre ciertas geniales apreciaciones del gran pensador alemán y algunos puntos de vista del concepto pragmático de W. James. No me sorprende tal cosa. Ambos pensadores se aproximan por su acerada crítica del intelectualismo, y ambos, cada cual á su modo, con poderoso individualismo, han explorado la realidad exterior é introspectiva, el uno buscando y encontrando en el perpétuo dinamismo de la vida una condensación de suprema energía, y el otro comprobando, *verificando*, lo que en la

esfera de nuestras creencias tiene positivo contenido pragmático. Pero si Nietzche es más genial, más audaz, más artista, W. James tiene más color genuinamente humano, más salvadora trascendencia social que el forjador del superhombre. El pluralismo de W. James, representa, en la actualidad, quizas la fase más importante del pensamiento filosófico. Al concepto de absoluta unidad del monismo, opone el concepto de variedad, de diversidad, tal como, bien observado, se nos revela el mundo exterior. La forma particular de *cada* elemento tiene en su abono tantas probabilidades como la forma *todo*. «La sustancia de la realidad (Philosophie de l' Experience, W. James) no llega nunca á formar una colección total; siempre es posible que quede *algo* fuera de la más vasta colección de elementos. Por todos lados vemos existencias individuales, formas diversas. La verdad se alcanza no por hipótesis sino por demostraciones»...

¡La Verdad! Qué es la verdad? Aun

resuena en nuestros oidos esa interrogación formulada hace muchos siglos . . . Y aun no hemos encontrado una respuesta que mitigue nuestras dolorosas inquietudes y desvanezca nuestras dudas abrumadoras. Bajo la indiferencia del cielo, seguimos, como al principiar la melancólica ruta, pidiendo en vano á la esfinge de la gran Naturaleza que nos descubra sus secretos. Cayendo aquí y levantándonos más allá, vamos por en medio del torbellino de la vida, sin acertar á descorrer el velo del misterio que nos circunda, sin que logremos saber de donde venimos ni adonde vamos . . . Nuestros conocimientos, dice Littré, son como una reducida isla en torno de la cual extiende su oleaje el oceano insondable de lo infinito . . . Si hoy pensamos que la lógica de las categorías ó formas conceptuales aristotélicas y kantianas no nos puede dar sino una visión borrosa, artificial quizas, del mundo sensible en todos sus aspectos; si la ciencia, expresión fiel en gran parte, de ese intelectualismo, no

puede, no ya sólo en sus postulados de orden moral, sino en lo que atañe y se refiere al mundo de las cosas exteriores darnos una certidumbre completa, sino resultados mudables, contingentes, como la vida misma; entonces, menospreciada ó abandonada la esfera de los conceptos, de las categorías mentales, fuerza es buscar el salvador refugio de la vida íntima, libertada de todo conceptualismo *espacial*, el *yo profundo* de Bergson ó la conciencia *subliminal* de Uyers; vida interior, intensa y honda, que también tiene su lógica, positiva y real, porque la *sentimos*; vida de sentimientos, de afectos, de creencias, que, interpretada en un alto sentido pragmático, puede ser de salvadora eficacia en la existencia individual y colectiva... «La experiencia inmediata de la vida, asegura James, resuelve los problemas que más desconciertan la inteligencia pura . . .»

II.

Vida intelectual de Santo Domingo, uno de los más importantes capítulos de esta obra, es, no obstante su necesaria brevedad, un resumen bastante circunstanciado del desenvolvimiento de las letras en este hermoso jirón de tierra antillana. En dicho estudio se ponen de bulto con muy discreto criterio los factores de diversa índole que, en ciertos momentos, han retardado ó dado impulsión á ese movimiento intelectual, los que, con corta diferencia debida á accidentes históricos, son los mismos que han actuado con parecido é idéntico fruto en las demás regiones de Hispano-América. Nuestra vida colonial—como se evidencia en casi todos estos pueblos hermanos nuestros por la sangre y por el idioma—no ha sido todavía historiada con el amplio y seguro criterio indispensable para fabricar con los numerosos materiales esparcidos actualmente al azar una síntesis de aquel período, satisfactoria, compren-

siva y luminosa. La época colonial, aun para mucha gente culta, permanece envuelta en densas nubes de olvido. Salvo en tales ó cuales acontecimientos resonantes, su urdimbre íntima, su peculiar psicología, nos es casi enteramente desconocida. La impresión que generalmente nos produce ese pasado es de algo así como si se tratara de cosas mitológicas, de la conquista del *vellocino de oro*, pongo por caso. Y ésto constituye un error gravísimo de apreciación histórica. Para explicarnos con la posible exactitud lo presente hay que conocer de modo preciso los nexos de todo género que tiene con todas esas cosas extintas. Somos hijos legítimos de ese pasado. Y en muchos aspectos de nuestra existencia colectiva, vivimos todavía espiritualmente de su herencia. Imposible darnos cuenta de nuestra actuación actual, con todos los fenómenos de carácter religioso, científico, político, económico y literario que la integran, sin antes remontar la corriente del tiempo y ponernos en estrecha comu-

nicación con ese pasado que frecuentemente sólo nos merece un gesto de desdén ó una completa indiferencia. La tarea no es fácil, sin embargo. Los historiadores de verdadera médula son raros. Pocos de ellos poseen en el grado requerido esa maravillosa facultad, de evocar, de resucitar una edad, un período histórico, con sus peculiaridades íntimas, con sus sucesivas y bien observados estados de alma sin encerrarse, como la inmensa mayoría, en el estrecho marco de la narración escueta de batallas y de hechos de tales ó cuales gobernantes casi siempre de efímera nombradía; cosas que, en el fondo, son simplemente la expresión de algo muy recóndito é íntimo, de algo que reside en estratificaciones mentales generadas por una multitud de circunstancias étnicas y sociales de cierta complejidad que para casi todos los historiadores pasan siempre inadvertidas.

El pasado, aun en sus aspectos más satisfactorios, no debe ni puede constituir siempre un modelo. Debemos estudiar-

lo íntimamente no para imitarlo, sino para conocernos mejor y extraer de él los elementos que fusionados hábilmente con otros de actualidad puedan aprovecharse para la elaboración fructuosa de cosas trascendentes. En nosotros vibra aun fuertemente la vieja alma colonial, repleta de ideas de coerción, de autoritarismo, de centralización asfixiante, de intolerancia, de rutina, sin ninguna tendencia á las iniciativas espontáneas y sostenidas, sin nada enderezado al desenvolvimiento libérrimo del factor individual, causa determinante de todo mejoramiento humano. En su aspecto estático y rutinario, el pasado tiene extensa raigambre en nuestro organismo social. Lo *nuevo*, en sus mejores aspectos, como que nos inspira sospecha, y nuestra primera impresión, por lo general, es rechazarlo sin previo examen ó quitarle significación é importancia. Hay si que descontar ciertas frivolidades mundanas que aceptamos con los ojos cerrados copiándolas inmediatamente y en ocasio-

nes de modo exagerado . . . Existe no sé que vago matiz teológico y dogmático en el fondo de nuestra psicología. Las excepciones son muchas, y algunas valiosísimas, ya lo creo, pero, naturalmente, sirven para confirmar la verdad de la apreciación general. Nuestra percepción de las cosas, aun en las últimas clases sociales, es comunmente fácil y clara. Pero nuestra potencia de evolución es escasa, cohibida ó atrofiada por inveterados hábitos de pereza mental, contra los cuales urge reaccionar por medio de un sistema educativo racional y científico que gradualmente, sin violencias ni exclusivismo, estimule la actividad intelectual y destruya preocupaciones y convencionalismos entorpecedores de todo empeño de positivo adelanto. Una reacción oportuna y provechosa contra lo mucho de anacrónico y obstaculizador que flota en nuestro ambiente social sin lesionar lo castizo y muy propio que debemos conservar á todo trance, parece, á primera

vista, cosa que excede en mucho á nuestras fuerzas.

Sé bien que lo que fué, lo que formó la atmósfera moral de nuestros antecesores, ejerce sobre nuestra imaginación un atractivo intensamente romántico. Sentimos á cada paso la atracción, la fascinación que emana de ese pasado, al cual, por efecto de la lejanía, revestimos de exterioridades serenamente luminosas. En la mayor parte de los casos, sin embargo, como el héroe del viejo poema clásico, debemos taparnos los oidos para escapar á la seducción de sus cantos de sirena . . . Fuerza es reconocer que somos de otro tiempo, que debemos convencernos de que todos los puntos de vista del conocimiento humano han radicalmente cambiado, que lo muerto bien muerto está, y que, en la hora actual, nuestro deber principalísimo consiste en aceptar de lleno la realidad circunstante para mirar de frente y sin debilidades sentimentales lo porvenir. Supervivencias mentales de otro tiempo, huecas é

inútiles, mejor ó peor disimuladas por artificios intelectuales, resultan ya de todo punto insuficientes para operar saludables transformaciones en el organismo colectivo. Confieso que en ciertas horas—todos tenemos esos momentos—siento en mi alma la caricia enervante, henchida de ensoñaciones y de añoranzas, que como un suave y extraño perfume, se desprende de las cosas muertas . . . No resisto á veces la tentación de evocarlas y de ponerme en comunión íntima de afecto con ellas. *Nuestros* muertos, nuestros antepasados, los que terminada su labor se durmieron en el no ser, continúan viviendo física y espiritualmente en nosotros. Pero ese pasado *vivido* en demasía, resultante debilitante y nocivo para el espíritu. La poesía que emana de lo que fué, por lo que toca á nuestro pasado, es poesía de quietud, de recogimiento, de paz conventual, de vanos misticismos; y la poesía de nuestro tiempo es de acción, de concertadas energías viriles, de actividad creadora, de

cuanto se requiere para dar calor y sano impulso á una agrupación social que no quiera ser de las últimas en la luminosa vía trazada por sucesivos adelantos mundiales.

La vida intelectual de Santo Domingo, en todas sus formas de expresión, no tiene ni puede tener, exactamente como la de todos estos pueblos de origen ibérico, nada de característico que le imprima especial fisonomía. Detrás de exterioridades más ó menos brillantes, de aspectos de mayor ó menor resaltante modernidad, atísbase, sin necesidad de ser muy zahorí, algo muy arraigado de tradicional y convencional que teme ó aparenta temer el contacto con la realidad mundial en sus más pronunciados aspectos. Muy rara vez sale á la superficie, en prosa ó en verso, la nota de emoción intensa que suele arrancar á nuestra sensibilidad el espectáculo de la vida social en permanente proceso de adaptación á fines de existencia cada vez más progresivos . . . Sin referirme á otras

demostraciones de nuestra existencia social que ahora no vienen al caso, y concretándome á nuestro movimiento intelectual, huelga afirmar que éste, como en todas partes, es fiel expresión de tales estados mentales, sin impulsión capaz, salvo contadas excepciones, de producir concreciones literarias que traduzcan artísticamente las dolorosas inquietudes y acerbas dudas del alma moderna ni tampoco la orientación resuelta de esa misma alma hacia rumbos de verdad y de probada eficacia para el mejoramiento general. En el lenguaje rítmico, por ejemplo, fuera de Salomé Ureña, grande entre los grandes, superior sin duda á la Avellaneda misma, por el vigor del estro, el colorido clásico y lo amplio y moderno de la idea; fuera de José Joaquín Perez, de noble y robusta vena poética, evocador genial de la extinta raza indígena; y fuera de Gastón Deligne, capaz de subir, por la escala del concepto, á las cumbres más altas de que puede enseñorearse la inteligencia humana, no veo,

ni antes ni después de ellos, salvo chispazos aislados, rasgos de inspiración genial aquí y allá, pero poco sostenidos y sin conjunto, nada que sea poesía sincera é intensamente humana. Tal vez la generación literaria que ahora empieza á abrirse camino produzca algo que se parezca á esa poesía. Y no es, por lo general, que nuestros escritores y poetas no sientan esas cosas de nuestro tiempo en la medida necesaria para expresarlas bella y vigorosamente. Pero sin duda les cohibe el medio donde todavía no se vé con buenos ojos por creer que lesiona determinadas creencias ó preocupaciones, la expresión libérrima de algo muy individual é íntimo, como es lo que tiende á romper ataduras escolásticas para desenvolver sin trabas de ningún género la propia personalidad. Quisiéramos también ¡empeño inútil! en homenaje á un seudo y enmohecido ideal clásico, huir de toda palabra que huela á galicismo ó tenga visos de novedosa, y de cualquier innovación rítmica que rompa ó modifi-

que los moides usuales sin pensar que en muchas ocasiones esas reformas no representan sino la restauración de formas antiguas más ó menos hábilmente remozadas. Pero nos arrastra el torbellino de la vida, y quieras que no, vamos á veces inconscientemente adecuándonos á las formas que para su expresión verdadera exigen las ideas que esa misma vida elabora incesantemente. . .

En este capítulo, bien nutrido de datos sobre todo en la parte moderna, nótanse, sin embargo, en esta última parte misma, en lo que toca á reciente fecha, algunas omisiones que á mi juicio merecen subsanarse y que indudablemente se deben á tener el autor que seguir desde lejos, desde México, su actual residencia, el movimiento de las letras de su patria, circunstancia que, naturalmente, le impide abarcar toda la actual extensión de ese mismo movimiento. Esas omisiones no son muchas, por lo menos de verdadera importancia. Deficiente y todo, nuestra producción intelectual no

resulta escasa ni mucho menos, tratándose de un pueblo, como el dominicano, que ha tenido por principal ocupación la guerra, ya peleando con ingleses, franceses, haitianos y españoles, ya desangrándose á cada instante en desoladoras luchas fratricidas . . . No fué olvido sino un sentimiento de delicadeza no mencionar á Max. Henríquez Ureña, digno hermano de Pedro, escritor de varia cultura, sereno y correcto, de abierto criterio que sabe amenizar cuanto toca y revestirlo de muy personal y apropiado colorido. En un cuadro del movimiento literario en Santo Domingo, merecen, á mi juicio, en el actual instante, figurar, entre otros que no recuerdo en este momento: Raul Abreu, prosador elegante, fácil y ameno; Manuel F. Cestero, intelectual fogoso é inquieto- de estilo preciso y diáfano, de criterio independiente, algo exagerado á veces en sus apreciaciones; Felix M. Nolasco, excelente periodista, discreto y correcto, conocedor concienzudo del castellano; Victor M. de

Castro, escritor vibrante, de sólidas convicciones patrióticas, y F. X. del Castillo Marquez, que va de día en día dando más firmeza y sello personal á su estilo. Lo mismo que en la histórica Capital de la República, en la gloriosa ciudad de Santiago de los Caballeros, un selecto grupo de jóvenes prosigue con noble ahinco en el empeño de conquistarse un nombre en las ennoblecedoras justas del saber . . . No obstante sus cortas dimensiones, este resumen de nuestra vida intelectual satisface completamente por la serenidad y alcance del juicio y por la exactitud de los detalles que contiene. En él se ponen de manifiesto la perspicacia crítica y el amplio y seguro criterio de Pedro Henríquez Ureña, que es positivamente uno de los jóvenes intelectuales de mayor porvenir de Hispano-América. Juzga siempre con serenidad y acierto. Sus puntos de vista críticos son siempre muy elevados. A veces uno ó dos adjetivos le bastan para precisar la personalidad de un escritor. *Horas de*

estudio es un libro interesante, de verdadera sustancia ideológica, quedará en todas partes una idea muy alta del creciente valor de las letras dominicanas.

EL LIBRO DE LAS INCOHERENCIAS.

Por A. Z. Lopez Fenha.

Por la riqueza ideológica y por la desbordante cantidad de sentimiento sincero y potente que contienen las páginas de este libro vibrante, desconcertador, extraño, en ocasiones de cierta incoherencia como reza su título, bien merecía un estudio más amplio, detenido y comprensivo que el encerrado en las breves líneas del presente trabajo. Si bien se mira, esa incoherencia á que acabo de referir me es puramente exterior, escuetamente formal. Detrás de sus evidentes excesos de imaginación, de su métrica, aquí y

allá revolucionaria, *anarquista* podría decirse; detrás de su manera cambiante, inestable, de comprender é interpretar la vida; detrás del pronunciado radicalismo de sus ideas filosóficas teñidas de nietzcheanismo y de todo lo que en su psicología han puesto determinadas cristalizaciones científicas novísimas, vibra virilmente, intensamente, un alma de poeta, de verdadero poeta que encuentra á cada instante, en su mundo interior, en la realidad que le rodea, la materia prima, de potente fuerza, para la creación sucesiva de visiones de positiva médula espiritual y de apropiado y bello colorido artístico. Avalora su emoción lírica el indiscutible mérito de ser constantemente expresión fiel y completa de resaltantes situaciones anímicas de realidad insospechable. Por lo común, expresa vigorosamente lo que le impresiona, lo que le apasiona, sin disfraces de convencionalismos hipócritas ni nada que por cualquier concepto tienda á obscurecer su pensamiento ó á amortiguar el efecto

que se propone producir. Es en todas ocasiones de una sinceridad á toda prueba. Aunque sin complejidades psicológicas de honda subjetividad, casi nunca se detiene en lo vago é impreciso de las cosas. Procura siempre, poniendo su alma en sus versos, ahondar en su jardín interior, aprisionar en sus estrofas lo íntimo, lo sustancial de la realidad circunstante. Por eso nunca ó casi nunca crecen en su poesía las plantas enteca de sensiblerías netamente imaginativas.

Para juzgar con relativo acierto este poeta de vigorosa estratificación mental y en realidad desprovisto de afectación, aunque en ocasiones lo parezca, precisa hacer caso omiso de ciertos aspectos discordantes de pensamiento y de exteriorización, y bajo esas formas aparentemente contradictorias, extravagantes en cierto sentido, rastrear lo que integra y determina su unidad espiritual, lo que, en último análisis, forma el fondo verdadero de su curiosa personalidad literaria. De A. Z. Lopez Penha, escritor y poeta,

ungido ya por el aplauso, conocía algunas inspiradas poesías publicadas en revistas sud-americanas, pero éste es el primer libro de él que viene á mis manos y que me ha permitido darme aproximada cuenta de los subidos quilates de su mérito poético. Por esa circunstancia no puedo, como fuera mi deseo, hacer un estudio completo—quizás lo lleve á efecto más tarde—de cuanto determina su personalidad de novelador y de poeta. Las acerbas dudas y perplejidades del alma contemporánea tienen á menudo honda repercusión en sus rimas. En ocasiones, parece un espíritu cansado, decepcionado, escéptico, como si hubiera apurado ya todos los goces de la vida, paladeado las más exquisitas voluptuosidades, sentido todos los estremecimientos del entusiasmo, todos los espasmos de la carne, todas las fruiciones de glorias efímeras, y en el fondo de todo eso sólo hubiera encontrado la saciedad, el cansancio, la mentira de tantos convencionalismos sociales, y, á la distancia, sólo

le sonriera la liberación suprema de la muerte . . . Pero, no obstante tales esceptimismos y pesimismos, no obstante tales prematuros cansancios y desfallecimiento, ha sabido conservar, en lo más recóndito de su alma, á modo de inextinguible perfume, la proyección permanente de muchas cosas de relevante nobleza anímica. Aunque en completo desacuerdo con algunas formas rítmicas en que rompe radicalmente con los cánones de cierta retórica convencional, llegando hasta pretender infructuosamente borrar ó destruir la linea infranqueable que separa y separará siempre la prosa del verso, me es grato declarar con mi habitual sinceridad apacentada en modos de ver y de juzgar cada vez más ámplios y tolerantes que, á mi manera de entender estas cosas, y descontando ciertos errores y extravíos de pasajera y poco importante resonancia, A. Z. Lopez Penha es un lírico notable, vigoroso, siempre dueño de su instrumento, de sostenida é intensa vibración personal, determinada, en

no pequeña parte, por corrientes literarias exóticas, pero que, en todo tiempo y circunstancias sabe conservar incólume, sin menoscabo de ninguna especie, lo que en su personalidad artística es propio, original é inconfundible.

Su musa aborda sin titubeos los mas variados asuntos, desde la fugaz impresión lírica sugerida en nuestra sensibilidad por el perfume de una flor, por la contemplación del poniente semejando la reverberación de un incendio, por el beso de la mujer amada, hasta la sugestión de los grandes problemas sociales, hasta las más íntimas y misteriosas modalidades del perenne movimiento de la vida. Ante la mujer que cautiva su fantasía, que motiva sus ansias de enamorado, exclama bella y sencillamente:

> Desde la grana vivida de tu boca
> hasta el clavel que muere sobre tu seno,
> es tanto lo que te amo que en ansia loca
> amándote más gozo cuanto más peno...

Frente al Magdalena, el poderoso río que corre impetuoso á confundir sus

aguas con las azules y rugientes del mar Caribe se le ocurren estos hermosos y sugestivos versos:

Ay! de tí si las razas de cabelleras blondas
sospechan que eres Eufrates de inexplorado Eden!
¡Oh hermoso y fuerte río! La patria es un santuario.
La tutelar serpiente de ese santuario sé,
y guarda el sacro pórtico del templo solitario
de osadas violaciones de los profanos pies!

Cartagena de Indias, la vieja é histórica ciudad, fulge en los inspirados versos de Lopez Penha con toda su hermosa y solemne poesía de antaño. Al leer estas bellísimas estrofas, he recordado, por natural asociación de ideas, los versos de Rodenbach en que evoca los tranquilos canales, toda la melancólica sensación de belleza que fluye de *Brujas la muerta*, la vieja ciudad flamenca . . . En esas nostálgicas poesías de Lopez Penha hay como una doliente evocación de la antigua urbe fundada por Pedro de Heredia y que vive:

Oteando eternamente los espectros de las naves
del gran pirata Morgan y el gran corsario Drake.
Y aunque las campanas en las torres tembloro-
rosas
claman, claman, dan y dan,
nadie al bronco llamamiento de sus voces que-
jumbrosas,
nadie al hondo grito de la madre dolorosa
acudirá jamás.

En este poeta abundan los rasgos de cierto peculiar humorismo en que muchas veces vibra con fuerte acentuación la nota cómica:

A vosotros, fosiles venerables, vosotros
que no conoceis más que una cuerda de la gui-
tarra,
el pasado es vuestro, dormid en paz!
A todos vosotros, venerables fósiles
que le poneis punto á las ies y pelucas á las ideas
que sólo teneis para la juventud desconfianzas
y reproches
muertos, pobres venerables muertos, dormid
en paz.

Y sin citar pasajes de la parte del libro en que mejor se refleja su manera última y *anarquista* de expresión, pongo punto final á este ligero juicio declaran-

do que, á pesar de sus extravíos é incoherencias de última hora, A. Z. Lopez Penha es, á mi manera de entender, uno de los líricos de más alta vibración personal en el movimiento literario de Hispano-América.

BENJAMIN VICUÑA SUBERCASEAUX.

Al regresar de Santiago de los Caballeros, entre la correspondencia recibida en mi ausencia, atrajo preferentemente mi atención un sobre enlutado procedente de Chile. Por mi espíritu, á modo de nube negra, cruzó algo así como un triste presentimiento. Mi emoción fué grande al recorrer las frases palpitantes de dolor, escritas con lágrimas, en que la noble dama Doña Victoria Subercaseaux de Vicuña Mackena, «con el alma destrozada», me participaba la muerte de su hijo Benjamín, quien era, me dice,

«un entusiasta admirador de V.» con otras cosas contenidas en la sollozante carta y que silencio por favorecerme exageradamente . . . Experimenté en todo mi ser como una profunda conmoción. Era el malogrado joven un gran talento en luminosa fase de ascención, y más que éso era un alma noble y generosa. Sobre su nombre gravitaba la inmensa herencia intelectual de su padre el insigne historiador B. Vicuña Mackena, quizas la más vasta y rica intelectualidad de Chile, y el hijo, por su metódica y fructuosa labor literaria, iba en camino de alcanzar las alturas de que se enseñoreó gallardamente el autor de sus días, aquel maravilloso evocador de tantos cuadros históricos. De familia netamente patricia y en posesión de una buena fortuna, obedeciendo á lo que para él representaba un ideal de verdad y de justicia, dió la espalda á las tradiciones conservadoras tan arraigadas en su casa para sentar plaza en las filas del más avanzado liberalismo chileno. Fué patriota

de verdad sin chauvinismos ni torpes intolerancias. Su cultura intelectual era rica y extensa, en ocasiones sorprendente si se atiende á sus pocos años. En él había en proceso de formación un crítico sereno y perspicaz, de visión clara, sin prejuicios ofuscadores ni dogmatismos de escuela; condiciones avaloradas por la posesión de un estilo sereno y sencillo, elegante y coloreado sin rebuscamientos ni ampulosidades. Desde que recibí su primer libro, hace cuatro años, sentí por él un vivo afecto que crecía á medida que iba conociendo íntimamente sus grandes virtudes personales. Yo no sé que atracción magnética tiene para mí la juventud que se irgue en el escenario de la vida rebosante de magnificentes ideales. Me gusta ponerme en estrecho contacto con las inteligencias que empiezan á desarrollarse, con las almas que comienzan á vivir, porque encuentro casi siempre en ellas no sé que suave y bienhechora impresión de frescura primaveral que amortigua un tanto el cálido so-

plo de muchas torturantes realidades de la vida. Esa inclinación mía al elemento joven me ha producido una que otra vez amargas desilusiones; pero con todo éso, impenitente siempre, como aquella virgen misteriosa, de Schiller, que aparecía en cada nueva primavera, sigo, sin reparar en las espinas, abriendo mis brazos y tendiendo en ademán de cordial ayuda mis manos á la juventud que se levanta y sin infatuación ni pedantismos lucha noblemente por adueñarse de la cumbre iluminada del éxito.

Benjamín Vicuña Subercaseaux era uno de los jóvenes de más alta nobleza espiritual que he encontrado en mi camino. De él podría decirse como en el repetido verso de Menandro:

El amado de los dioses muere joven.

Sabía bastante, pero sin que él mismo pareciera percatarse de ello. Su mirada investigadora ponía siempre de relieve, con seguro criterio, lo mismo aspectos llamativos y difíciles de la filosofía mo-

derna que muchas interesantes modalidades del desenvolvimiento social. Su análisis del comtismo, en parte fragmentario é incompleto, tiene verdadero mérito cuando expone lo atañedero á los frágiles cimientos en que reposa *La Religión de la Humanidad.* El comtismo, en su primera parte, en la exclusivamente científica, á pesar de la vigorosa impugnación de Huxley y de Spencer, reposa, como toda racional sistematización filosófica, sobre cimientos de relativa solidez y contiene puntos de vista de verdadero interés. La trabazón ordenada, el método objetivo, la apreciación consciente y perspicaz de buena parte de la fenomenología social, y sobre todo, el deslinde claro y preciso entre el orden de conocimientos que cae directamente bajo el dominio de la experimentación y lo que se esconde en esferas en donde jamás penetrará nuestra inteligencia limitada, dan al positivismo comtista como el aspecto de una gran construcción filosófica, imponente y majestuosa, reposando sobre

bases de perfecta solidez. Pero, en la actualidad, ese edificio parece agrietarse por todas partes. Su descuido del magno problema del conocimiento, su falta de caracterizada psicología, y el dogmatismo que se desprende de su concepto de ciencia, concepto cada vez más fundamentado actualmente en el principio de relatividad, van despojando á gran parte de la obra de Comte del valor que se le concedía hasta hace poco tiempo. En la bella obra de Vicuña Subercaseaux, *Gobernantes y Literatos,* están sus hermosas *Cartas* al ilustre Juan Enrique Lagarrigue, el más caracterizado defensor en Chile de las doctrinas de Augusto Comte. Un breve juicio mío sobre esas *Cartas* dió motivo á que Lagarrigue impugnase mis opiniones y á mi contestación en los dos artículos sobre *La Religión de la Humanidad* publicados en *La Hora que pasa.* En ese mismo libro de Vicuña Subercaseaux hay notables estudios acerca de literatos y estadistas chilenos. Paréceme magistral el artículo

consagrado á José Manuel Balmaceda, el dictador suicida, aun hoy popular en Chile. Este estudio contiene muy hermosas pinceladas; pone de relieve, bella y fundamentalmente, en todos sus curiosos aspectos, la interesante y trágica figura del gran estadista chileno.

En su libro *La Producción intelectual de Chile*—escrito por encargo del Gobierno chileno para ser presentado en la pasada Exposición de Quito—- expone Vicuña Subercaseaux en rasgos de luminosa precisión todos los aspectos del desenvolvimiento intelectual chileno desde los primeros tiempos de la dominación colonial hasta el actual momento puede decirse. Mas que en ninguna otra región de Hispano-América, resalta en Chile el hecho por demás interesante y muy significativo de que en todo el proceso de su evolución intelectual, no ya en los viejos tiempos coloniales en que actúan necesariamente en primer término elementos de origen peninsular, sino posteriormente, de la independencia para acá, debido

al amplio y generoso espíritu hospitalario chileno, entren en ese proceso evolutivo como factores de primordial importancia intelectuales conspícuos de procedencia extrangera que plantan allí temporal ó definitivamente su tienda, como el español José Joaquín de Mora, el venezolano Andrés Bello, Gorbea, Passaman, Sarmiento y otros y últimamente el insigne antillano Eugenio M. de Hostos. Reflejo más ó menos fiel y acentuado de la vida social sobre todo en países incipientes de poco complicada cultura, imprégnase principalmente la literatura del ambiente de la lucha diaria, de la polvareda que levanta el choque de las pasiones políticas, y de ahí que en Chile, como bien se advierte en este trabajo, *pelucones* y *pipiolos*, respectivamente, conviertan el movimiento literario, en determinados momentos, en expresión y vehículo de ideas de carácter conservador ó de exaltado y radical liberalismo. Pero en Chile, aun presentando esa pugna de ideas é intereses en ciertas épocas,

aspectos de exageración doctrinaria ó de radicales propósitos partidaristas, no representa, si acaso en muy corta escala —como en casi todas las demás repúblicas hispano-americanas—formas pronunciadas de un personalismo extraño y perturbador y causa siempre de estacionamiento ó retroceso. Sus más caracterizados hombres de gobierno, como el ministro Portales y el presidente M. Mont, aun dotados de inflexible energía é inclinados al más recio autoritarismo, vinculan constantemente un ideal ó un propósito, y en el fondo dibujan siempre una tendencia al progreso, teniendo poco ó nada de común con el histrionismo ó juglarismo político, generalmente burdo y sangriento, que tiene sus más salientes representaciones en un Francia, un Rosas, un Melgarejo y demás tiranuelos pasados y presentes de Hispano-América. Por lo que se desprende de esta obra, relativamente considerado, Chile es un país de rica y bien equilibrada producción intelectual. Teatro, en la

época colonial, del más largo y recio choque entre dos razas tenaces y valerosas en sumo grado, ofrece asnuto adecuado al más alto de los poetas épicos de la literatura española para su *Araucana*, poema bien deficiente por algunos conceptos, pero lleno de rasgos vigorosos, como aquella elocuente arenga de Colocolo, de abolengo clásico, y aquel retrato del gran Caupolican:

Viendo de aquel varón la valentía
El ser gallardo y el feroz semblante
Su proporción y miembros de gigante,
....

En los tiempos modernos, conservando sin bastardeos ni falseamientos su peculiar psicología social, ha ido progresivamente asimilándose la cultura moderna en todos sus aspectos y manifestaciones hasta aparecer como una entidad nacional que nada tiene que envidiar á otras más antiguas y potentes. Su última cruenta convulsión que culminó con la caída del dictador Balmaceda en nada

ha detenido su marcha por la vía del verdadero adelanto. Su literatura, en sus líneas principales, es, por lo común, sobria, clara, expresiva, musculosa, sin muchas exaltaciones líricas, sin grandes pirotecnias de imaginación, discretamente apegada á cierto ideal castizo y poco propensa á la exhibición de exagerados modernismos . . .

En su otro muy valioso libro *El Socialismo revolucionario y la Cuestión Social en Europa y en Chile,* el distinguido escritor, con entero conocimiento de causa, estudia concienzudamente cuanto integra y resume el movimiento social y todas sus fases de evolución en la vida moderna para terminar en conclusiones de un optimismo que en gran parte no comparto por juzgarlo producto de un juicio prematuro que no encierra, en su aparente amplitud, ciertos aspectos vinculados en cosas poco visibles, pero no por eso menos reales del vasto y complejo problema del socialismo. El criterio de Vicuña Subercaseaux, como dije en otra oca-

sión, es pronunciadamente ecléctico al analizar los tormentosos problemas del movimiento social. El vió de modo positivo lo que hay en ellos capaz de sufrir modificaciones y aun transformaciones necesarias para ir mejorando lenta y gradualmente la suerte del proletariado todavía víctima de irritantes injusticias del capital, y vió también con deslumbrante claridad lo que en algunas de las reivindicaciones socialistas hay de inasequible y de quimérico por radicar fatalmente en la misma incontrastable naturaleza de las cosas . . . Otro de sus libros, el último, *Crónicas del Centenario*, es bella y vibrante demostración de un sentimiento de patriotismo, sereno, noble, viril, circunspecto, que persigue á toda hora un ideal de verdad y de justicia ajeno por completo á todo apasionamiento de sectarismo político ó de cualquier otra clase y tiende precisamente á poner de manifiesto los factores principales que, en bien precisada evolución, han determinado la peculiar y resaltante

psicología de la libre y próspera república chilena.

De las dos partes de que se compone el libro, la primera, *La Colonia*, es un estudio histórico, rápido, preciso, bien documentado, lleno de hermosas pinceladas, en que los hechos aparecen bien agrupados y eslabonados sin que nada desentone en el conjunto, de tal suerte que el juicio completo, la síntesis de ese interesantísimo período, el período colonial—sin el conocimiento del cual, lo demás, lo que cronológicamente le sucede, no puede explicarse de modo satisfactorio—se precisa y caracteriza sin gran esfuerzo, dejando en el espíritu como la impresión de algo muy real con que hemos estado en contacto, que hemos *vivido* durante más ó menos tiempo . . . Así, de esa manera, entiendo la historia, sin adivinaciones y sin erudición empalagosa, como obra de palpitante interés en que ciencia y arte se funden armoniosamente. El interesantísimo capítulo, *La España en el siglo XVII*, nutrido de datos

en extremo curiosos, comprueba la exactitud del juicio de Paul de Saint Victor: «La España del siglo XVII ofrece el fenómeno de una decadencia mortal en medio de un poderío intacto»... El cuadro es realmente desconsolador. Es como la visión de un mundo sombrío amenazado de próxima é inevitable ruina. Ni un solo rayo de sol ilumina aquel obscuro hervidero de hombres y de cosas en plena decadencia. La miseria en todas partes, arriba y abajo. Los galeones cargados de barras de oro y de plata que venían de América apenas bastan á sostener los gastos de tantas guerras desastrosas. Se parece esa miseria, en medio de tan orgulloso poderío, á aquel escudero que figura en *El Lazarillo de Tormes*, bien trajeado, con rico jubon y reluciente espada, pero debiendo á la sorprendida bondad de su criado los pocos mendrugos de pan que satisfacen su hambre. «La América colonial, dice el malogrado Vicuña Subercaseaux, es un reflejo de esa España decadente, un reflejo

más ensombrecido por la distancia, la soledad, el contacto con los indios, estimulantes de la miseria social . . . »

Así, como ese vigoroso capítulo, son los demás de la parte de este libro consagrado á la época colonial. Constituye ésta un período de adormecimientos y de inercia, sólo interrumpido por los chismes y enredos del «Obispo con el Cabildo eclesiástico y del Capitán General con el Ayuntamiento» . . . Los estudios consagrados á la Real Audiencia, á la Inquisición, á la Enseñanza, y á otras instituciones y aspectos de la vida colonial, son muy merecedores de particular encomio. Sobre lo que fué la Inquisición en América dice el autor de este libro cosas muy interesantes, refutando de paso al prebendado José R. Saavedra, quien, en años pasados, en un folleto, tuvo la infeliz ocurrencia de defender aquel ominoso Tribunal. El Perú fué el centro principal del Santo Oficio en este Continente. «Su principal objeto en Indias, dice Vicuña Subercaseaux, fué

mercante: denunciar como herejes ó judíos á los comerciantes ricos tanto más si eran extranjeros y confiscar sus bienes y dineros. Estos podían estar seguros de no llegar á la hoguera siempre que rescatasen con escudos el derecho de ser herejes ó extranjeros. Salcedo, un millonario de Puno, ofrece al sombrío Don Francisco de Toledo, á trueque de su vida, enlozar con barras de plata las veredas de la ciudad de los virreyes» . . . . «Chile se salvó de la Inquisición, agrega el autor, porque el país era en extremo pobre. Casi no valía la pena de poner un *quemadero*. Consta en un documento de 1638 de cómo el dean de Santiago, comisario de la Inquisición en Chile, de las confiscaciones que hizo se vió obligado á pagarse en sebo y en suelas; una que otra vez en barras de cobre». En el Perú, sin embargo, se quemaron muchos herejes.

En *La Patria vieja*, la segunda parte de este hermosísimo libro, se destacan con vivo relieve las interesantísimas fi-

guras de Martinez de Rozas, y de O'Higgins, dignos en un todo del altísimo concepto que le merecen á Vicuña Subercaseaux. En esas dos sobresalientes personalidades, se condensa luminosamente, cobra plasticidad el ideal de separación de España. Son utilísimos esos dos hombres en la preparación de la obra revolucionaria, en la propaganda eficaz, en la acción rápida y resuelta. El autor narra con precisión, serenidad y gallardía la marcha de los sucesos que desde principios de 1810 fueron acentuando y dando forma á la empresa revolucionaria. Esta obra, en su proceso evolutivo, como es natural, tiene momentos de postración, casi puede decirse de retroceso. En uno de esos momentos angustiosos, surge, con toda la juvenil arrogancia de un héroe de epopeya, infundiendo resolución y arrojo, la figura romántica de José Miguel Carrera. A cien años de distancia, no obstante sus múltiples errores, este hombre continúa inspirando viva simpatía. Es hombre de ideas, pero,

sobre todo, de acción. Ve la oportunidad y sabe aprovecharla. ¡Con qué rasgos tan precisos, tan hermosos, traza Vicuña Subercaseaux, el perfil de este héroe legendario que vivió siempre en una atmósfera de tragedia, y que, desde cualquier punto que se le mire, resulta uno de los más preclaros y ardorosos paladines de la independencia americana! El período de *La Patria vieja* arranca de los sucesos de 1810 y termina en Octubre de 1814 con el desastre de Rancagua y el restablecimiento temporal de la dominación española.

Y durante esos azarosos cuatro años, ya en el poder ó fuera de él, José Miguel Carrera como que condensa y resume la parte más vibrante y resuelta del movimiento separatista chileno. ¡Qué hermosa y serena la página final del libro consagrada á esa simpática figura histórica!... «No pudo conformarse, dice el autor, no pudo renunciar á su amor á Chile, á su ambición de gloria, al recuerdo de cuanto había hecho. Llamó á to-

das las puertas, empleó todos los recursos de su genio, organizó en los Estados Unidos una expedición para libertar á Chile, él, por su cuenta; fué periodista, fué conspirador, jefe de revoluciones argentinas, *pichi rey* (rey chico) de los indios querandies . . . Todo eso hizo para abrirse el camino de Chile. Al fin, después de seis años de una odisea sangrienta y admirable, durante la cual demostró más corazón y talento que ningún hombre de América; vencido, no por las armas—que con éstas siempre triunfaba—pero sí por la tenacidad sórdida de sus enemigos en la Argentina y Chile, fusilados sus hermanos, asesinados casi todos los hombres de su partido; no ya en busca de la Patria para libertarla—ésto lo habían hecho ya sus felices rivales—pero sí desesperado y sediento de venganza, triunfa todavía, miserable y magnífico, á la cabeza de un puñado de indios, hasta que una traición lo lleva el 4 de Setiembre de 1821, cargado de cadenas y

de gloria al mismo patíbulo en que sus hermanos habían muerto tres años antes».

Y así termina este libro, interesantísimo, verdadero canto de cisne del lamentado escritor, sugestivo, henchido de sano entusiasmo, sin sombra de pesimismo, elocuente y sereno, en que se evoca con fascinante colorido una época ya hundida en las sombras del tiempo; pero que interesa vivamente porque ella representa nuestro pasado, ese pasado obscuro y tormentoso, noble y épico, en que vibró intensamente el alma colonial, esa alma procedente de la vieja España, llena de heroismos y de supersticiones, de grandezas y de mezquindades, y que, algo atenuada ó modificada, forma aun el ambiente moral de estas repúblicas latino-americanas.

LA EVOLUCION POLITICA Y SOCIAL DE HISPANO-AMERICA.

POR R. BLANCO FOMBONA.

En los más brillantes escritores de Hispano-América adviértese en la actualidad la pronunciada tendencia á dilucidar en todos sus más interesantes aspectos, seria y provechosamente, cuanto atañe á los graves problemas que se relacionan con el estado presente y con el probable porvenir de las veinte repúblicas esparcidas desde el Río Grande hasta las extremidades de la tierra patagónica. En libros, revistas y periódicos de esas repúblicas, vibra de continuo y á veces con verdadera intensidad la nota de arraigadas

preocupaciones determinadas en primer término por el vehemente anhelo de encararse resueltamente con los múltiples obstáculos que han impedido hasta el presente en algunas de estas flamantes nacionalidades un armónico y consciente desarrollo de vida cultural, yen segundo lugar por la aspiración cada vez más pronunciada á formar un ambiente de noble y redentor nacionalismo refractario en un todo á las mal embozadas ideas de lenta y solapada absorción privativas del imperialismo yanqui. Ayer no más fulguró esa fecunda tendencia en *El porvenir de la América-latina,* el bello libro del notable escritor Manuel Ugarte, quien no satisfecho con tan rica y consciente ofrenda intelectual á la magna obra que persigue, recorre en estos momentos las principales ciudades de América, simpático paladín de la *bandera loca* de la soñada Confederación hispano-americana, exponiendo con verbo elocuente sus ideas en notables conferencias; y hoy, otro escritor ilustre, Rufino Blanco Fom-

bona, publica este libro serio, correcto, vibrante, sereno, interesante por todos conceptos, de alta y meritoria propaganda, nutrido de sesudas y perspicaces observaciones críticas y de sanos y vigorosos anhelos hispano-americanistas. En el sugestivo volumen del conocido escritor venezolano palpita fuertemente el ideal de dar á conocer fructuosamente en países extranjeros el verdadero estado político, económico y social de estas repúblicas, á fin de desvanecer erróneos y aun calumniosos conceptos que acerca de ellas circulan en esos países con mengua de los sagrados intereses de la verdad y la justicia puestas serena y vigorosamente en su punto por el celebrado autor de *Letras y letrados de Hispano-América*. Como lo demuestra con acertado criterio, opérase actualmente en muchas porciones de la libre América un desarrollo de civilización producto de la cada vez más consciente adaptación de las sociedades hispano-americanas á las formas nuevas en que se exterioriza en el presente ins-

tante el prolífico dinamismo de la vida social. . .

En sus principales y más definidos aspectos, la evolución hispano-americana, tal como lo indica Blanco Fombona con discreta erudición y entero conocimiento de causa, tiene su raíz en afinidades y semejanzas originadas por el cruzamiento de ciertos factores étnicos que han determinado con especiales caracteres físicos y con cierta peculiar psicología, el tipo colonial que puede presentarse, á pesar de ciertas diferencias, como característico de la América hispana. En ese molde étnico, se han fundido con potente fuerza, como sólida concreción espiritual, prejuicios y modalidades de la civilización latina que no es fácil arrancar á tres tirones. Carencia de alto sentido crítico supondría, en la hora actual, ponerse á denostar acerbamente las formas y medios del proceso de colonización española en este Continente. En este libro no se incurre ciertamente en semejante error. España no podía hacer sino lo que estaba en su

mano. Y el momento en que esa colonización entraba en su principal fase, coincide desgraciadamente con la ruina de las libertades castellanas desvanecidas en horizontes de sangre; suceso lamentable y trágico que hizo caer á España en las sombras del más terrible absolutismo. En el cadalso de Villalar cayeron las cabezas de Padilla, Bravo y Maldonado, y con ellas las viejas libertades que durante siglos habían reinado en algunas ciudades castellanas. . . Excepción de algunos de relativa cultura como Hernan Cortes, Pedro de Valdivia, Gonzalo Jimenes de Quezada y quizás algunos más, muy pocos, eran los conquistadores en su inmensa mayoría gente ruda, estulta, violenta, estructurada solo para andanzas bélicas que les granjeasen glorias y pingües riquezas. Con un heroísmo que no tiene par en la historia esa gente violenta adueñose de territorios inmensos y fundó ciudades, aquí y allá, conforme á las necesidades del momento y á las vicisitudes dramáticas de la lucha. Como en

la Península, el poder teocrático, señor de almas, y el poder militar árbitro de la fuerza, uniéronse estrechamente para realizar una obra de dominación común, sin ideales y sin horizontes. Las leyes de Indias eran excelentes, pero, aun á despecho de las órdenes terminantes de algunos monarcas, nunca ó casi nunca se cumplieron porque á ello se oponían múltiples intereses creados. Durante mucho tiempo la América fué, como lo afirma grafica y pintorescamente Cervantes, «refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos». . .

Bien seleccionados datos y muy justas apreciaciones abundan en estas páginas respecto del período colonial tan insuficientemente estudiado hasta ahora á pesar de haber durado más de tres centurias y de haberse moldeado en él lo que actualmente constituye y precisa nuestra

fisonomía social. La época colonial en lo que á la dirección gubernativa se contrae caracterízase en lo religioso por la más acentuada intolerancia, en lo económico por el más absorbente monopolio, y en lo político por un régimen de centralización, suspicaz y restrictivo, que hacía de la ignorancia la mejor arma de gobierno y que tendía sistemáticamente al alejamiento de los criollos de los altos puestos administrativos reservados casi exclusivamente para el elemento peninsular. Con todo éso y no obstante la carencia de instituciones políticas que permitiesen siquiera una sombra de libertad, existía cierta vida municipal, muy deficiente sin duda, que formaba el único órgano de expresión de ideas y de propósitos de mejoramiento colectivo. Esas aspiraciones, andando el tiempo, se cristalizaron en un ideal de separatismo más ó menos bien disfrazado, pero que, durante mucho tiempo, no fué sino el sueño de una minoría inteligente y adinerada. Estoy en un todo de acuerdo

con el autor de este libro en considerar las municipalidades como los centros en que la aspiración separatista encontró su forma más adecuada y definitiva de expresión. La independencia, como lo he afirmado más de una vez, en su primera y más importante etapa, salvo quizas en Mexico, no fué el blanco de un empeño popular sino la aspiración de una minoría culta, acaudalada, de cierto noble y cándido idealismo, impregnada, en sus componentes más conspícuos, de ideas de la Enciclopedia y de la gran Revolución francesa, é inspirada en el ejemplo edificante de las antiguas colonias inglesas convertidas en república y en el espectáculo de los beneficios de la libertad que habían contemplado en viajes frecuentes á algunas naciones de Europa. Con excepción de una que otra región, esa minoría tuvo que luchar á brazo partido con el fanatismo de las masas, con la crasa ignorancia de casi todo el cuerpo social, con otros inconvenientes casi insuperables radicados en el culto á un

conjunto de ideas tradicionales de las que todavía hay muy visibles vestigios en algunos de estos países. En los primeros tiempos de la lucha, la sociedad colonial en sus capas más numerosas era abiertamente refractaria á la sugestión de ideas de libertad política que chocaban con rudeza con sus arraigados hábitos seculares de respeto y veneración á instituciones que á sus ojos aparecían revestidas de algo como de intangible y divino. Puede afirmarse que en gran parte de América las guerras de independencia en sus comienzos y aun algo después, fueron verdaderas guerras civiles. El ejército de Morillo, el único de verdadera importancia enviado por España, llegó casi al promediar la terrible contienda. Los soldados de Boves y de Morales eran criollos en su gran mayoría. En Venezuela, donde fué más ruda y sangrienta la lucha, sólo el genio sin par de Bolívar hubiera podido realizar los hechos fulgurantes, que tanto prestigian su

egregia personalidad histórica de libertador de cinco repúblicas. . .

Sobre ese incoherente y vasto fondo social integrado por factores de aparente divergencia, pero que en lo esencial estructuraban un tipo de rudimentaria civilización plena de prejuicios y de convencionalismos que la hacían poco propensa á pasar sin hondos sacudimientos á las prácticas de la vida democrática, levantose prontamente, el mismo día de proclamada la emancipación de la Metrópoli, el vasto edificio de veinte repúblicas sin republicanos. Todos los esfuerzos, aun los más positivamente coherentes, encaminados á dar á los nuevos organismos condiciones de vida estable y progresiva, fracasaron lamentablemente como era de esperarse ahogados por el agobiante fardo de seculares preocupaciones y de añejos convencionalismos. Se procedió—y no era posible de otra manera—sin percatarse casi de muy resaltantes leyes sociológicas. La debilidad ingénita de cada uno de los flamantes organismos na-

cionales y el alejamiento á veces sistemático en que se mantenían casi siempre por convenir así á los intereses personales de encumbrados caudillos fueron el motivo principal de las consecuencias lamentables de todos conocidos. Otra cosa hubiera indudablemente acaecido si el Congreso de Panamá, idea salvadora y magnífica de Bolívar, cristalizando en una luminosa concreción jurídica hubiera podido dar de sí sus naturales frutos. El genial proyecto del Libertador fracasó principalmente no tan sólo por carencia de real unidad de miras en las partes interesadas sino quizas aun sin quizas porque el trascendental pensamiento era muy superior á lo que podían dar de sí las efectivas realidades del momento. Casi en su totalidad, los estados recien formados se convirtieron en núcleos sociales en que por falta de interno dinamismo, de sentido progresivo, pudo arraigarse y medrar la planta venenosa del caudillaje. El caciquismo encontró en esas colectividades estáticas su más propicio

y natural asiento. La república de tipo centralista se impuso como imperiosa necesidad desde el primer momento. Y como consecuencia obligatoria, los caudillos, los *providenciales*, los conductores de esos rebaños, señores de vidas y haciendas como en la época del más recio feudalismo, exageraron á su guisa la centralización hasta convertirla en un régimen en que se asfixiaba apenas aparecía toda noble iniciativa de los pocos espíritus cultos que por raro conjunto de circunstancias florecían en medios tan levantiscos y atrasados. . .

Y así tenía precisamente que suceder... Toda iniciativa de reforma ó de mejoramiento de cierta importancia que no responda á una necesidad colectiva bien manifestada por sus órganos naturales de expresión, corre por regla general á su ruina si no tienen quien ó quienes la prohijan inteligente y tenazmente. Para que una idea encarne en la existencia colectiva con fuerza duradera, requiere encontrar ya en esa colectividad terreno

hábil y oportunamente preparado. Para que ciertas reformas puedan convertirse en benéficas realidades, es menester la previa comprensión de su alcance y trascendencia por parte de la mayor parte de los componentes sociales, cosa que, en algunas ocasiones, se debe á la acción continuada de minorías ilustradas y resueltas. La misma independencia de América es buena prueba de que bajo el esfuerzo viril é incesante de grupos reducidos las masas sociales llegan á sentir poderosamente la sugestión de las nuevas ideas. Pero esas minorías inteligentes y bien preparadas para hacer sentir su influjo en las masas, son en realidad de verdad habas contadas. En América hubieran podido ser reemplazadas por caudillos dotados del verdadero sentido de las necesidades del momento y capaces de implantar una organización que sirviera de base adecuada á un positivo desarrollo de civilización; pero los tales caudillos, en su inmensa mayoría, han carecido de las condiciones requeridas

para semejante difícil empeño, siendo sólo, descontadas honrosas excepciones, aventureros audaces y sin escrúpulos que sólo han tendido á enseñorearse del poder supremo para disfrutar de las prebendas del gobierno absoluto y tiranizar á los infelices pueblos caídos bajo su mano de hierro. En el escenario político de Hispano-América, han fungido principalmente como protagonistas, bufos á veces, trágicos casi siempre, los Francia, los Rosas, los Melgarejos, los García Moreno. Para la comprensión integral de la vida republicana en toda su fuerza y eficacia, hácese indispensable en primera línea la difusión coherente y científica de la enseñanza pública orientada de modo principalísimo en un sentido de verdadero civismo y de un sentimiento de pujante nacionalismo. Esta salvadora orientación unida á un aumento gradual y bien preparado de la población y á un consiguiente desarrollo de riqueza nacional que ponga en apropiado y constante movimiento actividades agrícolas,

comerciales, industriales, y cuanto resume una bien definida evolución económica, harán cada vez más difíciles esas funestas guerras civiles cuyas causas principales patentiza con acierto Blanco Fombona, y de esa manera podría llegarse en estos países á la completa adaptación á un orden de cosas en que el respeto á la ley y el goce de una libertad bien entendida permitan el florecimiento de una civilización coherente y progresiva y lo más autóctona posible.

Del balance material é intelectual que en términos gráficos formula el distinguido autor de esta obra, resulta que en el espacio relativamente corto de menos de cien años han realizado algunas de estas repúblicas, no obstante los ingentes obstáculos hacinados en el camino, adelantos que sin hipérbole bien pueden calificarse de portentosos. Hasta el presente momento, «esa mentalidad, esa alma común», que señala Blanco Fombona en la evolución de Hispano-América, reposa indudablemente en factores de sólida

consistencia como la posesión del mismo fondo étnico, de igual idioma, de costumbres idénticas ó muy semejantes; pero todo eso puede sufrir á la larga trascendentales metamórfosis por la constante ingerencia de elementos exóticos que por necesidad han de aportar modificaciones sustanciales en ese mismo fondo étnico y en aspectos muy precisos de la mentalidad colectiva. Ahí está en gran parte el peligro. Lo que hoy constituye una bien visible unidad moral, ¿podrá, dada ya esa incontenible impulsión del progreso, conservarse sin cambios ni modificaciones esenciales? Blanco Fombona entra decididamente en lo más intrincado del asunto al formular la siguiente grave interrogación: «¿Será duradero entre los pueblos de América esta similitud?» Repito aquí lo que dije al referirme á un jugoso folleto del escritor cubano Arturo R. de Carricarte acerca del libro de F. Pinochet Le–Brun, *La conquista de Chile en el siglo XX*: El fundamental concepto de nacionalidad como que empieza á ate-

nuarse en algunas repúblicas del extremo Sur por la acción directa de los elementos étnicos que componen la masa inmensa de emigrantes que, sin previa selección y con harto descuido, van compenetrándose con la población autóctona hasta llegar, quizas, á lo extinción más ó menos gradual del sentimiento nacional, que es lo único que da personalidad á estos pueblos de civilización española. Parece, sin embargo, que, advertidas del peligro—tal como digo en este mismo libro en el estudio de la obra de Ugarte, *El porvenir de la América latina*—comienza á legislarse hábilmente en esas repúblicas en el sentido de poner á salvo, por todos los medios posibles, cuanto integra y resume, el decidido propósito de conservar incólume su personalidad nacional. . .

El otro aspecto del problema estriba á mi ver en la metódica expansión del imperialismo yanqui, cosa que los espíritus más clarividentes de Europa y de la América latina ven como la mayor ame-

naza para la autonomía de las naciones situadas en la zona de más peligro por su vecindad con el coloso del Norte. En un libro reciente, el escritor uruguayo Luis Alberto Herrera sostiene que debemos tomar como único modelo digno de imitarse á la poderosa república norte-americana. Pésimo consejo. No productos directos de aquella gran nación sino determinados por un proceso de última y secular actuación de la mentalidad anglo-sajona, existen en los Estados Unidos modos de ver y de entender la vida diferentes de los nuestros, y por eso paréceme que, salvo en ciertos accidentes exteriores, la obra de transformar nuestro carácter, estructurado por innegables influencias espirituales diversas de los que han integrado la psicología norte-americana, en un sentido de más ó menos acentuada imitación yankista, sólo conduciría á la extinción torpe y vergonzosa de cuanto nos particulariza y distingue como pueblos moldeados por la gloriosa civilización latina. El orgullo étnico nor-

te-americano, su utilitarismo, su carencia de cierto idealismo noble y vivificante, mantendrán aquella raza siempre alejada de nosotros. En los Estados Unidos, en la inmensa mayoría de su prensa, privan prejuicios enteramente desfavorables para la gente hispano-americana. Eso no quita que haya allí algunos espíritus superiores que nos hagan justicia como un Carnegie, un Starr, un Barret. Algunos de ellos han demostrado conocernos bien como el profesor Starr en su discurso pronunciado en Chicago acerca de Simón Bolivar. Harto conocido es el magnífico artículo de una gran revista norte-americana en que Barret estampa conceptos verdaderamente lisonjeros para nuestra cultura intelectual, llegando á la afirmación de que estas naciones de origen hispano dejan muy atras en cuanto á cultura general y profesional á los mismos Estados Uunidos, y aseverando que los médicos y abogados hispano-americanos tienen una cultura mayor que los de aquel gran país. Pero son raros los es-

critores yanquis que se expresan así. La mayoría de sus periodistas, cada vez que estalla la guerra civil en estos países, nos fustiga despiadamente suponiéndonos incapaces de gobernarnos, cuando ahí está para desmentir tal aserto el ejemplo luminoso de Chile, Argentina, Brasil, Costa Rica. . . Hay por eso que trabajar asiduamente por vigorizar en estos pueblos el sentimiento de nacionalidad para crear un ambiente enteramente refractario á cualquier ingerencia del imperialismo yanqui en nuestra vida política... «Por lo que respecta á América, dice Blanco Fombona al poner punto final á su hermoso libro de noble propaganda hispano-americanista, basta abrir los ojos de los miopes, gritar á los oídos de los sordos, y creer en el buen sentido de una raza tan apta para la vida y que tantos derechos tiene á ella ». . .

CUESTIONES ESTETICAS.

POR ALFONSO REYES.

Reviste verdadero interés este libro por el fino y certero análisis, la riqueza ideológica de buena ley y la sana y copiosa erudición que contienen estas páginas amenas é instructivas. Antes que la producción de un intelectual de poco más de veinte años parece este volumen el sazonado fruto de un espíritu largo tiempo acostumbrado á tan serios esparcimientos intelectuales. No hay en estos capítulos embellecidos por un estilo reposado, muy castizo, algo oratorio, noble y sobriamente artístico, divagaciones pue-

riles, rebuscados efectismos, hojarascas mentales, prurito de ostentar conocimientos que en realidad sólo se poseen muy imperfectamente en la gran mayoría de los casos. En ellos asoma con frecuencia dándoles un sello muy personal y sin posturas estudiadas ni gestos disonantes, un humanista de la mejor cepa ardorosamente ávido de visiones intelectuales, saturado hasta la médula de generoso y prolífico idealismo platónico, que sabe, en cuanto á estos asuntos se contrae, ahondar con mirada perspicaz y discreto y bien equilibrado criterio en cosas de difícil acceso para las inteligencias superficiales que en muchos de estos pueblos de procedencia hispana se apacientan con morboso deleite en futilidades mentales prestigiadas por modo efímero ó por pasajeras circunstancias, sin dárseles un ardite, quizas por mal disimulada impotencia mental, de cuanto en la producción literaria bien entendida atesora valor permanente por conservar como oro en paño la íntima fuerza espi-

ritual que orientó á muchos grandes y peregrinos ingenios y puso en sus creaciones artísticas la marca de lo noblemente bello y perdurable. El estudio serio, metódico, persistente, que es el único capaz de producir frutos sazonados y jugosos, cuenta con escaso número de partidarios de cuanto en la esfera de la inteligencia ennoblece el espíritu, en tanto que constituyen legión numerosísima los que, sin darse casi cuenta, esterilizan su actividad mental alzando pendones en pro de formas puramente transitorias vinculadas en creaciones imaginativas sin genuina sustancia estética, en juegos malabares de frases y de palabras, en cierto conceptismo vácuo é incoloro. Por eso experimento viva complacencia cuando, entre tantos libros de vida efímera que pululan por ahí, libros que recuerdan la distinción de Ruskin entre *the books of the hour, and the books of all time,* tropiezo con una obra como *Cuestiones Estéticas,* de positivo jugo medular, en que campea una potencia analítica que

sin incurrir en muy pronunciadas sutilezas de pensamiento pone acertadamente al descubierto las partes más ó menos recónditas de curiosas producciones intelectuales de permanente resonancia. Y ello sin despeñarse por los vericuetos obscuros de sutiles y acentuados paralogismos y guardando siempre, aun en el pormenorizado examen de cosas intelectuales de muy compleja urdimbre, una decidida inclinación á lo castizo, á lo que presta ejecutorias de alta nobleza literaria á los diversos asuntos que ocupan casi todas las páginas de este hermoso y sugestivo libro.

Lo que fué, lo que, en determinadas épocas, asumió aspectos de vida más ó menos intensa y fulgente, visto al traves de nuestra alma moderna condicionada por modalidades mentales diferentes y aun á veces antagónicas á muchos factores integrantes de la intelectualidad antigua, cada vez que intentamos comprenderlo é identificarnos con él, se tiñe, casi siempre á pesar nuestro, de cierto

colorido de modernidad que á manera de niebla sutilísima envuelve y suaviza sus contornos. De ahí que cuando, con íntimo goce, con viva delectación, procuramos revivir con su propio ambiente cosas extintas ó penetrar hasta el fondo del alma de los que marcaron luminosa y perdurablemente su paso en momentos culminantes de progresivo desenvolvimiento humano, pongamos siempre, más ó menos velados, prejuicios generados por hábitos mentales muy arraigados, modos demasiado intelectualizados de ver y de juzgar las cosas. Y es muy cierto, aunque tenga visos de paradógico, que, en ocasiones, la intuición, serena y amplia, dá una visión del conjunto más aproximadamente exacto que la producida por una observación muy prolija basada en principios de abolengo científico preconizados como de excelente eficacia para tal linaje de investigaciones. En nuestro espíritu, en los espíritus de selección, existe siempre una tendencia, más ó menos latente á reconstruir, á rehacer,

á completar con nuestros propios medios intelectuales, aun á riesgo de falsearlo ó de deformarlo, cuanto parece faltar en lo que del pasado nos atrae y fascina irresistiblemente. Y aquí de la conocida y notable afirmación de Hegel quien dice que ante una obra de arte mutilada como que nuestro espíritu experimenta vivo deleite en completar idealmente lo que falta al objeto artístico contemplado. Algo semejante á esto ocurre á no pocos hábiles exploradores de civilizaciones fenecidas. Mucho de tal tendencia ó ansia completiva acaece al tratarse de la vida griega en todas sus grandes manifestaciones culturales, y muy particularmente en la tragedia, que constituye uno de los aspectos más interesantes y curiosos de gran civilización helénica. No obstante formar la tragedia griega un asunto manoseadísimo sobre el que es difícil decir nada con vislumbres de novedad, fuerza es reconocer que el autor de este libro ha sabido tratarlo bastante satisfactoriamente. Su bello comentario sobre las

tres Electras contiene muy sesudas apreciaciones, lo mismo que su modo de considerar el coro trágico que define: « un instrumento oportuno y rímico de desahogo lírico ». Mucha tinta se ha gastado en examinar el papel del coro en la tragedia antigua, su significación positiva, y quizas el concepto formulado á ese respecto por Alfonso Reyes sea uno de los que más fielmente condensan su verdadero sentido. El desarrollo evolutivo del coro en la tragedia griega salta á la vista: si en Esquilo forma, íntegra, por decirlo así, algo como el personaje central, lo que en cierto modo resume en su más alto diapasón el sentimiento trágico, ya en Sofocles vincula un papel representativo que hay que interpretar en lo que tiene de más característico y profundo: lo que constituye en cierto momento la *conciencia pública*, lo que vibra como sentimiento colectivo en el alma de los espectadores. En Eurípides el proceso de diferenciación se acentúa al despojar el coro de algunos de sus aspectos tradicio-

nales menoscabando en alto grado su primitiva importancia. Acaso lo conserva para no chocar abiertamente con ideas tradicionales muy arraigadas en el alma popular. En Eurípides, bajo formas artísticas de tendencia revolucionaria, descúbrense, mal disimulados, como signos de decadencia de aquella civilización, el abuso de formas retóricas y la nota de escepticismo precursora de la gradual é irremediable extinción de la personalidad helénica en sus más puros y fecundos atributos.

Alfonso Reyes estudia estos salientes aspectos de la cultura griega con verdadero conocimiento de causa. Su erudición es bastante firme y extensa. Tanto se ha dicho sobre la tragedia griega que parece ya empeño por demás inútil insistir en la aclaración de ciertos puntos estrechamente relacionados con ella. Nietzche, uno de los que más modernamente ha tratado con mayor originalidad estos asuntos de alta crítica artística, ha impregnado su estudio—cosa muy natural

en escritor de tan poderoso individualismo—de ideas de un radical subjetivismo pleno de atisbos fulgurantes y de apreciaciones consistentes y duraderas, por más que en su integridad, en su valor total, carezca ese estudio, á mi ver, de ciertas condiciones capaces de darle satisfactoriamente carácter definitivo. En resumen, en lo que principalmente la caracteriza, en su aspecto *externo*, la tragedia griega aparece como sucesión bien eslabonada de motivos de cantos líricos y de formas dialogadas de relativa congruencia, aunque poco ceñida á una unidad fundamental y precisa. Para Nietzche viene á ser la tragedia griega, en cierto aspecto, como «el coro dionisiaco que se descarga siempre de nuevo sobre un mundo apolíneo de imágenes». Para W. Schelegel «la tragedia surgió completamente armada del cerebro de Esquilo como Palas de la cabeza de Júpiter», juicio que con palabras distintas, pero idéntico en el fondo, habían formulado escritores antiguos, entre ellos Quintilia-

no, el insigne retórico latino, aunque es imposible negar que el titánico forjador de la *Orestiada* tuvo predecesores de relativo mérito que prepararon los materiales que le permitieron crear las obras portentosas que han aureolado de perpétua gloria su personalidad insigne. Ni en Arte ni en cualquiera otra manifestación de la actividad humana se produce nada de relativa magnitud y trascendencia que no tenga su génesis más ó menos visible en formas de vida anteriores en mayor ó menor grado rudimentarias. La vida moderna, tan rápida y compleja, nos circunda y penetra de tal manera y con tal fuerza de avasallamiento que apenas si nos permite, de cuando en vez, en el sereno retiro del cuarto de estudio, evocar las almas en que vive el pensamiento luminoso de edades pretéritas para, en *lo posible,* identificarnos con remotas formas de existencia, con estremecimientos vitales esfumados en melancólicos horizontes de olvido. Y si algunos de esos mundos yacentes en las lejanías

más ó menos confusas de la historia conserva aun como un aroma de irresistible seducción, ninguno en el grado del helenismo, ninguno como el mundo griego ha merecido la devota admiración de tantas inteligencias superiores . . . En su brillante juicio de las tres Electras, el autor de este libro menciona con acierto ciertas clasificaciones de la *Poética* de Aristóteles al poner de relieve situaciones culminantes de las obras trágicas objetos de su docto y penetrante estudio. Alfonso Reyes parece haber vivido, durante algún tiempo, en esa civilización helénica de inextinguibles luminosidades. Su estudio, sereno, bien documentado, pone ante nuestra vista, con brillante colorido, mediante la presentación propia y bien matizada del tipo interesante de Electra, los aspectos más característicos de la tragedia griega. Su examen comparativo de esta sugestiva figura de mujer en Esquilo, Sófocles y Eurípides abunda en apreciaciones de muy apreciable mérito estético. Su compara-

ción de la Electra de Esquilo, « la virgen del teatro antiguo », con Ofelia « la virgen del teatro moderno », comparación que parece surgir naturalmente (algo, aunque en distinto sentido y refiriéndose á Hamlet, el atormentado príncipe de las dudas torturantes, había ya ligeramente insinuado Paul de Saint Victor) tiene muy bellas y expresivas pinceladas al destacar el modo perspicaz lo que esencialmente separa estas dos figuras femeninas que brillan con fulgor vivísimo en el mundo imperecedero de las grandes creaciones artísticas.

Muy puestas en razón se me figuran las muy atinadas consideraciones que sobre el *impersonalismo* en literatura expone el distinguido escritor mexicano al referirse á la *Cárcel de Amor*, de Diego de San Pedro, que considera como novela *perfecta*. Como dije hace algún tiempo, paréceme desprovisto de sólido fundamento psicológico el concepto de un arte impersonal, salvo quizás en el teatro, ya que arte, en su más noble sentido, supo-

ne creación, y no hay creación verdadera posible sin que en ella se reflejen partículas desprendidas de lo más íntimo de nuestra urdimbre psíquica. Nuestro yo, con forma más ó menos visible, se vislumbra siempre en las obras á que dá colorido vital nuestra emoción ó nuestro pensamiento. Lo que en realidad avalora una personalidad artística consiste precisamente en la mayor cantidad de sincera emotividad que da de sí, en lo que exterioriza, con luminosa plasticidad, de la vibrante fuerza espiritual que la estructura y cohesiona particularizándola frente á la realidad circunstante. Quizas *Cárcel de Amor* no posea los subidos quilates que le otorga Alfonso Reyes; mas para su época, en la segunda mitad del siglo XV, edad de nacimiento de la novela española, parece que señala nuevos rumbos más en consonancia con ideales positivamente humanos. Y puede afirmarse que la semejanza con *El Siervo libre de Amor,* de Rodríguez del Padrón, que la precede, y aún con algunas pro-

ducciones novelescas anteriores, es sólo de ambiente, de circunstancias externas, pues indudablemente ninguna de ellas supera á la ficción alegórica caballeresca de Diego de San Pedro en cuanto á la plenitud de sentimiento personal que la ennoblece y vivifica. Fué obra popularísima, alcanzando en poco tiempo algunas ediciones. Existe una traducción inglesa de ella, y creo que las hay en otros idiomas. Como muy estimada curiosidad bibliográfica, como valioso documento para apreciar un momento muy interesante del proceso inicial de la forma novelesca en la literatura española y las tendencias en evolución de una época, *Carcer de Amor* resulta producción literaria meritísima, aunque en algunas de sus partes diste algo de la perfección que en *Cuestiones Estéticas* se le concede.

Con firme pulso, en una bien pensada Conferencia, traza Alsonso Reyes las líneas principales de la fisonomía literaria por demás curiosa é interesante de Don Luis de Góngora y Argote, uno de los

más esclarecidos cultivadores de la lírica castellana no obstante sus trascendentales errores y desatinos. Como con muy acertado punto de vista crítico sostiene el culto conferencista, en Góngora no hay que ver, como generalmente se cree, dos *maneras* que corresponden á dos períodos de su vida de poeta diferentes por completo ó cosa parecida, sino el gradual desenvolvimiento, «en ansia de perfección», de un temperamento esencialmente poético que tiende por cualidades de privativa psicología á la realización artística de lo que estima como acabado y perfecto desviándose para ello sistemática y radicalmente de cuanto juzga vulgar y gastado. De ahí sus caídas en la sima de lo obscuro y casi indescifrable, extravíos que también se explican por el agotamiento de ideales de vida social muy circunscritos tales como lo permitía el espíritu asaz estrecho é intolerante de su tiempo. Conceptismo y gongorismo tienen entre sí íntima correspondencia. Juzgo al primero como la sutilización es-

colástica y quintesenciada del elemento ideológico y al segundo como una sutilización del lenguaje encaminada principalmente á dar á la expresión formas de novedad rarísimas y de muy acentuado artificio. Entre las sutilezas metafísicas, los retruécanos y equívocos que forman la médula del conceptismo y la ornamentación y ¡las artificiosidades enrevesadas y desconcertantes del gongorismo no encuentro antítesis radical, ya que tales modalidades se confunden en idéntica finalidad de perversión y de corrupción de todo verdadero y fecundo ideal estético. Para un observador consciente ni en el *Polifemo* ni en las *Soledades* se extinguen del todo las más resaltantes cualidades del lirismo primitivo de Góngora. En esas dos obras persisten bajo el espeso ropaje de rebuscamientos y de tortuosidades de expresión, su natural visión artística del color y de la linea, su sentido de los efectos musicales del ritmo. En muchas de sus obras ¡quién no lo sabe! resulta de una oscuridad y una

extravagancia que rayan en lo inercible. Grande fué el número de los que gastaron tiempo y paciencia en interpretar y aclarar debidamente algunas de sus producciones, aunque á juicio de muchos no lo lograron ó lo lograron imperfectamente como en los dos discutidos tercetos del soneto que compuso para la *Historia Pontifical* de Luis de Bavia . . .

Por todo lo expuesto puede colegirse fácilmente lo mucho de verdadero interés estético que encierra este libro. Y eso que aun quedan en él algunos asuntos de verdadera importancia—el bien meditado estudio en que examina el procedimiento ideológico de Stephane Mallarmé, pongo por caso—de que no hago referencia por no alargar demasiado estas rápidas apreciaciones. En Alfonso Reyes, circunscrito á límites prudentes, existe un profundo amor á la verdad y un criterio firme y bien equilibrado que sabe poner justo freno á los excesos de la imaginación y del sentimiento. Ciertos factores de evolución psíquica permane-

cen en él todavía latentes ó poco desarrollados. En su mentalidad pónense siempre de manifiesto valiosas cualidades de templanza y de moderación, y un sentido muy íntimo de lo estético, adecuado á una acentuada devoción por la verdad que parecen condensarse en un idealismo de abolengo platónico muy noble y sugerente. Quizas, una que otra vez, su anhelo de alcanzar lo verdadero le lleve á extremar demasiado el análisis, al refinamiento intelectual que consiste en desmenuzar las cosas reduciéndolas á proporciones atomísticas. Esa inclinación tiende por lo común á transformarse en hábito y este concluye por aprisionarnos en las redes de un glacial y disolvente escepticismo. Su comercio intelectual con el mundo clásico pleno para ciertos espíritus selectos de serenidad y armonía en sus más caracterizados aspectos y su afición á ciertos aun muy atractivos arcaismos, lo desviarán seguramente de las sirtes peligrosas del análisis llevado fuera de sus límites naturales. En el joven y

ya notable escritor mexicano se patentiza una grande y acendrada ecuanimidad espiritual generada en gran parte por el estrecho consorcio de lo intelectual con lo moral, circunstancia que imprime á sus producciones un ritmo de expresión muy sereno y sugestivo. En él se armonizan en muy discreto sentido, el mundo interior del ensueño y el mundo de las realidades sensibles. Contempla en ocasiones las cosas al traves de cierta compleja intelectualización, muy sorprendente en quien, como él, empieza ahora, puede decirse, á recorrer el áspero camino de la vida. Anhelo sinceramente que conserve siempre en su espíritu á manera de amuleto de salvadora eficacia, ese idealismo alto y generoso que esmalta sus escritos para que á su benéfico amparo continúe cristalizando en sus creaciones la belleza de suave y luminosa plasticidad que el divino Platón consideraba como el resplandor de lo verdadero.

LES DEMOCRATIES LATINES DE L'AMERIQUE

Este libro del notable escritor peruano F. García Calderón es quizás el más interesante y completo de cuantos se han publicado en estos últimos años respecto de los órganos y formas del desenvolvimiento social de los pueblos de civilización latina radicados en este vasto Continente. Escrito en francés y con un prólogo breve y discreto del insigne R. Poincaré, está principalmente destinado á circular en centros intelectuales europeos para dar una idea clara y lo más integral posible de la vida social, política y económica de

las repúblicas ibero-americanas tan mal conocidas allende el mar, en países de refinada civilización donde por regla general solo se fijan en ciertas nocivas exterioridades de su existencia política, sin considerar ni poco ni mucho lo que en su atormentada evolución económica y cultural hay de positiva importancia y digno de consciente loa. El autor de este libro analiza y discute magistralmente los puntos más salientes del desarrollo colectivo del mundo hispano-americano. Los intelectuales de algunas de estas repúblicas están dando continuamente muestras de su fructuoso empeño de desvanecer trascendentales errores que acerca de nuestra manera de ser corren por ahí como moneda de buena ley y que conviene desvanecerlos para que la verdad se abra paso y resplandezca. No hace mucho pronunció el ilustre Manuel Ugarte un interesante discurso en una prestigiosa Universidad norte - americana exponiendo con sobrio y expresivo lenguaje los puntos principales que justifican nuestra ac-

titud frente al imperialismo yanqui, y ahora García Calderón en esta obra escrita en francés pone de relieve en todos sus aspectos, con amplio y seguro análisis, con bien precisada crítica fundamentada en copiosa erudición, los factores étnicos y sociales que integran la vida histórica de estos países, siguiendo paso á paso las sucesivas etapas de su evolución hasta el momento actual en que ese proceso ascendente titubea y como se paraliza ante fuerzas antagónicas que tienden á suplantar la luminosa cultura latina en que se ha desenvuelto y sigue actuando nuestro espíritu con otra civilización que pugna con cosas de íntima urdimbre que forman puede decirse el fondo psíquico de nuestra existencia individual y colectiva. En estas bellas y jugosas páginas de concienzudo análisis, de serenas y oportunas apreciaciones, pálpase quizás en mayor grado que en anteriores libros de García Calderón las cualidades de claridad, precisión, orden y armonía que abrillantan su estilo y que son productos de asimila-

ción más ó menos completa de lo que caracteriza é integra permanentemente el luminoso espíritu de la cultura francesa.

Base fundamental de su libro es el estudio hondo y comprensivo de los elementos étnicos, dispares y complejos, que determinaron la raza conquistadora. Esta es producto de la asimilación en un fondo de característico relieve moral de factores étnicos de distinta procedencia, que, merced á un trabajo acumulado de siglos y á modalidades de orden físico y moral encontraron un equilibrio más ó menos estable en una concreción individual de caracteres precisos y definidos. Aunque su acentuada rigidez, su poderoso individualismo, su intolerancia dogmática se hayan atenuado considerablemente por su mezcla con sangre india y sangre africana y por la influencia del ambiente físico, la raza conquistadora conserva aun en sus descendientes americanos ciertas de sus primitivas cualidades por más que éstas parezcan correr á su extinción por el contacto con razas

exóticas de ideas y costumbres harto diferentes. Guerrera y mística, atormentada de continuo en sus más conspicuas representaciones personales por groseros apetitos ó por íntima inclinación á estados de exagerado fervor religioso, pone siempre de manifiesto cierto idealismo que atenúa considerablemente muchos de sus yerros y extravíos. El individualismo característico de esa raza se exterioriza cumplidamente en las dos formas de vida que asume de contínuo en su desarrollo histórico, la guerra y el misticismo. Su gran guerra, la guerra secular de la reconquista, determina principalmente un estado de alma á la vez belicoso y místico que presenta á veces formas de expresión diversas pero siempre convergentes. De ahí, de ese estado de alma colectiva, como su natural proyección, salen los aventureros que realizan la fulgurante epopeya de la conquista de América y la fuerza de intensa coherencia religiosa que se cristaliza en el imperio jesuítico del Paraguay. A veces esos

dos aspectos fundamentales se condensan en un tipo de alto y representativo individualismo, como en la grande alma, batalladora y mística de Ignacio de Loyola. En ese pasado, en el primitivo fondo étnico de los conquistadores heróicos y crueles, ve García Calderón, ya contenidas en germen, formas sucesivas del dinamismo social ibero-americano. Su análisis no tiene desperdicio. El espíritu de anarquía local, de intolerancia, de estrecha concepción política, de indisciplina, de desapoderada violencia, andando el tiempo, cuando las colonias de vida vegetativa se transforman de la noche á la mañana, sin transición, sin preparación de ningún género, después de guerras cruentas, en flamantes y sedicientes repúblicas, en democracias inestables, de aluvión, aparece con formidable empuje originando luchas contínuas entre absorbentes oligarquías que quieren perpetuar formas añejas de la vida colonial y demagogías que aspiran á reemplazarlas proclamando principios de un radicalismo

que resulta siempre de imposible aclimatación en estos pueblos de reciente origen y de escasa é incongruente cultura.

En esas frecuentes luchas alcanza su más adecuada forma representativa el caudillo, el dictador, que ya actúa como jefe ó director de una oligarquía encastillada en seculares privilegios ó como conductor de democracias exacerbadas por su sistemático y abusivo alejamiento de la dirección de los asuntos públicos acaparada por una minoría inteligente y adinerada. El *caudillo* resume y compendia, por fuerza incontrastable de visibles realidades sociales, la vida histórica de estas repúblicas. En sus diferentes formas de expresión, el caudillaje en gran parte desapoderado y estulto que ha imperado y aún impera en algunos de estos países es fenómeno social determinado por los prejuicios, los convencionalismos, las preocupaciones que constituyen el ambiente moral hispano-americano. «El Paraguay, dice García Calderón, confirma una ley de la historia

americana: la dictadura es el gobierno adecuado para crear el orden interior, desenvolver la riqueza y unificar las castas enemigas. . .» Rosas mismo en la Argentina, Castilla en el Perú, Diego Portales en Chile, Guzmán Blanco en Venezuela, Porfirio Díaz en México confirman esta ley cumplidamente. En la psicología del caudillo de nuestra turbulenta democracia reviven, salvando necesarias circunstancias de tiempo y de ambiente, las cualidades elementales del conquistador ibero. Pedro de Alvarado y Francisco de Carbajal resucitan, tres siglos después, en el espíritu aventurero y cruel de Juan Facundo Quiroga y en la figura trágica y sombría de Melgarejo. . . El caudillo es siempre representación de aspectos acentuados de la vida social en un momento dado. Es instrumento efectivo, aunque casi siempre inconsciente, de determinadas necesidades colectivas. El caudillo es *efecto*, pero también en determinados casos es *causa*. Efecto cuando es la expresión más ó me-

nos momentánea de la incontrastable necesidad de contener la anarquía, de poner dique á las pasiones políticas desbordadas, de mantener el orden *manu militari* para que la sociedad pueda cumplir indefectibles finalidades de vida colectiva, y es causa, como cuando Guzmán Blanco en Venezuela y Porfirio Díaz en México, aún siendo su obra negativa en el orden político, realizan fecundos empeños de alcance principalmente económico . . . . . García Calderón dedica muchas y jugosas páginas de su libro á estudiar el fenómes no curioso del caudillaje en todos sus distintos aspectos haciendo desfilar por ellas, por obra de sugerente evocación, al enigmático Doctor Francia, «personalidad sombría, de intensa vida interior, que parece un puritano de Cromwell»; García Moreno, organizador notable, intolerante y dogmático, fundador de una semi-dictadura clerical; Ramón Castilla, Santa Cruz, Paez, Rivera, Rafael Núñez, tantos y tantos otros que representan, por lo general, un rígido principio de

autoridad, ó que, en ciertos momentos, se improvisan como conductores de muchedumbres que luchan por suplantar empedernidas oligarquías conservadoras. La típica figura del caudillo va lentamente atenuándose, transformándose... En Brasil, la Argentina, Chile, donde se ha efectuado ó se está efectuando el paso de lo oligárquico y lo militar á un régimen industrial de condiciones igualitarias, el caudillo va asumiendo formas diversas de adaptación á la realidad circunstante. Persiste con mayor ó menor vitalidad en los países del trópico, aunque tiende á ser cada vez menos representación adecuada de un estado social preciso y definido.

Paralelamente al caudillaje, un movimiento intelectual de diversas formas tiende á dar consistencia, base fundamental á instituciones políticas arraigadas ó que bregan por arraigarse y á ideas de cierto radicalismo social que empiezan á abrirse paso en estas cambiantes democracias. Una ideología política inspirada

naturalmente en enseñanzas europeas, aunque de cierta originalidad en algunos eminentes pensadores, lucha á brazo partido con el infecundo espíritu tradicionalista que sistemáticamente trata de excluir formas determinadas y necesarias de expansión liberal para constituir Estados de durable organización y libres de convulsiones anárquicas. Lastarria, Montalvo, Bilbao, Vigil, otros más, personifican la tendencia expansionista rebelde á toda autocracia ó á todo estancamiento de la actividad política. La ola impetuosa del progreso moderno va arrollando los últimos obstáculos hacinados en el camino del desenvolvimiento cultural de estos países. Aunque sin rumbos definidos y concretos, como movidos por cierto obscuro y misterioso dinamismo, algunas de estas jóvenes democracias, venciendo múltiples dificultades, marchan resueltamente hacia adelante. En la literatura, expresión á veces fidelísima de efectivas realidades sociales, después de sucesivos períodos de imitación servil, de tanteos,

de asimilaciones por lo general incongruentes, se ha llegado al dominio de cierta técnica y parece que hemos encontrado en el modernismo una fórmula de caracteres relativamente durables. Aunque el modernismo tiene muchos aspectos, formas necesarias del ideal de renovación que constituye su raíz fundamental, y aunque ha llevado su espíritu innovador al mismo movimiento literario de España, preciso es confesar que no pocos de nuestros escritores y poetas lo entienden casi exclusivamente en un sentido de refinamiento de la sensibilidad y del léxico, lo que parece limitarlo cercenando algo y aún algos de su orientación verdadera y convirtiéndolo en una expresión más ó menos adecuada de artificios y suntuosidades de ritmo, de dicción y de estilo. En ese modernismo, entendido en cierto alto sentido, cabe ampliamente el noble y fecundo ideal de vigorizar el alma nacional, el sentimiento patrio, en cada uno de estos pueblos, mediante el cultivo incesante de

peculiaridades sociales exclusivamente de ellos, de un nacionalismo sano y amplio, sin chauvinismos ridículos, tendencia que comienza á acentuarse y que no menciona García Calderón quizás por no haber esa incipiente forma de expansión literaria asumido aun caracteres de verdadera importancia. . . En el mundo para tantos cerrado de la alta intelectualidad, de la filosofía, las direcciones noblemente utilitarias que vincula el pragmatismo del ilustre psicológo norte-americano W. James y otros recientes aspectos de la especulación filosófica contemporánea van conquistando adeptos necesariamente poco numerosos por la evidente incapacidad de nuestros medios para practicar tales elevadas disciplinas intelectuales. Nuestro pensamiento filosófico flota indeciso, sin direcciones fijas, obediente á los cambios que se manifiestan en los grandes centros de cultura europeos. A las últimas corrientes escolásticas, á Escoto y á ciertos aspectos del tomismo, á la dialéctica insinuante del mitigado racio-

nalismo de Balmes, á otras influencias muy superficiales, ha seguido el positivismo de Comte, especie de disciplina mental que no ha dejado de tener su utilidad, y el evolucionismo spenceriano hoy en crisis en algunos de sus postulados, pero que conserva grandísima influencia en muchos centros intelectuales de Hispano América. Nietzche, por lo general pésimamente comprendido, cuenta con bastantes partidarios de los que son muy contados los que conocen lo que hay de verdadera sustancia en el gran pensador alemán. No falta quien sepa del idealismo sugestivo de Fouillee, de la filosofía de la contingencia de Boutroux y del neo-espiritualismo que hay en el fondo de la especulación filosófica de Bergson. El criterio filosófico en estos países tiende de continuo á un eclepticismo fácil y cómodo. . . En lo político y social no sucede lo mismo, pues contamos con pensadores de verdadera originalidad y fuste, como Bello, Hostos, Ingegnieros, Bunge y tantos otros, como

García Calderón lo puntualiza con perspicaz y acertado criterio...

En la paulatina y pacífica invasión de trabajadores alemanes y japoneses y en el metódico y potente desenvolvimiento del imperialismo yanqui ve el autor de este libro los tres grandes peligros que, procedentes del exterior, amenazan el porvenir de las repúblicas ibero-americanas. Cuantiosos intereses empleados en Centro América de procedencia alemana y trescientos cincuenta mil habitantes de esa nacionalidad esparcidos en dos ó tres estados del Brasil no pueden ciertamente representar ningún peligro digno de tomarse seriamente en cuenta. Más podrían representarlo los miles de japoneses que pueblan algunos puntos de las regiones occidentales de los Estados Unidos y los numerosos contingentes de ese origen que éxodo de trabajo se encaminan á nuestras repúblicas del Pacífico, al Perú principalmente. Pero este peligro, si lo hay, me parece muy remoto. El alma nuestra y el alma japonesa, co-

mo lo patentiza García Calderón, son radicalmente antitéticas. Un mundo de ideas las separa. Raza, religión, idioma, costumbres, maneras harto distintas de entender é interpretar la vida, todo, absolutamente todo, impide un contacto íntimo, hace poco menos que imposible su dominación sobre estos pueblos. . . El verdadero peligro para muchos de ellos reside en la incontenible fuerza de expansión que representa el imperialismo de los Estados Unidos. El monroismo, verdaderamente útil en los comienzos de la pasada centuria, de carácter puramente defensivo, en la célebre declaración que lo constituye, se ha trocado en fórmula elástica con que se pretende justificar incalificables actos de agresión más ó menos disimulada á la autonomía de algunos países de la América latina, por más que sea preciso confesar, aunque tal cosa resulte humillante para nosotros, que algunos de esos países, presas de continua anarquía, han dado hasta cierto punto motivos suficientes de pretexto pa-

ra tales atentados de la diplomacia norte -americana. Como lo demuestra García Calderón, sus estadistas, Olney y Root, por ejemplo, se contradicen en la apreciación de estos graves problemas. Mientras el primero no se recata para expresar ideas de un imperialismo absorvente, el segundo hace declaraciones enderezadas á tranquilizar á estos pueblos desvaneciendo sus temores sobre las intenciones expansionistas de la gran república. Pero tales declaraciones, en contradicción con ciertos actos, no conducen sino á aumentar esos temores. Detrás de apariencias de respeto á la autonomía de algunas de estas repúblicas, asoma siempre el *big stick* de un imperialismo que se encuentra indudablemente en su primera fase de desenvolvimiento, y que quizás asuma carácter aun más agresivo si su más conspicuo representante, el inquieto y tormentoso Roosevelt, logra triunfar en las próximas elecciones presidenciales. El antagonismo entre las dos civilizaciones que se dividen el señorío de América es

evidente, palpable. Sin tratar de razas, pues en el coloso del Norte, como en nosotros, no existe unidad étnica, vése claramente que ciertas formas y modos de entender la vida son enteramente diferentes en ambas civilizaciones. Nos faltan su sentido utilitario, práctico de las cosas, su amplia libertad individual desenvolviéndose y afianzándose en un orden estable, su espíritu de iniciativa, y cierto ideal de deber y de austeridad heredado de los *pilgrim fathers*. . . No veo nada que nos impida la asimilación de ciertas formas de su vida individual y social sin sufrir menoscabo de ningún género ciertas cualidades que ha puesto en nuestra psicología el espíritu de la cultura latina. Claro está que por la sangre no tenemos nada del Lacio. Nuestra ascendencia étnica es compleja, pero nuestro latinismo está fuera de duda. Somos latinos por el idioma, por la asimilación del genio francés latino hasta la médula, por nuestro catolicismo, por nuestra interpretación del derecho, por nuestra exulta-

ción de ese concepto cesáreo de la vida de que habla Guillermo Ferrero. . . Ambas civilizaciones, la anglo sajona y la latina—si la primera pudiera olvidar sus prejuicios de raza—podrían llegar en América no á una fusión imposible sino á un desarrollo paralelo de sus respectivas cualidades y energías intrínsecas para alcanzar un altísimo grado de cultura de incalculables beneficios para la humanidad entera. Para ese resultado, lo principal sería que la gran república, con sus actos, demostrase que no quiere ejercer ningún control humillante para estas repúblicas tan celosas de su independencia. ¿Sucederá así? . . . O, por lo contrario, ¿continuaremos revelando nuestra incapacidad para el *self government*, justificando así su intervención desdorosa en nuestros asuntos interiores? . . .

En el interesante capítulo *La anarquía del Trópico* hay muchas apreciaciones oportunas y discretas. Al referirse á Santo Domingo cita bondadosamente opiniones contenidas en libros míos, y estampa

los siguientes conceptos sobre aspectos conocidos de nuestra vida social: «Encontramos en los primeros, los dominicanos, poesía, imaginación, una cultura elevada, pero una evolución política muy lenta. Los pueblos del Trópico parecen incapaces de orden, de paciencia laboriosa, de método: así la literatura pródiga de Santo Domingo forma resaltante contraste con el arcaismo de su vida política» . . . Sería tarea de nunca acabar el estudio de la notabilísima obra de García Calderón en todos sus puntos de circunstanciado análisis y de serena pedagogía social. Nada se le escapa de lo que integra la psicología de estos pueblos. Conoce profundamente cuanto atañe á su movimiento político, económico, intelectual. Examinar detenidamente este libro nos llevaría á dar á este comentario exageradas proporciones. . . García Calderón juzga utópica la idea de una Confederación americana, pensamiento que aun seduce y avasalla á tantos nobles espíritus. Pero si no cree en la confederación in-

tegral, imposible desde varios puntos de vista, sí cree en la posibilidad de constituir estas veinte repúblicas en siete organismos nacionales poderosos unidos por sólidos vínculos geográficos é históricos. «Estos grupos de naciones, dice, formarían una América nueva, organizada y fuerte. El Brasil con su inmenso territorio y su densa población; la Confederación de la Plata, la Confederación del Pacífico; la gran Colombia, establecerían en fin en el continente meridional el tan ansiosamente deseado equilibrio. Al Norte, México, la América Central y la Confederación de las Antillas serían tres Estados latinos que servirían de obstáculos al avance de los anglo-sajones. En lugar de veinte repúblicas, tendríamos así siete naciones poderosas. No sería la vaga unión de que hablan en América los profesores de utopías después de Bolívar, sino la agrupación en confederaciones definitivas de pueblos unidos por lazos reales geográficos, económicos y políticos. . . «Este libro, dice Poincaré en

el prólogo, está lleno de vida, cargado de pensamientos», y así es efectivamente. En sus páginas, á cada momento, vibra la noble inquietud de una grande inteligencia y de un noble corazón, de un espíritu selecto que *sous l'oeil des barbares* quiere y defiende la conservación á ultranza de lo que hay de castizo en nuestra cultura, de cuanto constituye la excelsa herencia moral del genio latino en estas repúblicas, capaces de alcanzar por un efectivo desarrollo material é intelectual las cúspides iluminadas de una civilización cada vez más libre, coherente y progresiva. . .

INDICE.

PÁGINAS.

Ante el ara 7

Letras 39

Puestas de sol. 57

El porvenir de la América latina. 73

Discurso del Cinematicismo 101

Profesores de idealismo 115

La Historia en el Perú 129

Conferencias del Ateneo de la Juventud . 147

Cantaba el ruiseñor 173

Ciudad Romántica 185

Posturas difíciles 205

Horas de estudios 215

El libro de incoherencias 245

Benjamín Vicuña Subercaseaux 257

La evolución política y social de Hispano-América 279

Cuestiones estéticas 301

Les Democraties Latines de l' Amerique . 323